


Los que cambiaron y los que murieron

BARBARA COMYNS


gatopardo ediciones 



LOS QUE CAMBIARON Y LOS QUE MURIERON

BARBARA COMYNS

Traducción de Inés Clavero

gatopardo ediciones 

Título original: *Who Was Changed and Who Was Dead*

Copyright © Barbara Comyns, 1954

© Publishers' copyright and year of edition by agreement
with Johnson & Alcock Ltd.

© de la traducción: Inés Clavero

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Efectos de una inundación en Lambeth,
Londres, Inglaterra, a causa de una tormenta en 1881
© Duncan, 1890

Imagen de interior: Bell Court, en Bidford-on-Avon

Imagen de la solapa: © Estate of Barbara Comyns

eISBN: 978-84-121414-1-2

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Bell Court, la casa donde nació Barbara Comyns, en 1909, en Bidford-on-Avon, en el condado de Warwickshire, Inglaterra.

De lo que fue y lo que pudo haber sido.
Y de los que cambiaron y los que murieron.

LONGFELLOW

**LOS QUE CAMBIARON Y LOS QUE
MURIERON**

ÉPOCA

Verano, cerca de setenta años atrás

LUGAR

Warwickshire

CAPÍTULO I

Los patos atravesaron nadando las ventanas del salón. El peso del agua las había abierto a la fuerza, de modo que los animales entraron en el interior. Circunnavegaron la estancia entre graznidos de aprobación, después partieron otra vez hacia al exterior para explorar el maravilloso nuevo mundo que había llegado durante la noche. En los escalones del porche, el viejo Ives los llamaba aporreando su cubo rojo con un palo, pero aquel día los ánades desoyeron sus instrucciones y se alejaron remando, blancos y resplandecientes, hacia la cancha de tenis. Allí estaban los cisnes, sondeando el agua parduzca y turbia con sus largos cuellos. Por todas partes se oía el chasquido sibilante del agua al penetrar en lugares insólitos, resonaba un bramido lejano y por encima el griterío de los hombres que trataban de rescatar al ganado de los pastos cercanos al nivel del río. Un cerdo pasó chillando, sus patitas chapoteaban frenéticamente y se agarraban al pescuezo, rojo y ensangrentado, y una barcaza de casco plano con varios hombres a bordo le iba a la zaga. La embarcación daba vueltas y vueltas sobre los fieros remolinos de la corriente; con todo, al final salvaron al cerdo, que gritó aún más fuerte. Los niños, Hattie y Dennis, contemplaban el rescate desde la ventana de un dormitorio, y de pronto salió el sol radiante y cegador y lo bañó todo de plata. Desde abajo, el viejo Ives dijo:

—Mala cosa que brille el sol con una riada, se lleva la humedad de vuelta al cielo.

La abuela salió a su encuentro, e intercambiaron unas palabras en el porche. Olía intensamente a barro y era el primer día de junio.

En las cocinas, las criadas se habían arremangado las faldas prendiéndolas con alfileres e intentaban preparar el desayuno entre chapoteos. Sus piernas desnudas estaban muy enrojecidas. En los fogones ardía una lumbre esplendorosa, y las llamas se reflejaban en el agua, pero el ambiente estaba impregnado de un olor a humedad y a bodega. Las muchachas —dos hermanas llamadas Norah y Eunice— reían mientras perseguían una cesta flotante llena de huevos. Sus risas se transformaron en aullidos cuando una enorme sombra vocinglera pasó volando por la ventana; pero no era más que el último de los pavos reales que aleteaba de un árbol al tejadillo de la carbonera. Los otros tres se habían ahogado durante la noche, y sus cuerpos flotaban tristemente por el jardín, aunque nadie estaba aún al corriente, como tampoco lo estaban de lo que les había ocurrido a las gallinas. A lo largo del día, encerradas en su corral penumbroso, sucumbieron a la depresión y al hambre y se precipitaron de una en una desde sus perchas para suicidarse en el agua gélida, dejando únicamente a los gallos con vida. Sus afligidas comadres cluecas, todas empollando, se hallaban en otro corral oscuro y pestilente y corrieron la misma suerte. Se colocaron sobre sus huevos en una especie de sueño negro y melancólico hasta que el agua las cubrió por entero. Cacarearon un poco; pero eso fue todo. Durante unos instantes tan solo

sobresalieron del agua sus crestas rojas, y después desaparecieron.

Ebin Willoweed estaba dando un paseo en barca con sus hijas por el jardín sumergido. Remaba con brazadas suaves y poco efectivas, pues era un hombre perezoso, aunque gracias a una marcada vena curiosa, no era del todo indolente. Remaba bajo un sol ardiente; la luz refulgía con fuerza y el agua brillaba. De vez en cuando el bote se daba un golpe o un rasponazo cuando pasaba sobre una silla de jardín, un tronco o un objeto ligeramente cubierto por el agua. Desfilaban extraños objetos flotantes de aspecto deplorable: el cuerpo hinchado de una oveja ahogada, la lana mustia en el agua, una colmena blanca con las abejas, perplejas, revoloteando a su alrededor; un lechón recién nacido, rosado, y muerto; y los restos atroces de los pavos reales. Qué sorprendente resultaba ver aquellas imágenes tan desoladoras bajo un sol radiante y un cielo azul; una llovizna brumosa habría sido mucho más adecuada. Ahora pasaba un gato atigrado con la panza abotargada, las pequeñas garras en la superficie y la cabecita hundida en el agua. Ebin Willoweed lo miró con interés con sus redondos ojos azules y le dio un toque suave con el remo. Pese a la profunda tristeza de sus hijas y sus ruegos por regresar a casa, puso rumbo al río. Entonces la corriente se embraveció y el impacto de los remolinos contra árboles y postes se hizo audible, así que no le quedó más remedio que ceder un remo a una de las niñas para reconducir la barca hacia la seguridad del jardín. Después de semejante esfuerzo se mostró ya más dispuesto a volver.

Cuando entraron en la casa, la abuela bajó apresurada de su dormitorio para recibirlos. Chapoteaba por el vestíbulo inundado, y con su voz grave, más bien nasal, gritó:

—Contádmelo todo acerca de la riada. ¿Ha destrozado el puente? ¿La presa ha aguantado? ¿Sabéis si se ha ahogado alguien?

Los bombardeaba a preguntas. Con una mano se arremangaba el largo faldón negro; con la otra sostenía la trompetilla larga y curvada. Emma, la nieta mayor, se acercó a la corneta y gritó por ella unos instantes. El artulugio se cubrió de vaho, Emma se lo devolvió a su abuela y se limpió los labios con la falda de algodón. La abuela ordenó a voz en grito:

—Pero no os marchéis todavía, contadme más. ¿Qué ha sido de mis parterres de rosales?

El hijo agarró la trompetilla que su madre sacudía frenéticamente sobre la cabeza y voceó hacia sus negras profundidades:

—Hay animales muertos flotando por todas partes. Tus rosales están completamente cubiertos, tendrás suerte si se salva un ramillete.

—¿Mollete? ¿Qué mollete? ¿Ya está la comida?

La anciana se abrió paso por el agua hacia el comedor, donde Dennis se entretenía con una flota de barquitos de juguete.

—*Hallo*, marinero de agua dulce! —saludó su padre. El muchacho no respondió y se acuclilló para deslizar el barco que tenía en las manos. Los colores se le subieron a las orejas—. ¿Te gustaría salir conmigo a rescatar alguna oveja? —le preguntó con fingido entusiasmo.

—No, gracias, papá. Creo que hoy no me encuentro demasiado bien.

Su padre lo miró con una mezcla de fastidio e impaciencia.

—¡Por Dios! Pero ¿es que nunca te apetece hacer nada, blandengue? Bueno, subiré a mi habitación; es el único sitio donde se puede estar hoy. No habrá prensa, supongo.

Se marchó del comedor sin dejar de refunfuñar y subió las escaleras hacia su guarida en lo más alto de la casa.

—Cualquiera podría encontrarse mal —se dijo el muchacho para sus adentros, y siguió jugando con sus barquitos. Los había construido él mismo y eran su mayor orgullo.

—No le hagas caso a papá —lo animó Hattie—. ¿Te has dado cuenta de que esta riada mantendrá nuestras lecciones alejadas de su mente durante varios días, o puede incluso que una semana?

Rompió a reír de felicidad y empezó a chapotear por el agua con sus oscuros pies descalzos. La abuela reparó en que no había indicios de los molletes y en que la estaban salpicando innecesariamente, así que le propinó un capón a Hattie en la lanosa cabeza y espetó:

—Para ya, niña. Ve a la cocina a ver qué andan tramando ese par de fulanas perezosas.

Y Hattie se alejó berreando por el pasillo.

En la planta superior, Emma estaba sentada en el alféizar de la ventana de su dormitorio, que estaba abierta de par en par y se deleitaba al sol mientras se peinaba la melena cobriza como la mermelada de naranja. Cerró los ojos y olvidó las aciagas escenas sumergidas de la mañana. Un profundo sentimiento de satisfacción se apoderó de ella al sentir el calor del sol y al cepillarse el pelo, soñadora. Después abrió los ojos, se examinó las manos y se pellizó la punta de las uñas, esperando que algún día fueran largas y puntiagudas.

«Ay, cuánto me gustaría asistir a un baile y ponerme un vestido de noche de verdad —pensó—. Pero nada de eso sucederá: ni bailes, ni admiradores. Seguiré siendo yo, y no pasará nada de nada.»

Más arriba en su guarida, arrellanado en su desvencijado sillón de cuero, su padre se preguntaba si habría sido demasiado duro con Dennis.

«Pobrecillo —se dijo—, el muy desgraciado es tan condenadamente miedica que me saca de quicio. No cabe duda de que necesita ir a la escuela; pero la puñetera vieja es tan tacaña que jamás pagará la matrícula. No abundan los hombres que están dispuestos a pasarse horas enseñando a sus hijos como hago yo. La gente me tratará de holgazán, pero una tarea como esta requiere energía a raudales.»

Encendió la pipa.

«Es una buena idea fumar en pipa, así la gente ya no espera que les ofrezcas cigarrillos. Una vez conocí a una enfermera, una auténtica monada, pero fumaba como un carretero y esperaba que yo la abasteciese de tabaco. Al final no me quedó más remedio que dejarla; me salía demasiado cara. Creo que por eso me pasé a la pipa.»

Volvió a encenderla.

«Me gusta esta habitación. La gente se reirá de ella; pero es muy cómoda.»

Atravesó la estancia hasta el pequeño piano de pared destartado. Le faltaban algunas teclas, y el marfil de las que quedaban amarilleaba. Toqueteó el piano unos instantes aún de pie, después se sentó en el taburete redondo de velvetón e interpretó una alegre melodía que pareció levantarle considerablemente el ánimo. A continuación, sus ojos se posaron sobre la repisa de la chimenea. Estaba forrada de terciopelo verde oscuro, adornada con pompones y, sobre ella, había una botella de cerveza medio vacía y un vaso sucio con algunas moscas muertas flotando en el interior. Echó las moscas al cenicero, que estaba a punto de desbordarse, y se sirvió un vaso de cerveza. Apenas tenía gas, pero no era imbebible del todo. Mientras daba cuenta del brebaje, balanceándose de puntillas hacia delante y hacia atrás, se dijo para sus adentros: «Después de comer volveré a salir con la barca; quizá vea algo que merezca la pena. Tiene que haber un

montón de cosas interesantes tras una inundación de esta envergadura. Seguro que entre tanta agua alguien se habrá ahogado. Me llevaré a Hattie; esta se apunta a un bombardeo. Emma es peculiar, un bicho raro como su madre; en cambio Hattie es pura alegría, la mejor de la pandilla con diferencia. Evidentemente no es hija mía, no me creo esas bobadas de pueblo de que sea negra porque Jenny muriera antes de dar a luz; eso no son más que cuentos de viejas. La negritud no se le notaba tanto de recién nacida; pero ahora no hay vuelta de hoja. A saber cómo diablos se las arregló Jenny para buscarse un amante negro, aquí, en este poblacho solitario. Eso sí que me deja anonadado...».

El estruendo del gong interrumpió sus pensamientos; apuró de un trago su cerveza rancia y se encaminó a la planta de abajo, donde encontró a su familia comiendo en el antiguo cuarto de los niños, que estaba relativamente seco. Hacía varios años que no entraba allí. El interior estaba muy oscuro por los abetos que se apiñaban contra la ventana. Había sido su cuarto cuando era pequeño, y constató divertido que ni el papel pintado de la pared ni los muebles habían cambiado: ni la cajonera de cantos redondeados, ni el biombo estampado como un álbum de recortes, ni el viejo sofá rojo con los muelles asomando por debajo, ni la cómoda alta que le había traído problemas por dedicarse a esconder ranas en el cajón superior. Recorrió la habitación con una mirada complacida, se comió el fiambre cocido y los guisantes rodeado de su familia, y se sintió satisfecho.

A medida que fue transcurriendo el día, la riada comenzó a bajar de nivel. Abandonó el hogar de los Willoweed, y en su lugar dejó barro, hierbajos de río y un penetrante tufo a humedad. Afuera, los niños colocaron guijarros en la hierba para marcar la retirada del agua. El jardín descendía hacia el río y cuando cayó la noche, volvió a ser visible media pendiente, tapizada de flores mojadas y apelmazadas y de césped de un verdor esmeralda. Unos cuantos objetos extraños e inertes yacían desperdigados. El viejo Ives los recogió y los guardó en el cuarto de las calderas. Por desgracia, Dennis vio cómo metía a la fuerza un pavo real.

—¿Estás seguro de que está muerto, viejo Ives? —preguntó.

—Pues claro, este pobre bicho ha hincado el pico —masculló, y estampó la puerta sobre el animal.

El pavo real superviviente se puso a gluglutar. Tronaba y el cielo se había teñido de amarillo y gris.

—Ahí lo tienes, dije que llegaría la lluvia, y la lluvia llega —apuntó el viejo—. Ese pavo real huele a rayos. Deben de ser las plumas al chamuscarse.

Abrió una rendija la puerta de la caldera y escapó una humareda pestilente.

—Creo que es hora de irme a la cama —comentó Dennis—. Buenas noches, Ives, me alegro de que tus patos estén de regreso.

—¡No te vayas todavía, muchacho! Mira a este morrongo que me he encontrado —añadió mientras se sacaba del bolsillo un gatito muerto y empapado.

El pelaje cobrizo se le había despegado de la cola, dejando el hueso a la vista. Dennis se había marchado, así que el gatito siguió al pavo real a la caldera.

Durante la noche estalló la tormenta. La abuela despertó a los niños y a las criadas, que dormían a pierna suelta.

—Van a caer sobre la casa. ¡A las bodegas! —gritó—. ¡Todo el mundo a las bodegas!

Los niños se vieron arrastrados a las bodegas, que estaban completamente inundadas, y todos

quedaron hechos una sopa. De allí, los condujeron a la gran cocina de piedra, donde se sentaron dando diente con diente y sollozando bajo la mesa.

—¡Echad las cortinas, estúpidas! —gritó la abuela cuando el destello azul de un rayo resplandeció en la cocina.

Norah se subió a la mesa para alcanzar la ventana; pero el fragor de un trueno la envió pitando hacia el escobero de debajo de la escalera.

—¡Serás cobarde! ¿Para qué te crees que te pago, pendona? —gritó la abuela Willoweed.

Descargó otro relámpago, seguido de más gritos y llantos y un trueno estrepitoso. En medio de todo ese ajetreo, Ebin Willoweed apareció por las escaleras traseras sosteniendo una vela. Vio a su madre acuclillada debajo de la mesa junto a los niños. Emma seguía arriba. Eunice se había reunido con su hermana en el armario de las escobas; Hattie lloraba a moco tendido; y Dennis tiritaba un poco apartado.

—¡Echa la cortina, inútil! —gritó su madre.

Ebin se encaramó a la mesa y obedeció justo cuando cayó otro rayo cegador. Una tacita de porcelana del aparador estalló en pedazos, y Ebin salió escopetado a reunirse con su familia bajo la mesa. Empezó a llover a mares, aunque lo peor de la tormenta había pasado.

—¿Qué tal un poco de chocolate caliente? —voceó a través de la trompetilla de su madre.

—Eso, ese par de furcias tendrá que preparar un chocolate —asintió—. Aquí siempre tomamos chocolate después de una tormenta. Venga, zánganas, ¡salid del armario!

Las criadas salieron sin hacer ruido y prendieron el humeante hornillo de parafina y las velas de los candelabros de latón que había sobre la repisa, y así los destellos ocasionales dejaron de ser tan visibles.

Mientras observaba cómo Norah trajinaba, Ebin reparó en que en el pecho tenía un lunar enorme con la forma del mapa de Australia. Ella se fijó en que, en lugar de botones, el hombre llevaba chapas de cerveza de jengibre enganchadas con alambre al pijama.

«Pobre hombre —pensó—, realmente somos un par de zánganas.»

Durante los días posteriores apenas tuvieron tiempo para zanganear. Había que arrastrar las alfombras al césped para que se secaran y quitar el barro de suelos y muebles; hacía años que la casa no se limpiaba tan a fondo. La mayoría de las tareas más arduas recayeron sobre Emma y las dos criadas. La abuela Willoweed se paseaba entre los trabajadores blandiendo un atizador de alfombras de mimbre, y si consideraba que alguien no se afanaba lo suficiente, recibía un mamporro. A los dos pequeños los pusieron a sacar brillo a los muebles, una tarea a la que se entregaron de mala gana. Dennis estaba arrodillado sobre un libro, que leía cada vez que su abuela desaparecía de su vista.

—¿Te has enterado de que se ha ahogado Grumpy Nan, la abuelita gruñona que vivía en la casita junto al molino? —le gritó Eunice a su hermana.

—Sí, pobre mujer —respondió Norah—, pero ya llevaba muriéndose una eternidad. Dicen que tenía un cáncer y que había sufrido lo indecible, ¡pobrecita! Se oían sus gemidos al pasar cerca de su casa. Sí, realmente ha sido una liberación.

¡Zas! El atizador restalló en su espalda. Apocadas, las hermanas reanudaron sus faenas. Emma pasó junto a ellas con un brazo estirado para no perder el equilibrio debido al peso del cubo que acarrea. Vacío el agua sucia en la gran pila marrón. Un gato blanco y suave había estado sentado en el escurreplatos contemplando con atención el goteo del agua desde la bomba. Se encaramó de

un salto al hombro de Emma y le restregó el hocico contra el cuello. Ella lo acarició distraída; pero tenía las manos mojadas y el gato brincó al suelo oscuro de piedra y le lanzó una mirada cargada de reproche con sus ojos ambarinos.

Su padre tropezó en la antecocina. A pesar de su imponente estatura, caminaba siempre de puntillas, ligeramente inclinado hacia delante con los hombros encorvados.

«Es el hombre zanahoria —se dijo su hija—, pelo naranja, bigote naranja, traje de tweed naranja.»

Dejó la bandeja del desayuno en el escurreplatos. Siempre desayunaba en la cama. Normalmente se lo llevaba Hattie; las criadas apenas se aventuraban a entrar en su dormitorio, y su cama podía quedarse días sin hacer. Después de dejar la bandeja, ornamentada con mendrugos de pan y yema de huevo reseca, rodeó a su hija con el brazo, la estrechó con fuerza y la besó en la nuca. La muchacha lo apartó nerviosa.

—Ay, de acuerdo, solo estaba siendo cariñoso —repuso airado—. ¿Dónde está tu abuela?

—Ah, por ahí, patrullando. Está que trina.

—¿De verdad? Debe de ser por tanta limpieza, supongo; pero no esperará que la ayude; mis manos son mi bien máspreciado, y podría estropeármelas. De todas maneras, aborrezco las tareas del hogar y hay que ser idiota para prestarse a ellas siendo hombre; bueno, o mujer, para el caso... ¿Cómo era aquel refrán de que el ocio robustece y el trabajo envilece? Ya no me acuerdo... —Estiró los brazos y dio un largo bostezo—. Creo que me voy a ver al doctor Hatt. Allí no habrá ninguna mujer limpiando porque he oído que su esposa anda fuera, está enferma en un asilo. Un cambio de aires, supongo.

Soltó una risilla tonta y se alejó por la puerta de atrás.

«Papá me hace odiar a los hombres», pensó Emma mientras bombeaba agua al cubo. La bomba escupió una babosa, y ella la atrapó y la depositó en una esquina oscura y húmeda bajo el fregadero.

«Pobrecita —pensó—, como la encuentren las criadas, la quemarán; pero si la dejo fuera, será el Viejo Ives quien dé con ella y acabará en un cubo de sal o en el comedero de los patos.»

CAPÍTULO II

Ebin Willoweed caminaba por la calle del pueblo con sus andares ligeros. Trató de entablar conversación con algunos transeúntes, en vano, pues todos volvían presurosos a casa para el almuerzo de las doce. Los campesinos llevaban los bieldos al hombro. En cada diente había ensartada una patata. En teoría era una medida de seguridad, pero a la hora de la verdad se sacaban unas ocho patatas diarias con esta triquiñuela. Se quedó en medio del puente, construido con piedras del monasterio normando de Alcester. Las piedras estaban desgastadas en varios puntos, a causa de varias generaciones de carniceros afilando los cuchillos en ellas.

Se asomó a contemplar el río, que ya había recuperado su cauce pero bajaba raudo y caudaloso. En cierto modo le deprimía verlo fluir con semejante ímpetu y determinación. Él se sentía humillado en cualquier cosa que se propusiera; pensó en todos aquellos manuscritos inacabados y mordisqueados por los ratones que se acumulaban en su habitación y se entristeció aún más. Se mordió el labio inferior y pegó un puntapié sobre el puente, después reanudó el camino hacia la casa del médico. El doctor Hatt era un viejo amigo de la familia, la gente del pueblo lo tenía por un hombre milagroso desde que había traído a Hattie al mundo tras la muerte de su madre. La niña se llamaba así en su honor.

Willoweed subió el empinado tramo de peldaños que conducía a la vivienda del médico y tocó la bruñida campanilla de latón en la que se leía la palabra «Visitas». Una anciana sirvienta de espalda encorvada salió a recibirlo y lo invitó a esperar en el gélido vestíbulo de piedra mientras se alejaba renqueante a buscar al doctor Hatt. Francis Hatt era un hombre más bien melancólico hasta que sonreía; en esos momentos, todo su rostro se iluminaba deliciosamente, de modo que sus interlocutores terminaban por decir toda suerte de disparates con tal de devolver la sonrisa a aquel rostro taciturno. Aquella mañana estaba afligido por la enfermedad repentina de su esposa e intuía que no sería capaz de soportar la compañía de Ebin Willoweed por mucho tiempo. No obstante, le pidió a la sirvienta que trajera una jarrita de jerez y decidió conceder media hora a su viejo y agotador amigo.

Hacía más de una década que Ebin había regresado a la casa de su madre llevando con él a su joven y preciosa esposa y a Emma, entonces una niña de siete años. Lo habían despedido de *The Daily Courier*, el periódico en el que trabajaba como redactor de sucesos, porque su negligencia había provocado una demanda por libelo que había costado una suma considerable. Por aquel entonces Jenny Willoweed estaba a punto de dar a luz y el doctor Hatt la atendió en un parto sumamente complicado. Después del nacimiento de Dennis la advirtió de que traer otro hijo al mundo podría acabar con ella. Dieciocho meses después murió dando a luz a Hattie. Falleció minutos antes de que su hija naciera, pero Francis Hatt salvó la vida de la niña. Durante los años

posteriores, Ebin Willoweed acudió al médico en busca de amistad y acudía a su casa para refugiarse de su madre. A Francis Hatt le impactó el deterioro de aquel hombre; y aunque a menudo le resultaba pesado, al principio le había dedicado mucho tiempo con la esperanza de animarlo y, más adelante, por lástima.

Ebin Willoweed se había hecho ilusiones de que lo invitaran a comer; pero nadie se lo proponía. La falta de ánimo del médico lo hizo desistir y se marchó de inmediato, aún alicaído pese al jerez.

Al llegar a casa almorzó a solas. La familia ya había comido. Vio a su madre subir las escaleras, aún pertrechada con el atizador de mimbre y espantando con desgana a una mosca. Se asomó por la barandilla y le gritó:

—Llegas tarde y tu pelo pide a gritos un tijeretazo.

Acto seguido, continuó hasta su dormitorio para echar su siesta de media tarde.

En cuanto se encerró en su habitación con olor a menta, una paz somnolienta se cernió sobre la casa. Las criadas subieron a su habitación por las escaleras traseras y se quitaron los uniformes a rayas que llevaban por la mañana. Eunice estaba tendida sobre la cama que compartía con Norah vestida solo con una camisola blanca, mientras Norah se aseaba en una jofaina de porcelana desportillada. Se sostenía el pelo con una mano, y con la otra manejaba una toallita enjabonada. El lunar de su pecho se transparentaba a través de la combinación. Cuando terminó de lavarse aclaró la bacinilla y la secó primorosamente con un paño; en cambio, cuando le llegó el turno a Eunice, dejó el recipiente lleno de agua parduzca y espumosa. Se pelearon por ello, mientras se ponían sus uniformes negros de tarde. Después Norah le prestó a su hermana su broche de plata con el nombre de «Amelia», su difunta madre, grabado en él. Hicieron las paces y se sentaron en la ventana, abrazadas, a contemplar la calle principal.

En el jardín, el viejo Ives enderezaba las flores dañadas por la riada. Mientras trabajaba, parloteaba con sus patos, que anadeaban a su alrededor esperanzados, pues era casi la hora de que el cubo rojo se llenara de salvado y mondaduras de patata. Emma se detuvo a hablar con él.

—¿No crees, Ives, que deberíamos mandar una corona al funeral de Grumpy Nan? Es mañana, y la gente parece estar armando un buen revuelo.

—Pues claro que están armando revuelo, acerca de que se ahogara y todo eso. Hacía mucho tiempo que no teníamos una ahogada por riada; es todo un acontecimiento en este pueblo. Y por la corona, descuide. Justo antes de que usted apareciera estaba contándoles a mis patos lo preciosa que va a ser la corona que voy a preparar esta noche. Peonías blancas llevará, señorita, y unas uvas verdecitas. No tendrá parangón, ¿a que no, chiquitines? —Y se volvió hacia los patos, que le expresaron su acuerdo al unísono.

—Gracias, Ives. Nadie prepara coronas como tú —contestó, y dejó que siguiera conversando con sus aves blancas.

«Si algún día me muero —dijo para sus adentros—, me gustaría llevar una corona de nenúfares, aunque enseguida se pondrían marrones.»

Llegó a un columpio que colgaba de un pino junto al río. Una vez se balanceó en él e importunó a un abejorro que estaba en el árbol, y el bicho salió zumbando de entre las ramas y resultó tener el tamaño de un limón; pero cuando se lo contó a la gente nadie la creyó y le dijeron que habría sido algún pájaro zumbón. Ahora seguía sentada en el columpio con la esperanza de volver a ver a aquel extraño insecto. Se columpió unos minutos; pero no apareció ninguna abeja grande como un limón. Así que cesó el movimiento y se sumió en una contemplación soñadora del

río brillante entre los pinos.

Se había recogido el pelo en un moño en la nuca, y era muy consciente de su nuevo aspecto.

«Seguro que nadie se da cuenta», pensó.

Bajó la vista a sus toscos zapatos, obra del zapatero remendón del pueblo, y le entraron ganas de llorar. Hasta Eunice llevaba zapatos puntiagudos negros de tacón en su día libre. El zapatero remendón, que también era el librero del pueblo, acudía a la casa junto al río dos veces al año y medía los pies de quienes necesitaran calzado nuevo; y al cabo de una o dos semanas volvía a presentarse con unas burdas piezas de cuero toscamente unidas entre sí. Lo mismo ocurría cuando Emma o Hattie necesitaban ropa nueva. Llamaban a Lolly Bennet, que venía de la casita a la que se accedía bajando unas escaleras. Era la solterona del pueblo, y casi una enana. Manejaba con gran dificultad los enormes fardos de tela que le daba la abuela Willoweed, que no le quitaba ojo de encima mientras la pobre mujer gateaba por el suelo con la boca llena de alfileres intentando recortar vestidos con la ayuda de patrones de papel.

—Si lo corta así desperdiciará tejido, horrible mujer. ¡Santo Dios! Pero ¿no sabe hacer un escudete? Como no dejen de temblarle las manos me hará jirones la tela.

Y así una tras otra. Los resultados de las labores de Lolly Bennet eran chapuceros y desiguales, las prendas colgaban por detrás y quedaban demasiado estrechas en la espalda. La abuela Willoweed no había añadido nada a su guardarropa en veinticinco años y seguía llevando una especie de polisión.

Allí, meciéndose suavemente en el columpio, Emma sintió un deseo impetuoso de tener prendas bonitas, así como un admirador o varios; y también de viajar, quizá en un yate privado. Se imaginó un barco blanco surcando unas aguas azulísimas, y se vio a sí misma en la cubierta luciendo un traje largo con cola. Y después vendría el tango. ¡Cuánto le gustaría bailar un tango al son de esa música exótica, e incluso asistir a eso que llamaban «¡bailes de té y tango!»». Unos trinos estridentes interrumpieron sus pensamientos y recordó que no había dado de comer a los polluelos que habían comprado para sustituir a los que se habían ahogado...

Se encaminó hacia la cocina, donde se encontró a Norah sentada en la butaca Windsor, contemplando el vacío con la mirada perdida. Sobre su regazo tenía su mejor sombrero negro de paja, que estaba pinchando distraídamente con un alfiler.

Norah había pasado la tarde en la húmeda casa donde Fig, el jardinero, vivía con su madre, a la que los del pueblo apodaban «la Pazpuerca», y no les faltaba razón. De tan sucia, su casa era casi inhabitable; sin embargo, últimamente Norah había consagrado sus tardes libres a poner cierta clase de orden en el lugar. Aquella tarde, mientras frotaba suelos y sacudía alfombras, la señora Fig se había acurrucado junto a la lumbre y había hablado con su voz suave y melosa. De vez en cuando una lágrima ocasional brotaba de sus azules ojos llorosos y saltones. Por toda prenda tenía una gabardina raída y mugrienta que estaba hecha jirones y llevaba prendida con alfileres; apestaba a rancio. La señora Fig era la embalsamadora del pueblo. Cuando Fig volvió para tomar el té, en lugar del pan chicle con olor a parafina y el tarro de paté de pescado barato coronado por una verdosa capa de moho, que solían estar sobre un periódico, se encontró una mesa limpia y despejada con un pastel recién salido del horno. En el aire flotaba un fuerte olor a jabón y a abrillantador.

Fig arrugó su alargado labio superior y frunció el ceño. Aunque no le gustaba la cochambre en que vivía su madre, la intromisión de Norah le molestaba aún más. Hacía ya un tiempo que sospechaba que la muchacha limpiaba la casa; ahora tenía la certeza. Se sentó a la mesa, saludó a

Norah con un leve gesto de cabeza y se comió el pastel con aire taciturno. Ella intentó entablar conversación y habló de la inminente coronación, pero él se limitó a responder con monosílabos, y la merienda terminó en un silencio absoluto.

Cuando hubo acabado de comer, retiró la silla de la mesa, se levantó y se quedó un momento mordiéndose las uñas. Después salió al jardín y se puso a aclarar las zanahorias. Norah lo observaba desde la ventana. Le parecía que su rostro alargado y cetrino era el más hermoso que había visto nunca. «Es como un puritano», pensó. Escuchaba distraída la tierna voz lastimera de su madre; después volvió la vista hacia el interior, se caló el sombrero y recogió los guantes blancos de algodón.

Tras despedirse de la señora Fig, salió de la casa. Tenía que pasar cerca de Fig por el estrecho sendero. Cuando estaba llegando a su altura, se detuvo y levantó uno de los velos que cubrían los groselleros.

—¡Parece que las grosellas van a ser estupendas, señor Fig! —exclamó alegremente; pero él soltó un gruñido por toda respuesta y volvió a inclinarse sobre las zanahorias.

Norah se dio media vuelta y abrió la puerta, abatida. Entonces, reparó en dos caracoles que se arrastraban por la madera glauca. Presa de un arrebato, los despegó y los arrojó al otro lado de la carretera. Sus conchas aterrizaron en las piedras con un chasquido, y Norah miró a Fig por encima del hombro, pero este seguía absorto en las zanahorias.

Allí sentada en aquella butaca Windsor aguijoneando su mejor sombrero, rememoraba los acontecimientos de aquella tarde. Tal vez, si fuera tan guapa como Eunice, otro gallo cantaría. Quizá retiraría algunos ahorros de la oficina de correos y se haría con un vestido nuevo; o podía comprarse uno a plazos y pagar un tanto cada semana. Acababa de liquidar el pago del corsé gris que llevaba puesto; de modo que podía permitirse un vestido. Se imaginaba paseando por el prado del brazo de Fig. Caminarían junto a otras parejas y todos sabrían que estaban «saliendo»; los dos llevarían zapatos nuevos y relucientes que rechinarían al caminar; quizá se sentarían en la orilla del río al anochecer... La tristeza de Norah se esfumó, y la muchacha recorrió la habitación con la mirada como si acabara de descubrir que se encontraba en ella. Al percatarse de que Emma la estaba observando, sonrió y la ayudó a picar unos huevos cocidos para los pollos. Después bajaron juntas al huerto a recoger guisantes para la cena y a soñar despiertas en el crepúsculo estival.

CAPÍTULO III

Era el cumpleaños de la abuela Willoweed. Cumplía setenta y un años. Justo después de terminar el desayuno, y mientras estaba aún sentada ante la tetera de plata masticando con parsimonia, el viejo Ives se presentó con una cesta de huevos de pato y un poco de morcilla como obsequio de cumpleaños. Siempre se regalaban algo, y ambos estaban resueltos a sobrevivir al otro. Ives era un año mayor que la abuela Willoweed, pero estaba seguro de que contaba con más probabilidades de supervivencia: creía que ella moriría de empacho. La abuela le dio las gracias por los regalos y dijo:

—Por cierto, Ives, para cuando llegue la fecha de su cumpleaños, es posible que me toque llevar flores a su tumba.

El viejo respondió:

—¿De verdad lo cree, señora? Bueno, no me cabe duda de que, para cuando llegue su próximo aniversario, usted se habrá cebado hasta reventar.

—Bueno, eso ya lo veremos —repuso la abuela sin inmutarse—. Espero aguantar todo el día y disfrutar también de todas y cada una de las comidas; ¿sería usted tan amable de salir a cortar un montón de rosas y traérmelas a casa a lo largo de la mañana? Esta tarde celebro mi campeonato anual de whist.

Todos los años organizaba un campeonato de whist el día de su cumpleaños. En realidad, a nadie le hacía demasiada gracia. Solían acudir las esposas de los campesinos (la abuela poseía tres fincas), el doctor Hatt y su mujer, y el soñoliento clérigo y su madre. Según la abuela Willoweed, el clérigo consumía opio, quizá porque tenía cierto aire chinesco. La madre era como un pajarito asustadizo, con unas artríticas manos ganchudas constantemente entrelazadas cerca del rostro como si estuviera rezando. Esto hacía que le resultara bastante complicado jugar a las cartas, que solían caerse a su alrededor como los pétalos de una flor marchita. Las tres solteras de Roary Court venían montadas en sus triciclos. Mientras pedaleaban por la calle principal, el macho cabrío que tenían por mascota las seguía al trote, y al llegar lo amarraban a un punto, que era visible desde la ventana del salón. El animal tenía la manía de comer hiedra, y cuando ya se hubo zampado toda la que le quedaba a su alcance en Roary Court, las ancianas le pusieron una escalera de mano a su disposición. Resultaba más bien atípico ver aquella corpulenta cabra blanquinegra encaramándose a una escalera, atiborrándose de toda la hiedra que envolvía la casa.

El soltero del pueblo, el borrachín de Lumber Splinterbones, solía aparecer tranquilamente en la fiesta de cumpleaños de la abuela Willoweed. Era un gigantón de pelo cano que apestaba a cerveza, aunque educado y amable. Nunca estaba completamente borracho, aunque tampoco sobrio del todo. Pesaba tanto que había roto varias sillas de los Willoweed y ahora le reservaban una

robusta butaca irlandesa Chippendale con reposabrazos. Según las solteronas de Roary Court, estaba necesitado de los cuidados de una madre y solía ser el objeto de sus peleas. Williams, el abogado cojo, acostumbraba a aparecer con su esposa y su hija anémica. Williams se ocupaba del dinero de la familia, y, cada vez que se presentaba en la casa, Ebin Willoweed lo arrinconaba en una esquina y trataba de sonsacarle cuánto dinero tenía su madre y cómo lo repartiría en su herencia. A buen seguro, hoy volvería a probar suerte con su habitual falta de éxito. Ebin había heredado una paga de cien de haber muerto su esposa. No era mucho, pero al menos no dependía por completo de su madre. Hacía años que no ganaba nada escribiendo. Cuando Emma fuera mayor de edad, los cien anuales pasarían a su disposición. Esto preocupaba considerablemente a Ebin. A menos que su madre muriera antes de que llegara ese momento, se quedaría sin blanca de verdad. A veces por las noches pensaba bastante en el futuro.

Cuando llegó la tarde y los invitados empezaron a aparecer, Emma se colocó junto a su abuela para recibirlos. La abuela Willoweed llevaba un vestido largo de color magenta con ribetes de encaje negro, y sobre la cabeza tres plumas violetas enganchadas a un trozo de terciopelo polvoriento. El vestido magenta tenía varios rotos; pero a ella le parecía que lo que contaba era el efecto general. Emma lucía un vestido verde de raso que se había confeccionado ella misma. Estaba compuesto por un canesú muy entallado y una falda larga con frunces. Era la primera vez que se lo ponía y pensaba que causaría sensación. Quizá no obtuvo el éxito que se había figurado, pero el verde realzaba sus intensos colores; aunque cuando ella y su abuela se colocaron la una al lado de otra para recibir a los invitados, el magenta y el verde resultaron bastante estridentes en comparación con los tonos pardos y oscuros de los invitados. Azorado por el aspecto de Emma, Lumber Splinterbones trató de agarrarla con torpeza antes de que lo convencieran para que fuera a sentarse a una mesa de juego.

Cuando todos los invitados hubieron tomado asiento y empezaron a jugar, Emma se esfumó. Recordaba aquellos campeonatos de whist en los que su abuela no había conseguido ganar el primer premio, que habían terminado con gritos estridentes y rugidos coléricos. En esta ocasión, el primer premio consistía en varios tarros de *foie-gras*, y la muchacha sabía que su abuela ardía en deseos de dar cuenta de todos ellos metida en la cama aquella misma noche. Las mujeres de los campesinos estaban bien enseñadas; pero algunos de los invitados no eran muy de fiar. El segundo premio era bastante insustancial: un sencillo soporte de plata para las tostadas.

Emma recorrió el largo pasillo enlosado que conducía a la cocina y recogió una cesta de pícnic que le había preparado Norah. En la cocina reinaba el alboroto. Eunice le daba un último repaso al servicio de plata para el té, y había pasteles y bocadillos por todas partes. El viejo Ives parecía muy cohibido con su atuendo de camarero, y Norah estaba al borde del llanto porque los fogones se habían apagado y no había agua caliente. Emma cogió la cesta sin ser vista y se apresuró hacia el río, donde Hattie y Dennis la esperaban en la barca. Se sentía culpable por no haber ofrecido su ayuda en la cocina; pero se alegraba de haber escapado. Las dos hermanas cogieron un remo cada una. Dennis llevaba toda una flota de barquitos enganchados a unos pedazos de cordel. De vez en cuando alguno volcaba y el niño corría de un lado a otro de la barca para enderezarlo.

Cuando las muchachas se cansaron de remar, amarraron la barca bajo un sauce. Parecía como si estuvieran en una tienda de verdor. Permanecieron allí un rato; pero el fondo del bote olía a pescado, así que se bajaron y se tendieron al sol en la orilla. Los juncos cimbrecaban y susurraban con la brisa del río. Al cabo de un rato, Emma abrió la cesta de pícnic y los niños dieron buena

cuenta de los bocadillos de miel con hormigas y del té con ese regusto peculiar que siempre dejan los termos. Cuando no quedaron víveres volvieron a echarse al sol, todos alineados, se impregnaron del calor y contemplaron las libélulas. Algunas eran azul claro, pequeñas y elegantes; otras eran de un verde brillante; y también había otras enormes y rayadas que se comían las hojas de los nenúfares a bocados.

Allí tendido al sol, Dennis pensaba en lo agradable que era salir de pícnic con Emma. Recordaba otras tardes en las que su padre lo había obligado a zambullirse desde la barca y, al aferrarse al borde con sus manos aterrorizadas, le había golpeado los dedos con el remo y se había mofado a voz en grito de sus penurias en el agua. Cuando por fin se le permitía subir a bordo de nuevo, solían castañetearle los dientes. Aquello parecía divertir aún más a su padre. El niño se sentaba al fondo de la barca mientras su padre se desternillaba y Emma lo secaba, reprendiendo al padre mientras frotaba al hermano con una toalla. De momento este año todavía no había tenido lugar ninguno de estos temibles chapuzones. Porque a veces las inundaciones impedían salir en barca por el río, y, además, ahora Willoweed apenas se inmutaba ante la existencia de los niños. Llevaban semanas sin recibir sus lecciones matutinas. Suponían que la cosa duraría hasta que su abuela se diera cuenta de lo que estaba pasando. Entonces se desataría un inmenso huracán, su padre acabaría hecho papilla y se reanudarían las sesiones con renovado vigor, hasta que la abuela perdiera el interés por sus nietos y, poco a poco, volvieran a desaparecer ante sus ojos. Dennis solía preguntarse por qué su padre, que parecía gozar de grandes reservas de coraje, se dejaba intimidar tanto por su madre. Tal vez, pensaba, se tratara de un asunto de caballerosidad.

El sol caía a plomo y una música empezó a dejarse oír cada vez más cerca. Pasó una barca con un gramófono con una enorme corneta verde. Un hombre con una chaqueta a rayas manejaba la batea y una mujer de cabello dorado iba sentada bajo un parasol rojo. Cambió el disco y un órgano gruñón y lastimero inundó el aire. «No soporto los órganos —pensó Emma—. Seguro que la gente a la que le gustan los órganos come tartas de queso y dice canapé en vez de sofá.» Se recostó bocarriba imaginándose a la mujer de cabello dorado sentada en su canapé, comiendo una tarta de queso infinita y escuchando la melodía profunda de un órgano. Tendría varias hijas pequeñas a las que llamaría «las peques». Todas lucirían tirabuzones y enormes lazos rosas en la cabeza, zapatos de charol y relucientes vestiditos de satén de dama de honor los domingos de verano. De pronto, olvidó a la familia de amantes de las tartas de queso y los órganos porque los niños se habían esfumado. Se incorporó y los vio en el prado de atrás, lanzando piedras a las boñigas de vaca; les volvió la espalda y se sentó a contemplar el río.

Llamó a sus hermanos, que dejaron su repugnante juego y acudieron a su llamada. Hattie traía una lata herrumbrosa llena de tritones que habían pescado con las manos en un estanque cercano. Se empeñaron en subirlos a bordo y llevárselos a casa. Después descubrieron que las cuerdecitas de los barcos de Dennis se habían enmarañado y había que desenredarlas para que los barquitos pudieran flotar. Emma agradecía estos retrasos. Quería estar segura de que el torneo de whist hubiera terminado antes de su regreso. Remaba con brazadas pausadas. No se oían gritos provenientes de la casa, de modo que dedujo que la fiesta habría sido un éxito desde el punto de vista de su abuela.

Todos los invitados se habían marchado, y las criadas estaban en el salón plegando las mesas de juego. Entonces oyó la voz nasal de su abuela, que la llamaba.

—Por favor, Señor, que no tenga uno de sus ataques de ira —rogó Emma mientras se

apresuraba al comedor, de donde parecía provenir la voz afectada de su abuela.

Se la encontró sirviéndose una copita de oporto. Tenía parte de la lengua fuera; más bien mala señal. Al ver a Emma allí plantada con gesto aprensivo dejó la copa en el aparador y anunció:

—El doctor Hatt ha tenido que marcharse a la mitad de mi campeonato de whist. Su mujer había empeorado, le sangraba la nariz.

Cogió el decantador, se llenó la copa y le lanzó a su nieta una mirada extraña.

—Bueno, a la gente le sangra la nariz todo el rato. Se supone que hay que ponerles una llave grande en la espalda.

A Emma le sorprendió bastante que su abuela armara tanto revuelo por un hecho tan habitual. Quizá estuviera molesta por que la competición de whist no hubiera salido según lo previsto.

La abuela Willoweed bebió un sorbo de oporto y la miró por encima del vaso con sus ojos de lagarto.

—Bueno, cariño mío, una llave no habría resultado de gran ayuda en este caso; se trataba de un sangrado bastante particular. La sangre ha manado hasta inundar la cama, al menos eso he oído, hasta empapar el colchón y teñir el suelo de carmesí; ha manado sin parar hasta que la señora Hatt ha muerto. —Dio otro traguito de oporto—. Así es, la señora Hatt está muerta.

Miró a Emma esperando haber provocado en ella una conmoción profunda e inesperada.

Emma recordó la figura amable de la señora Hatt y las trenzas castañas enrolladas en la cabeza. Recordaba que la primavera anterior la había ayudado a preparar mermelada de naranja. Y ahora, ¿habría que tirarla? Nadie se comería la mermelada de un muerto, eso estaba claro, ¿y los pudines de Navidad que colgaban por su cocina? El doctor Hatt no sería capaz de darse un banquete de Navidad y comerse el pudín de su difunta esposa mientras ella yacía en el frío del camposanto. Emma se percató de que su abuela la estaba mirando, la trompetilla pronta en la oreja, a la espera de unas palabras de sorpresa y pesar; así que procuró hacerlo lo mejor que pudo. Sin embargo, la anciana pareció decepcionada.

—No eres más que una niña egoísta, Emma, igual que tu madre. Las desgracias ajenas te importan un comino. Me acuerdo de cuando el gato se comió el salmón que me envió el primo Tweed desde Escocia y tu madre se rió; y otra vez, cuando me quemé el labio con una castaña ardiendo...

Pero Emma se había marchado, así que la abuela Willoweed se terminó el oporto y salió de la estancia esperando toparse con alguien que no estuviera al corriente de la muerte de la señora Hatt.

Al final acabó en el cobertizo, donde se encontró al viejo Ives guisando una paloma en su lenta pero segura estufa de leña. La abuela Willoweed tenía un público bastante limitado, pues llevaba muchos años sin ir más allá de su casa o de su jardín. Se negaba a caminar o transitar terrenos que no le perteneciesen. Por ese motivo nunca visitaba sus granjas. Para acceder a ellas, habría de atravesar el pueblo. La mayoría de los niños del pueblo jamás la habían visto y para ellos se había convertido en un personaje aterrador. La creían capaz de oírlo absolutamente todo con su trompetilla, pensaban que, en lugar de lengua, tenía en su horrible boca dos serpientes sinuosas. Cuando los niños crecían y algunos entraban a servir en la casa de los Willoweed, comprobaban con desilusión que no era tan estrambótica como se esperaban; sin embargo, les contaban a sus amigos que en su habitación tenía tres monstruosos topos disecados en una mesa de bambú, y corsés con lacitos hechos con cuerda de tripa, y que a menudo, cuando iban a llevarle el primer té de la mañana, la oían silbar sola en la cama, y que también acostumbraba a comer unas galletas

negras que guardaba en unas latas. Relataban esas anécdotas entre cuchicheos apresurados y así parecían siniestras y temerosas. También circulaba un sinfín de historias sobre las ingentes cantidades de comida que devoraba y sobre sus arrebatos de ira, y siempre había algún moretón que enseñar.

CAPÍTULO IV

El viejo Ives estaba sentado en el cobertizo tejiendo una corona de rosas y tomillo para la tumba de la señora Hatt; escogió unas rosas bien abiertas, pues era toda una mujer, a pesar de no haber tenido hijos. A Ives le gustaba elegir las flores más apropiadas para sus coronas. A menudo planeaba la que le prepararía a la abuela Willoweed: cardos, perejil gigante y acebo glauco; algunas veces le concedía un diente de león amarillo. La de Ebin sería de correhuelas y tabaco. Era bastante frecuente que la gente se muriera cuando las flores que les había escogido no eran de temporada. En esos casos les preparaba una corona provisional y meses después recibían la auténtica. En aquel instante, Ives avistó a la vieja yendo y viniendo por el sendero de arriba, y se rió para sus adentros, pues sabía qué la tenía preocupada.

La abuela Willoweed caminaba de acá para allá con su paso decidido. Le propinó un puntapié impaciente a una tortuga que se cruzó en su camino. Se mordisqueaba la uña del calloso dedo pulgar mientras elucubraba cómo asistir al funeral sin pasar por terrenos que no fueran de su propiedad. Entonces su mirada se posó en el río cristalino que atisbaba entre los abetos, y de golpe el problema quedó resuelto. Iría hasta la iglesia en barca. Eso implicaba que tendrían que abrir la presa de al lado del puente para la ocasión; pero aquel era un detalle sin importancia. Se encaminó a zancadas hacia el cobertizo para comunicarle a Ives las órdenes del funeral. Forrarían la vieja batea con tela negra, y Ebin e Ives la llevarían. Ya podía verse surcando el agua solemne bajo el puente, con las espléndidas plumas negras de su sombrero ondeando suavemente al viento.

Mientras los dos ancianos departían acerca del funeral del día siguiente, Hattie y Dennis jugaban con el pavo real que estaba en el círculo de césped frente a la casa. Le daban de comer las migajas de pan que se habían quedado duras y secas en el bolsillo de Dennis. El niño soltó un grito de espanto cuando el animal le picoteó la mano.

—No, pon la mano plana, y así no te dará picotazos —le aconsejó Hattie.

Dennis, sin embargo, arrojó las migas a la hierba y los gorriones acechantes se abalanzaron sobre ellas. El pavo real desplegó la cola en señal de enfado y retrocedió, con las plumas vibrantes por la emoción; pero su belleza furiosa no pareció causar el menor efecto en los gorriones. Los niños contemplaron la escena un momento y luego se alejaron hacia el río, donde estaban construyendo un puerto entre las raíces de un viejo sauce. Vieron a Eunice en la orilla de enfrente caminando entre las vacas por el enorme prado llano. Habían dividido el terreno en dos para cultivar heno en una mitad, y aquel día el joven Joe Lott había empezado a segar la franja exterior. Los niños observaban y les daba la impresión de que ya olía a heno. Cuando Joe llegó a la altura de Eunice, ella cruzó la valla, y él detuvo el caballo, y los dos charlaron y rieron. Entonces Joe, jugueteón, bebió un trago de una botella marrón a la salud de Eunice. Los niños

sabían que la botella solo contenía un té frío y amargo, porque habían probado muchas veces las de los segadores y se habían llevado un chasco. Ives bajó hasta el río cargado con un fardo de tela de un tono negro herrumbroso que lanzó al embarcadero; y entre blasfemias y gruñidos empezó a cubrir la vieja batea. Los niños lo oyeron rezongar enfadado y se encaminaron hacia los campos de fresas.

Era una de aquellas tardes de verano en las que el zumbido de los insectos no cesaba. En la calle principal la mujer del panadero se pavoneaba. Sobre su cara rubicunda llevaba un sombrero Dolly Varden, el canesú de su vestido se transparentaba y dejaba a la vista los lacitos rosas de su camisola. Las mujeres del pueblo afirmaban que tenía el rostro áspero de tanto beso. A veces en la taberna de Masons' Arms los hombres echaban cuentas de lo lejos que habían llegado a caminar para ver a sus futuras esposas cuando ellos estaban cortejándolas. Entonces, se volvían hacia el panadero y comentaban que era poco probable que él hubiese tenido que ir muy lejos.

Ebin seguía los pasos de la mujer del panadero por el pueblo a través de la ventana de su buhardilla. Se atusó el pelo y el bigote frente a su espejo desvaído, cargó la petaca de tabaco y se dispuso a abandonar la habitación. Por un momento pareció cambiar de idea, y se detuvo con el ceño fruncido; pero al final se precipitó escaleras abajo. Al atravesar el vestíbulo oyó la voz de su madre. Vaciló; salió a hurtadillas de la casa. Su madre seguía llamándolo y se acercaba con paso resuelto al vestíbulo. Al verlo vacío, se metió en el cuarto de las botas, que gozaba de una buena panorámica de la calle. Escudriñó por la vidriera de colores y vio a su hijo todo carmesí a la zaga de la esposa del panadero toda amarilla. Después ambos mudaron de color, se tiñeron de verde y se perdieron de vista.

Mientras su mujer planeaba pasar una tarde de placer a la orilla del río, Emblyn, el panadero, trabajaba al calor de su obrador glaseando la tarta de bodas de la hija del cartero. Emblyn era un hombre enjuto, de rostro grisáceo. Últimamente soportaba unas úlceras de estómago que le causaban unos dolores considerables; pero pese al malestar y la aflicción que padecía, su pan seguía siendo el mejor de Warwickshire. El papel con el que envolvía su producto llevaba su nombre estampado, «Horace Emblyn», así como varias reproducciones de sus medallas. Decepcionado en su matrimonio, consagraba su vida a la panadería; y elaboraba unas hogazas tan deliciosas y crujientes, unos bizcochos tan milagrosamente esponjosos, y unos pasteles de frutas tan sabrosos y jugosos que la gente bebía los vientos por ellos a varios kilómetros a la redonda. Él, sin embargo, estaba resuelto a no atender más que a los habitantes del pueblo, que lo mantenían ocupado durante todo el día y parte de la noche. Su único asistente era un muchacho al que sospechaba que su mujer ya le había echado el ojo. Mientras elaboraba un imbricado dibujo de flores y palomas en el níveo glaseado de la tarta nupcial, dio rienda suelta a su imaginación y se dispuso preparar unas pocas hogazas de centeno a modo de experimento. Se olvidó de su mujer y del dolor punzante de su interior para dejar paso a la felicidad.

La felicidad también le llegó a Norah aquella misma tarde estival. Regresaba a casa procedente de la granja de frutas de Bennet, donde había encargado cantidades de fresas para la mermelada de los Willoweed. Caminaba por una carretera recubierta de polvo blanquecino, aunque los frondosos márgenes conservaban un verde lustroso moteado de esbeltos tallos de ranúnculo y de florecillas de perifollo silvestre que resplandecían como lentejuelas. Cuando atravesaba el puentecito que separaba Worcestershire de Warwickshire, oyó unas ruedas de carruaje y, al darse la vuelta, reconoció a Fig a las riendas de la calesa del doctor Hatt levantando una estela de polvo a su paso. Deseaba con todas sus fuerzas que no pasara de largo sin decirle

nada, y, cuando detuvo el vehículo y la invitó a subir, se quedó tan sorprendida que se montó a su lado sin pronunciar palabra. Fig masculló algo acerca de haber ido a recoger a los parientes del doctor Hatt a la estación de Honeywell y de que no estuvieran en el tren y de haber tirado por la borda su jornada. «De eso nada», pensó Norah mientras recorría el pueblo en la calesa como una reina. Llegaron a las puertas de la casa de los Willoweed sin hablar; pero cuando Norah alzó la vista para darle las gracias, su rostro, habitualmente pálido y anodino, le pareció tan hermoso y resplandeciente que Fig se sorprendió pidiéndole que volviera a visitar a su madre.

—Le vienes muy bien —dijo, y arrancó, consternado por su propia temeridad y su flaqueza.

Norah abrió el oscuro portón envuelta en una nube de felicidad. Cuando regresó a la casa, apenas reparó en que su hermana no estaba; como tampoco advirtió, cuando Eunice volvió más tarde, que llevaba el vestido arrugado como una pasa y le faltaban algunos botones del canesú.

CAPÍTULO V

Por la mañana temprano el sol inundó la habitación de Emma. El reflejo de la luz del río dibujaba formas doradas sobre la pared. Se levantó, se vistió a toda prisa, salió de la casa durmiente como una exhalación y bajó corriendo hacia el agua. Amarrada al embarcadero estaba la vieja batea forrada de un negro enmohecido, decorada por aquí y por allá con alguna polilla aletargada. Cuando se arrodilló para desatar la barca, las tablas del embarcadero ya habían acumulado tantos rayos de sol que notaba el calor incluso a través del vestido. Se subió a la pequeña embarcación y se alejó deslizándose por el agua en calma. Sentía una dicha absoluta. Estaba sola, con la excepción de un cisne y su familia de polluelos, que la adelantaron con suavidad. Había campos a ambos lados del río. Algunos resplandecían, verdes, donde acababan de segar el heno, y otro brillaba con el azul rutilante de las coles tempranas. En un meandro, unas cuantas vacas metidas hasta las rodillas volvieron graciosamente la cabeza para verla pasar. Llegó hasta los restos de un pequeño barco de recreo que se había quedado embarrado algunos veranos atrás y nadie se había molestado en retirar. Había sido un barquito vulgar y rechoncho, cuando surcaba el agua con su caterva de veraneantes que pegaban silbidos estridentes con cada bandazo, y levantaba una estela que perturbaba la paz de los pescadores que se hallaban sentados tranquilamente a la orilla; sin embargo, ahora que yacía de costado en el lodo con su pintura chillona descolorida, era casi bonito.

Los ladridos excitados de un cachorro de perro ovejero rompieron la quietud de la mañana, y después las voces de algunos mozos de labranza que se adentraban con una carreta en un campo. Interrumpida en su apacible felicidad, Emma sintió que tenía hambre y que se le había empapado el vestido por el agua que goteaba del pequeño remo de dos palas. Cuando puso rumbo a casa, reparó de pronto en que las orillas enlodadas del río estaban mucho más bajas y el agua parecía estar retrocediendo. Recordó que durante la época de siega a veces bajaban el nivel del río para que los carros pudieran cruzar en los vados.

Cuando alcanzó el embarcadero avistó a Dennis tumbado bocabajo, que estaba contemplando el agua. Lo llamó; pero no respondió, y supo que estaba dolido por no habérselo llevado con ella.

—¡Dennis! —insistió—. ¿Sabes que están sacando el agua?

El niño se puso en pie de un salto y oteó su puerto en las raíces del sauce.

—¡Sí, mira! ¡Ya ha bajado unos quince centímetros!

Contento de nuevo, se marchó corriendo a contárselo a Hattie. Les encantaba excavar en el barro en busca de tesoros; y aunque lo hacían por lo menos dos veces cada verano, siempre aparecían nuevas reliquias enterradas: esquirras de cristal de colores o de porcelana, llaves, cuartos de penique, sacacorchos roñosos, soldaditos de plomo que llevaban siglos perdidos, y, en

una ocasión, un chelín y un perro grande de porcelana.

Emma entró en la casa por la cocina y le llegó un intenso olor a beicon frito. Norah estaba preparando una bandeja para la abuela.

—Tres huevos de pato y todo este beicon, señorita Emma —rezongó malhumorada—. El señor va a bajar esta mañana, así que mejor llámelo; ¡no podemos tener la comida esperando todo el día!

Emma fue a avisar a su padre; pero, para su sorpresa, se lo encontró bajando las escaleras de su buhardilla vestido de riguroso luto y oliendo a alcanfor.

—¿Ya está listo el desayuno? —preguntó, altivo, sin detenerse.

Desconcertada, Emma se retiró a su habitación para arreglarse el pelo, que le caía por la espalda. Intentó ahuecárselo por los lados y recogerlo en un moño muy bajo en la nuca, y de un cajón sacó un espejo de plata que estaba oculto en un camión. Admiró su nuevo aspecto unos instantes y después escondió cuidadosamente el espejo, que había cogido del dormitorio de su madre en una de las contadas ocasiones en que su abuela se lo había dejado abierto.

De camino al comedor oyó las quejas amargas de su padre porque el desayuno no se había servido en la mesa. Cuando por fin estuvo listo, Norah aporreó el gong con tanta furia que la abuela Willoweed arrojó un candelabro de latón escaleras abajo. Durante todo el desayuno Hattie y Dennis no le quitaron a su padre el ojo de encima. Dennis se atrevió a comentar:

—¡Caramba, papá, sí que vas hecho un pincel!

Su padre le lanzó una mirada glacial y contestó:

—No me había puesto estas prendas desde que vuestra querida madre falleció.

Un enérgico golpe en la puerta interrumpió la comida, por lo demás silenciosa, e Ives apareció con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me gustaría hablar con la anciana señora —anunció casi a gritos—. No podrá asistir al funeral por ese riachuelo suyo, porque no habrá tal cosa: no hay tu tía, no habrá río.

—¿Se puede saber de qué tontería está hablando? —inquirió la abuela Willoweed.

Había entrado en la estancia detrás de Ives, y nadie se había percatado de su presencia, algo extraño dada su portentosa figura. Parecía un espantoso pajarraco negro, viejo, enorme y aterrador, toda envuelta en azabache y penachos negros, y no despedía un olor a alcanfor, sino a láudano.

Se desató un alboroto que duró unos minutos, mientras los dos ancianos se peleaban a voces. Después, seguidos de un Ebin taciturno, bajaron a inspeccionar el río, y los niños permanecieron en la mesa del desayuno muertos de risa.

A las once y media, el funesto grupo enlutado aún discutía a la orilla del río, mientras el sol caía a plomo sobre sus cabezas. Finalmente, se acordó por decisión de la abuela Willoweed que arrastrarían la barca por el fango hasta el agua.

—Pero ¿quién va a caminar en ese lodazal? —protestó su hijo.

—Tú, por supuesto, cariño mío, con un poquito de ayuda de Ives.

—¡Mamá!, ¿y mi ropa? —exclamó.

—Ya vas vestido como un payaso, así que ¿qué más da? —espetó la anciana, ondeando la trompetilla con ademán amenazador.

Ives se fue al cobertizo y regresó con dos enormes pares de botas de goma que a veces se usaban para pescar por la presa. Los hombres se las calzaron a regañadientes.

—¡Venga, que es para hoy! —gritaba su perseguidora relamiéndose las comisuras de los labios con la lengua.

Sin mediar palabra, los hombres se adentraron en el barro para arrastrar y empujar la pesada barcaza hacia el agua. Con gran esfuerzo avanzaron a tirón y empujón limpio, hasta conseguir mover la embarcación a unas aguas relativamente profundas. Ives siguió sujetándola mientras Ebin volvía a la orilla para buscar a su madre. La anciana prácticamente se le subió a hombros de un brinco y le ciñó sus rebosantes piernas alrededor del cuerpo, tambaleante bajo su corpulencia. Avanzando a trompicones y entre jadeos, Ebin consiguió alcanzar la barcaza fúnebre y aupar a su horrenda madre a bordo. Una vez liberado del peso, se inclinó sobre la barca, encorvándose hacia delante. Por su rostro hinchado, casi enrojecido, chorreaban regueros de sudor. El viejo Ives lo ayudó amablemente a subirse; eran compañeros de penurias.

Cuando Ebin se hubo recuperado lo suficiente, ambos hombres agarraron las pértigas y descubrieron que la barca avanzaba con facilidad. La abuela Willoweed iba sentada en su butaca forrada, con su porte orgulloso, aunque algo salpicada de barro. Miraba al frente, mejor así, pues de lo contrario habría visto el rictus cómico de Eunice, que la observaba entre los árboles, o a Hattie partiéndose de risa sentada sobre el tejado del gallinero. Los patos de Ives contemplaban cómo avanzaba la barca desde la isla en la que se limpiaban las plumas al sol, y cuando esta se aproximó, casi todos se echaron al agua entre agudos graznidos de bienvenida.

—¡Espante a esos malditos pájaros! —protestó la anciana; pero Ives hizo caso omiso y la bandada siguió al acecho, esperanzada.

Una modesta multitud se había congregado en el puente. Muchos de ellos nunca habían visto a la abuela Willoweed, y esta era una ocasión para ello. Se oía exclamar: «¡Ahí llega! ¡Ya está aquí! ¡Mirad qué vejestorio! ¡La virgen, si parece una bruja! ¡Y no os perdáis al señor Ives todo emperifollado! ¿Creéis que se quedarán embarrados?».

Ebin se sentía abrumado por la vergüenza y la confusión; pero su madre, incapaz de oír los comentarios, creía que el pueblo le estaba rindiendo homenaje, y se inclinó en una solemne reverencia.

La presa estaba cerca del puente, de modo que la multitud se entretuvo con el espectáculo de los dos hombres avanzando a trancas y barrancas por el agua y el barro, forcejeando para abrir la esclusa y arrastrar la barca a través de ella. El cementerio estaba en pendiente con respecto al río. Ebin tuvo que cargar a su madre a través del barro, seguido de Ives con su corona mustia. Afortunadamente, los patos se habían esfumado. Un grupo de gente corrió hasta la orilla entre burlas y risitas al ver a Ebin tambalearse bajo el peso de la anciana. En cuestión de pocas semanas, los funerales iban a convertirse en un tema recurrente en el pueblo; pero por aquel entonces aún era un acontecimiento relativamente extraño y de lo más ansiado.

Los dolientes se congregaron en la pequeña iglesia normanda para un oficio breve, y después salieron arrastrando los pies. Despacio y con la cabeza gacha caminaron hacia la tumba recién cavada, a cuyo lado se amontonaban grandes paladas de tierra. El doctor Hatt estaba allí solo, como sumido en una ensoñación. Parecía ausente, como si no estuviera en el funeral de su esposa. El sol de mediodía caía a plomo sobre el grupo enlutado. Los asistentes se asemejaban a las moscas hinchadas y aletargadas del final del verano. Se hallaban atrapados entre lápidas que se caían en todas direcciones, algunas bonitas y otras tan deterioradas que unos agujeros enormes se habían comido la piedra y enmarcaban la hierba verde del camposanto.

Tan pronto como terminó el funeral, y antes de que los asistentes se hubieran marchado,

algunos irrumpieron en tropel en el cementerio para ver cómo el sepulturero llenaba la tumba con las paladas de tierra recientemente extraída e inspeccionar las coronas marchitas. Iban acompañados de muchos perros.

CAPÍTULO VI

De la cochera de los Willoweed salían carcajadas mientras la lluvia repiqueteaba sobre el tejado de chapa ondulada del granero holandés como una ráfaga de proyectiles. El interior estaba prácticamente a oscuras, pero la escasa luz que se filtraba desde el cuarto de las manzanas del piso superior mostraba a Ebin Willoweed y a la mujer del panadero abrazados en el viejo carruaje que apeataba a humedad. El corsé de ella cubría el marco de la ventana y otras prendas yacían despreocupadamente desperdigadas a su alrededor. Bebían cerveza negra pasada, reían y hacían el amor, y, encima de ellos, los ratones mordisqueaban las manzanas podridas.

En su obrador solitario, el panadero seguía experimentando con su pan de centeno. Esperaba poder entregar una pequeña hogaza a su clientela en cuestión de días, y solo pensar en la sorpresa y el gozo que les causaría mitigaba su propio malestar. De modo que así pasó aquella húmeda tarde de verano, entregado a la elaboración de su pan de centeno.

Hattie y Dennis esperaban a su padre en la buhardilla. Los había dejado, al principio de la tarde, con la *Historia de Inglaterra* de Macaulay; pero, en vistas de que no volvía, los niños habían rasgado las páginas una por una y las habían convertido en sombreros y barcos de papel. En el dormitorio de abajo, su abuela, tendida en la cama, mordisqueaba sus galletitas de carbón vegetal. Oía a los niños en la planta de arriba, y creía distinguir la voz de su padre entremezclada con las suyas; se felicitó a sí misma por haber insistido en que retomasen las lecciones. Habían armado un numerito; pero al final Ebin había aceptado «instruir» a sus hijos varias horas al día. Siempre se refería a sus esfuerzos intermitentes por enseñar a sus hijos como «instrucción»: sonaba mucho mejor.

Su madre estaba en la cama pensando en las dos siluetas que había visto cambiar de color en la vidriera del cuarto de las botas, y se dijo que habría sido una buena idea poner un punto final a aquel disparate. Pero estaba aburrida. Se había salido con la suya; su hijo se ocupaba de las lecciones de sus nietos; las criadas cumplían con sus tareas; hasta Ives había accedido a excavar la linde del norte, completamente invadida de hierba de San Gerardo. A ella le traía sin cuidado que la linde estuviera llena de cardos o de hierba de San Gerardo; lo que sabía era que a Ives le daba pavor agarrar una pala y enfrentarse a la arcilla húmeda y pastosa de la cara norte.

Durante los últimos días podía divisarse a lo lejos el perfil encorvado del viejo mientras cavaba con bastante buen humor; y aunque la abuela Willoweed había pasado un tiempo controlándolo como una negrera pertrechada con una trompetilla en lugar de con un látigo, ni una queja había escapado de los labios del anciano. Ignoraba que Ives había encontrado una cajita decorada con conchas enterrada en el bancal. La podredumbre casi la había carcomido; pero los dos soberanos y los varios florines que contenía no habían perdido ni una pizca de brillo. Así que

el anciano seguía feliz, cava que te cava, con la esperanza de hallar más tesoros. Intuía que era Jenny Willoweed quien había enterrado la cajita. Quizá fueran unas pequeñas reservas para ayudarla a huir algún día. Al final, había escapado sin la ayuda de aquellas utilísimas monedas. Sin embargo, Ives tenía remordimientos de conciencia. Deseaba con todo su corazón quedarse con el contenido de la cajita; pero aquel día, mientras aguardaba en su cobertizo a que dejara de llover, decidió que le daría a Emma un soberano de oro, y a Hattie y a Dennis un florín a cada uno. No hacía falta decir de dónde procedía el dinero.

Una vez resuelto este problema, Ives se aventuró bajo la lluvia para llenar su cubo rojo con salvado de un gran montón del corral. Mientras cruzaba el patio, oyó voces procedentes de la cochera. Entreabrió la puerta, pero nada más reconocer la voz de Ebin Willoweed, la cerró a toda prisa y se alejó raudo hacia la cocina para recoger las mondas de patata hervidas con las que sus patos se deleitaban.

La abuela Willoweed había dejado a Emma en el comedor rodeada de una pila de sábanas blancas, todas con rotos y desgarrones. La muchacha había remendado unas cuantas con ayuda de una máquina de coser chiquitita y antigua; pero, para su disgusto, los parches ya estaban deshaciéndose, pues la máquina solo cosía con un pespunte de cadeneta muy coqueto, y se le había olvidado anudar los extremos del hilo. Agradeció que apareciera Eunice con la bandeja del té, y las dos jóvenes conversaron mientras retiraban las sábanas de la mesa. Eunice estaba pletórica después de saber la noticia de que el doctor Hatt quería comprarse un automóvil:

—Uno amarillo precioso, señorita, que se llama Sunbeam, y el señor Fig tendrá que aprender a conducirlo. Ay, señorita Emma, ¡Norah está que se muere de ganas por verlo al volante! — exclamó emocionada.

El rostro de la abuela Willoweed, como el de una avispa hinchada, asomó por el quicio de la puerta.

—Conque de cháchara, ¿eh, niñas?

Se colocó la trompetilla en la oreja con avidez. De modo que Eunice le habló del coche amarillo, aunque esta vez con bastante menos entusiasmo. La anciana escuchó ansiosa, aunque la noticia pareció defraudarla.

—Ah... ¿Eso era todo? —comentó amargamente—. Cuando peinéis las mismas canas que yo, ya os daréis cuenta de que los hombres siempre se comportan como unos lelos cuando se mueren sus mujeres. —De golpe, se volvió hacia Eunice y le espetó—: ¡Aparta de en medio, holgazana! ¿Dónde está mi té?

Los niños bajaron las escaleras a todo correr, pues, desde la buhardilla de su padre, habían oído el tintineo de las tazas de té.

—¿Qué habéis aprendido hoy, niños? —quiso saber la abuela.

—Eeeh, hemos aprendido la *Historia de Inglaterra* de Macaulay —exclamó Hattie, y los dos niños rompieron a reír.

La abuela les lanzó una mirada suspicaz y exigió información acerca del paradero de su padre.

—Acaba de salir a comprar tabaco, y con este chaparrón. Pobre papá, va a volver hecho una sopa —dijo Hattie, mirando a la anciana con unos ojos enormes y tristes.

En aquel momento, las pisadas de Ebin resonaron en la puerta y se alejaron escaleras arriba. La abuela Willoweed reflexionó junto a una generosa porción de tarta de ciruelas negras.

Tres días después, los habitantes del pueblo recibieron una pequeña hogaza de centeno con su

pan de cada día.

CAPÍTULO VII

A pesar del aspecto ligeramente siniestro de los oscuros panecillos, todos los habitantes del pueblo quedaron encantados y se relamieron con su amargo sabor. Los encargos de pan de centeno aumentaban a diario y Emblyn trabajaba todavía más horas de lo habitual. Encargó a su joven ayudante que se ocupara del reparto y contrató a un horrible viejo llamado Toby para que le echara una mano en el obrador.

De joven, aquel viejecito se había abrasado la cara con cal viva. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro surcado de cicatrices, pero era un trabajador excelente e impecablemente limpio. Durante muchos años había trabajado en la cocina de un gran hotel, oculto a la mirada de los clientes, hasta que le embargó una terrible nostalgia por regresar a su pueblo natal. Su memoria había dibujado un retrato dorado de él y en sus recuerdos la gente miraba con buenos ojos su rostro desfigurado. En la ciudad, cada vez que abandonaba la profunda penumbra de su cocina, la gente lo miraba con espanto y los muchachos le gritaban: «¿Te han usado la jeta como atizador, carcamal?», y otras crueldades por el estilo. De modo que regresó al pueblo con sus ahorros de toda una vida y se compró una casita de campo al otro lado del río. Al inicio se llevó una profunda desilusión. Percibía en el rostro de la gente la misma expresión de terror que había visto en la ciudad, dado que los jóvenes no lo conocían y los mayores se habían olvidado de él. Con el tiempo, no obstante, todo el mundo terminó por acostumbrarse a su aspecto. Participaba en todas las actividades del pueblo y se labró una reputación considerable entre sus convecinos por las inmensas dalias que crecían entre los repollos de su huerta. No necesitaba el dinero que ganaba en la panadería, pero le gustaba el trabajo y le estaba agradecido al bueno del panadero, el primer hombre en brindarle su amistad desde su regreso. Creía que una de las razones por las que lo había escogido como ayudante era que no suponía un riesgo para su esposa, lo que en el fondo le reconfortaba, pues las mujeres le infundían verdadero pavor.

Cuando el viejo Toby llevaba unos diez días trabajando en la panadería, Eunice acudió para encargarle un pastel de semillas de alcaravea para la familia Willoweed. Hacía una tarde sofocante, y entre los efluvios del horno, los ojos sanguinolentos y el rostro cosido a cicatrices del pobre Toby, le embargó un súbito malestar. Sintió que el labio superior se le humedecía y en sus oídos resonaba un intenso zumbido, como el aleteo de un millar de palomas. Se sentó en un costal de harina, se cubrió la cara con las manos y Toby se apresuró a buscarle agua, con un mohín de preocupación. Tras beber unos sorbitos, Eunice se recuperó; y cuando se disponía a levantarse un muchacho irrumpió de pronto en el obrador y anunció a voz en grito:

—¡Eh! El molinero se ha vuelto loco y se ha ahogado. ¡Están rescatando el cuerpo del río!

Antes de que pudieran preguntarle nada, el muchacho se había esfumado. El panadero salió

corriendo del obrador y preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado?

Y su mujer, que había estado bebiendo, apareció de repente tambaleándose y dijo:

—¿Qué p-p-assa?

Eunice se marchó sin encargarse el pastel de semillas de alcaravea, sentía una extraña molestia y ansiaba tumbarse en el frescor y la tranquilidad de su habitación. Sin embargo, cuando llegó al hogar de los Willoweed, reinaba la confusión absoluta. La abuela Willoweed se había enterado del suceso y estaba empeñada en que Emma la llevara en barca para ver cómo sacaban del agua el cuerpo del molinero. La recibió con un grito y un zarandeo; pero la pobre Eunice solo acertó a gimotear «¡No! ¡No!» con voz lastimosa. El griterío llegó hasta la buhardilla de Ebin, que bajó las escaleras sin hacer ruido, agarrado al pasamanos para poder retirarse rápidamente antes de verse implicado en algún asunto desagradable. Cuando oyó de qué iba el alboroto, no le desagradó la idea de poder ver al molinero ahogado con sus propios ojos, y se ofreció a llevar a su madre. En cuanto las palabras hubieron salido de su boca, la anciana ya lo había agarrado del brazo y se lo llevaba a rastras hacia el agua.

—Vamos, espabila, o no llegaremos a tiempo —vociferaba mientras subía de un salto volador a la barca, que se quedó oscilando debido a su peso.

A pesar del calor, Ebin remó con rapidez espoleado por su madre, y llegaron enseguida hasta un pequeño grupo de barcas vacías. En la orilla del río, una docena de personas observaba al doctor Hatt, que, ayudado por el hijo del molinero, le practicaba la respiración artificial al ahogado, con escaso éxito. El molinero estaba bien muerto y tenía los ojos horriblemente abiertos.

—Lo lamento, pero no hay nada que hacer —sentenció el médico—, lleva muerto alrededor de una hora. Tenemos que trasladarlo de vuelta al molino.

Decidieron colocar el cadáver sobre una manta al fondo de una barca, que el hijo remolcaría hasta el molino. El doctor Hatt cerró los espeluznantes ojos abiertos; sin embargo, volvieron a abrirse rápidamente y recuperaron su mirada vidriosa. Un vecino se armó de valor y colocó un par de peniques sobre los párpados para hacer peso; pero en cuanto lo subieron a bordo, las monedas cayeron y los temibles ojos vidriosos reaparecieron. Nadie quiso seguir al molinero muerto y a su hijo vivo. Incluso la abuela Willoweed estaba un poco cansada, aunque se recuperó durante el trayecto de vuelta al recordar que casi era la hora del té. Se habían congregado unos densos nubarrones que parecían haber cuajado en el cielo, y el estridente graznido del pavo real los recibió cuando se aparearon de la barca.

Aquella noche hizo un calor bochornoso y no se movía ni una sola hoja de los árboles. Daba la sensación de que se avecinaba tormenta; pero no sucedía nada y las hojas seguían inmóviles. Emma se despertó por el llanto y los gritos de Dennis en sueños; y, aunque se lo llevó a su cama y trató de reconfortarlo, el niño no dejó de sobresaltarse y de aullar que un pez enorme con la cabeza del molinero estaba intentando comérselo. Y así transcurrió la noche.

CAPÍTULO VIII

Ebin caminaba bajo un cielo amarillo y pegajoso. Daba la sensación de que el aire se hubiese agotado, y los habitantes del pueblo charlaban en pequeños grupos amodorrados. Se detuvo al llegar a la altura del puente y observó el agua; pero esta también tenía un aspecto amarillento y cansado. Apenas había dormido durante la noche porque el calor en su buhardilla bajo los cristales emplomados resultaba insoportable, y cuando al fin había logrado conciliar el sueño, el llanto de Dennis lo había despertado.

A pesar de aquel calor sofocante, solo eran las nueve. Desde el puente, Ebin contempló cómo los pequeños comercios abrían y levantaban las persianas, y cómo los grupos de mujeres se disgregaban de camino a las diversas tiendas. Entre tanto, el carnicero llegó al puente. Llevaba el sombrero de paja calado en la parte trasera de la cabeza y parecía que se disponía a afilar los cuchillos sobre el murete de piedra. Tras disponerlos todos sobre el pretil, se quedó observándolos con ojos inexpresivos. Ebin reparó en que sus dedos amorcillados pellizcaban, distraídos, el delantal a rayas. Asimismo, se había fijado en que el hombre estaba muy colorado y muy acalorado, y recordó que en los últimos tiempos había estado muy enfermo a causa de algún problema digestivo. A medida que lo observaba, los gestos del carnicero se volvieron cada vez más extraños. Se movía con ademanes bruscos y entrecortados y parecía hablar consigo mismo. De pronto, sus piernas se convulsionaron casi como si se dispusiera a bailar alguna danza peregrina que tenía algo terriblemente patético. Movía la cabeza sin parar, que le colgaba del cuello rollizo, y desde aquel rostro rechoncho y rubicundo, sus ojos miraban con aire triste y apabullado. En ese momento agarró un cuchillo con una mano hinchada y temblorosa y comenzó a afilarlo frenéticamente, farfullando entre dientes. Ebin pensó: «Le va a dar algo. ¿Qué puedo hacer? Se le va a caer el sombrero». De alguna manera, la idea de que el sombrero del carnicero cayera se le antojaba como algo terrible. Y entonces dieron comienzo los gritos, unos aullidos espantosos, mientras el filo reluciente del cuchillo se deslizaba por la piedra. No paraba de soltar terribles palabras atormentadas, y Ebin deseaba zafarse de ellas, pero no se atrevía a moverse, no osaba dar un paso, tan tremendo era su pavor. Entremezclados con los alaridos, se oían gritos femeninos. Algunas mujeres corrieron hasta la tienda más cercana, y Ebin las oyó cerrar la puerta y sintió que se quedaba solo con su terror.

El griterío y el afilado en el pretil se detuvieron de golpe, tan solo quedó el sonido del agua fluyendo por la presa. El carnicero observaba el cuchillo con asombro, como si fuera la primera vez que lo veía y no tuviera ni idea de cómo había ido a parar a su mano. De pronto, empezó a mugir como un pobre toro embravecido, blandiéndolo como si quisiera atacar a un enemigo invisible, y acuchilló al puente. De algún modo, Ebin logró alejarse a gatas, ceñido al murete. Su

boca permanecía abierta y dejó un reguero de saliva sobre el polvo; se imaginó que olía a sangre. Los mugidos cesaron de golpe y dieron paso a unos extraños gorjeos. Ebin volvió la vista por encima del hombro y vio al carnicero tambaleándose suavemente sobre los pies. De repente, con un gesto limpio se rebanó la garganta de un lado a otro, como si trazara una gran sonrisa. Ebin cerró los ojos y oyó la caída del cuerpo. Cuando volvió a mirar, el carnicero yacía en un charco de su propia sangre, que ya se había coagulado en algunas partes y se asemejaba al hígado crudo.

Ebin consiguió ponerse de pie, y se quedó tiritando y se cubrió los ojos con un brazo. Entonces oyó unas voces masculinas y alguien lo condujo a la taberna White Lion, a los pies del puente. Lo metieron en la sala de billar y lo tendieron en uno de los sofás largos de velvetón rojo.

—Ni hablar, aquí hay sangre, sacadme de aquí —consiguió articular.

Vertieron whisky por su garganta y alguien intentó abanicarlo con un calendario que arrancaron de la pared. Las moscas zumbaban contra las ventanas. El whisky lo reanimó y, con esfuerzo, consiguió ponerse de pie; pero con un gesto amable lo reclinaron de nuevo en el sillón.

—Será mejor que se quede aquí un poco, caballero, hasta que lo vea el médico —dijo compasiva la patrona.

—¡Santo Dios! No tengo cortes, ¿verdad? —Ebin se inspeccionó rápidamente en busca de indicios de heridas.

—No, pero ha sufrido usted una impresión de lo más desagradable, caballero —lo reconfortó con su voz tranquilizadora—. Ese pobre carnicero debería de estar poseído para hacer algo semejante.

—Debe de ser este bochorno —intervino el hombre que lo había llevado al White Lion—, que nos está dejando a todos enajenados, eso es lo que está pasando. Yo esta noche he tenido unas pesadillas espeluznantes. —Le temblaron los labios ante el recuerdo del terror nocturno—. ¡Y los retortijones no me han dado tregua!

Ebin lo miró consternado. Probablemente él también estaba volviéndose loco. Entonces oyó la voz del doctor Hatt y se sintió a salvo. El médico entró en la sala de billar con un aire aún más serio de lo habitual. Examinó brevemente a Ebin, sentenció que había salido ileso de su experiencia, y se ofreció a llevarlo a casa en su nuevo automóvil amarillo, que estaba aparcado a las puertas de la taberna; pero Ebin no quería que lo llevaran a casa. No tenía ningunas ganas de enfrentarse a la retahíla de preguntas devastadoras que su madre le dispararía en cuanto regresara.

—Bueno, en ese caso, lo mejor será que me acompañes —sugirió el médico; y los dos subieron al coche alto y descapotado.

En cualquier otro momento a Ebin le habría encantado atravesar el pueblo montado en aquella monstruosa cafetera amarilla; pero estaba demasiado afectado como para que le importara. Echó una ojeada al lugar del puente donde había visto al carnicero tendido. Ya no había carnicero ni sangre, solo un poco de arena amarilla.

—Supongo que el pobretón está muerto, ¿verdad? —susurró.

—Sí, está muerto y bien muerto. No logro entenderlo; pero le pido a Dios que no se den más casos. Puede ser el calor, o puede ser alguna sustancia venenosa que haya contaminado el agua. Debería ir derecho a ver al oficial de sanidad y solicitar un análisis de agua.

Francis Hatt detuvo el coche a las puertas de su propia casa y le dijo a Ebin que pasara y lo esperara dentro. No sabía cuánto tardaría.

—Pídele al ama de llaves que te prepare un café, y la boticaria está ahí, te cuidará bien.

Ebin se tomó un café con la boticaria, una chica agradable, pero más bien sosa y pesada, como la carne de cerdo poco hecha. No mencionó nada acerca del terrible final del carnicero, aunque era incapaz de pensar en otra cosa. Las palabras no brotaban de su boca; casi podía sentir las atascadas en el pecho como si tuviera un nudo en la garganta. Cuando la mujer volvió a sus quehaceres, Ebin se dedicó a merodear sin descanso por el salón, y de pronto, sobre una mesa de marquetería, reparó en una máquina de escribir y una pila de folios. Parecía tan inadecuado —una máquina de escribir sobre una mesa tan sofisticada— que era una señal inequívoca de que la señora Hatt ya no rondaba por esos parajes. Las revistas tan bien colocaditas ya no estaban en su mesa habitual; los grandes jarrones de flores habían desaparecido; incluso los libros de las estanterías habían cambiado. Era la primera vez que Ebin caía en la cuenta de que la señora Hatt se había ido para siempre y de que su figura afable y bulliciosa no volvería a aparecer en su salón de cretona nunca más.

Trató de concentrarse en la señora Hatt; aunque en realidad no conseguía sacarse de la cabeza al carnicero. Se sentó a la mesa y empezó a toquetear la máquina de escribir. Era más moderna que la suya, y, al tocarla, respondía con agilidad. Observó las palabras que acababa de escribir: «La garganta del carnicero se asemejaba a una sonrisa cuando hubo acabado con ella».

Soltó unos exabruptos, arrancó el papel del carro y estuvo a punto de arrojarlo a la papelera; pero, de pronto, se detuvo y se puso a observarlo como si nunca antes hubiera visto un folio.

A continuación, lo despedazó con parsimonia, colocó en el carro una hoja en blanco y empezó a escribir de nuevo como preso de un arrebató.

La boticaria se asomó para averiguar quién estaba aporreando de tal modo la máquina del doctor; pero Ebin ni se percató de su presencia, así que ella se volvió por donde había llegado. La vieja ama de llaves se acercó para preguntarle si se quedaría a comer, pero recibió la callada por respuesta. Ebin continuó con su furioso teclear, y la campanilla de la máquina repicaba como si fuera un carro de bomberos en miniatura.

En menos de una hora había terminado de escribir. Unió las hojas sin leerlas, las dobló por la mitad, y se las guardó en el bolsillo del pecho. A continuación, se encaminó al comedor del doctor Hatt y se sirvió un par de copitas de jerez. Envalentonado por el licor, regresó al salón y llamó por teléfono a Londres. Fue una llamada larga, y apenas hubo colgado el auricular regresó el doctor Hatt. El médico encontró a su amigo un tanto exaltado, pero lo achacó al jerez que obviamente había estado bebiendo.

CAPÍTULO IX

Al día siguiente, la gente del pueblo suscrita a *The Daily Courier* se sorprendió al leer un editorial titulado «El pueblo de la locura», que facilitaba una escabrosa descripción de los últimos minutos de vida del carnicero y otra, un tanto menos macabra, del final del molinero. El artículo cerraba con estas palabras: «Los habitantes de este pueblo remoto se preguntan: “¿Quién será la próxima víctima que se cobrará esta locura mortífera?”».

El artículo cayó como una bomba en el pueblo. Ya se había dado otro caso de demencia violenta. Esta vez la víctima había sido el hombre que había socorrido a Ebin Willoweed en el puente, aquel que se había quejado de sus pesadillas. Estaba convaleciente en la cama gritando y sus dos hermanos tenían que sujetarlo. Habían probado suerte con los medicamentos; pero solo surtían efecto durante un corto periodo, tras el cual volvía a gritar que los monstruos intentaban devorarlo y que era un malvado pecador. La gente se congregó en el exterior de su casa en la carretera de Broom. Los gritos les helaban la sangre, comentaron, aunque no se preguntaron «¿Quién será el siguiente?», pues ya habían decidido que sería Ebin Willoweed. Debe de ser contagioso, dijeron, mientras se alejaban un poco de la casa. En unos cuantos lugares señalados aparecieron unos letreros que advertían «No beber agua sin haberla hervido antes».

—Conque echándole la culpa al agua, cuando todos sabemos que son los microbios — murmuraron.

Aquella noche los reporteros de un par de periódicos se presentaron en el pueblo para hacer preguntas y fisgonear. Se hospedaron en el White Lion.

Francis Hatt y el oficial médico de salud pusieron el grito en el cielo al ver el artículo en *The Daily Courier*. El médico sospechó de Ebin Willoweed nada más leerlo. Aquello solo podía haberlo escrito un testigo; además, recordaba también que *The Daily Courier* era el periódico del que habían despedido a Ebin cuando este regresó a casa de su madre unos cuantos años atrás. La víspera a la hora de la comida, Ebin había murmurado algo acerca de una llamada, y, con la boca pequeña, le había ofrecido media corona, que ahora se arrepentía de haber rechazado. Ahora no podía reprocharle a Ebin su comportamiento deplorable, pues el pobre demente de la carretera de Broom le tomaba una cantidad considerable de su tiempo y tenía otros pacientes que atender, principalmente aquejados de problemas digestivos, además de las discusiones interminables con el oficial médico de sanidad. Decidieron contratar a un ayudante temporal, y un joven londinense especializado en trastornos mentales estaba de camino al pueblo.

—Aunque espero que el asunto esté zanjado para cuando llegue —apuntó el oficial médico.

El ayudante —Philip Andrew— llegó al día siguiente, y para entonces ya habían brotado otros dos casos de locura, dos niños sin relación entre sí. La enfermedad había empezado con una

molestia estomacal; pero, cuando estaban casi recuperados, la afección había pasado al cerebro. Los críos gemían, aullaban y gritaban que unos monstruos terribles los perseguían, y se abrazaban a sus padres aterrorizados. Unos dolores intensos los dejaban con las piernecitas pegadas al vientre, y vomitaban con frecuencia. El hombre de la carretera de Broom parecía recuperarse, aunque se encontraba muy débil, apenas probaba bocado y seguía padeciendo alucinaciones e insomnio.

Se abrió una investigación conjunta para dictaminar las causas de la muerte del molinero y el carnicero. Se celebró en el salón de actos, y Ebin Willoweed fue uno de los testigos clave. Alguien reparó en que cuando no estaba prestando declaración, garabateaba en una libretita que apoyaba en las rodillas. Los demás periodistas también tomaban notas. Los médicos torcieron el gesto al verlos, por atraer publicidad indeseada y disparar las alarmas en el pueblo. Cuando concluyeron la sesión, Francis Hatt le preguntó a su viejo amigo por qué lo hacía, le señaló el mal que había causado y remató con un «¿No te das cuenta de que el pueblo está casi al borde de la histeria colectiva?»; se arrepintió de sus palabras en el acto, en caso de que también hubieran quedado anotadas. Ebin parecía dolido y desconcertado y repuso que tenía que hacerlo: no había podido evitar redactar el primer artículo; las palabras habían brotado como si se escribieran solas y después, una vez terminado, le pareció una lástima desperdiciarlo. Y al *Courier* le había gustado mucho y ahora querían cualquier cosa que publicara sobre la epidemia.

—Francis, no tienes ni idea de lo que supone ganar dinero después de todos estos años. De lo que supone volver a trabajar. Y toco madera, madera de verdad, no pintada. Con la punta del lápiz me vale. Todavía no se lo he comentado a mi madre porque sé que se las arreglará para evitarlo; le gusta tenerme atado bien corto. Mira, Francis, lamento que haya cundido el pánico en el pueblo por el artículo, pero habría terminado por salir a la luz; sin ir más lejos, ¡esta sesión habría llamado la atención!

Y el médico no pudo por menos de aceptar que llevaba razón, y le brindó de pronto una de sus sonrisas deslumbrantes, y abandonaron juntos el salón de actos.

En el salón de las mañanas, la abuela Willoweed devoraba un panal de miel en un tazón que tenía sobre su regazo. Mientras lamía el marco de madera, maldijo el día en que había anunciado que no pisaría suelo que no fuera de su propiedad. En su momento se preguntó si estaría cometiendo un error; pero era un gesto de una gran solemnidad y le había parecido poco probable que alguna vez deseara volver a entrar en el pueblo. La colorida vidriera del cuarto de las botas le ofrecía una panorámica estupenda de la calle principal. Allí se pasaba infinidad de divertidos ratos en compañía de las galochas y de las viejas botas negras.

Sin embargo, ahora se sentía desdichada. Por un lado, se le había quedado un pegote de miel entre el mentón y la papada y se notaba miserablemente pringosa; y por otro, le fastidiaba la actitud de Ebin desde la desgracia del carnicero. Apenas le había contado nada, de hecho apenas le había dirigido la palabra durante varios días y se había mostrado extrañamente independiente, recluido en su habitación tecleando sin parar; ahora lo habían convocado para la investigación, ¿no pensaba contarle nada a su madre cuando regresara?, se preguntaba. No cabía duda de que estaba volviéndose un engreído y un descarado. La anciana se sacó un poco de cera de abeja de entre los dientes mientras especulaba los modos de volver a meterlo en vereda, y se animó cuando decidió ordenar a las criadas que limpiasen a fondo su habitación. No podría parapetarse tras esa altiva reclusión en esas condiciones. Se rió para sus adentros y se contentó un poco. Aunque le gustaría tanto campar a sus anchas por el pueblo y oír cómo los gritos salían por las ventanas de

las casas y quizá incluso ayudar a socorrer a alguno de los desafortunados afectados. Le encantaría encontrarse con alguien que se creyera perseguido por monstruos. De momento solo se habían dado cinco casos, pero llegarían más; estaba convencida de que habría más. Una de las criadas podría ser una víctima, o incluso el viejo Ives. La imagen del viejo Ives devorado por unos monstruos imaginarios le levantó considerablemente el ánimo, y se encaminó al cobertizo para ver si observaba en él alguna anomalía; en cambio, lo halló con muy buen aspecto, clasificando unas semillas que había secado. No le gustó demasiado el modo en que la miró y le preguntó si se encontraba bien.

Era la tarde libre de Norah y se había puesto su flamante vestido nuevo de color azul para ir a visitar a la madre de Fig; y sabía que, si Fig tenía tiempo libre, la vería en casa. No hablaría mucho salvo para comentar alguna cosa sobre los cultivos al pasar junto a ellos; pero la tomaría del brazo, y ella se sentiría rebosante de orgullo y felicidad. En el pueblo ya era un hecho reconocido que salían a pasear juntos. Había sido uno de los temas más sonados, junto con el coche amarillo del médico; pero ahora el único asunto de interés parecía ser la locura que se había cernido sobre el pueblo. Cuando Norah rebasó el salón de actos, los asistentes a la sesión salían en tropel; y, después, al cruzar el puente, pasó por el sitio donde el pobre carnicero se había suicidado y vio la arena que aún cubría su sangre. Una vez llegada a la casita, la señora Fig, como embalsamadora del pueblo, era incapaz de hablar de otra cosa.

—Vaya por delante que a mí me gusta un buen cadáver tanto como a cualquiera; pero un suicidio ya es harina de otro costal, ¡especialmente un degüello! —comentó con su vocecita triste, y Norah sintió que, aunque Fig la viera en casa, la tarde se había echado a perder.

En el hogar de los Willoweed, Eunice se alegró de que Norah no estuviera para poder tumbarse en la cama y vomitar y sufrir a solas. Esa mañana en el fregadero había tenido muchas náuseas —por suerte antes de que bajara su hermana— y creía saber por qué se sentía así. Le vino a la mente aquella tarde en el campo de heno y otra noche en un manzanar cuando los árboles aún estaban en flor; ahora ya se habían formado las manzanitas. «Y sé de sobra lo que se ha formado en mi interior —se lamentaba la pobre muchacha—, es un bebé como la copa de un pino»; y sintió que los senos ya parecían haberle crecido. Después se llevó la mano al vientre; pero seguía bastante plano. Ligeramente reconfortada, rogó entre susurros: «Por favor, Señor, no permitas que tenga un hijo, aunque me lo merezca, no dejes que venga». Recordó a su madre en el ataúd con el pequeño bebé ceroso junto a ella; Norah había llorado y se había compadecido de la pobre criaturita, como ella misma dijo, pero también la odió por haber matado a su madre. Quizá ella también se moriría si daba a luz.

—Pero soy joven y no me quiero morir todavía. Ay, ¿por qué es tan difícil ser buena cuando se es joven? —se interrogó.

Se levantó de la cama y fue a sentarse en el alféizar de la ventana; a través de los abetos divisaba pequeños tramos de la calle principal y recordó todas las veces que se había asomado a esa misma ventana solo para atisbar la visera de la gorra de Joe pasando con su carreta de heno. Y algunos domingos lo había visto empujar a su esposa enferma en una silla de ruedas de mimbre prestada. Ella percibía que le daba vergüenza empujar la silla, porque no usaba más que una mano y reía y bromeaba sin parar con su mujer con cierto embarazo. Con todo, era un gesto bonito que sacara a pasear a su esposa —era un buen hombre—, aunque su bondad de poco le serviría a ella ahora.

Emma se había llevado a los niños a pescar al río con las larvas de un nido de avispas que el

viejo Ives les había dado. Mientras pescaban, se comieron las cerezas de una cesta, lanzaron guijarros al agua y los vieron alejarse rebotando hasta perderse de vista. «Quizá hasta las cerezas estén contaminadas —pensó Emma—, pero no les habrían sabido tan ricas si las hubiéramos hervido antes.» Desde que se había enterado de que dos niños del pueblo estaban aquejados de la demencia, le obsesionaba la idea de que Hattie y Dennis pudieran padecerla. A Dennis en particular, al que tanto quería y que tanto dependía de ella. A pesar de ser más pequeña, Hattie era tan alegre y tan independiente que no albergaba por ella un sentimiento tan fuerte; era el ojito derecho de su padre, y Emma prácticamente odiaba a su padre, y su abuela le inspiraba tanta repugnancia como pánico. De modo que la única persona a quien podía querer era Dennis, y a los vagos amantes de su imaginación.

Aquella noche, la mujer del panadero atravesó a la carrera la calle principal ataviada con un camisón rosa hecho jirones. Iba gritando mientras corría.

CAPÍTULO X

El panadero y el viejo Toby perseguían a la enloquecida mujer por la calle del pueblo; pero el uno era poquita cosa y el otro estaba ya entrado en años, de modo que esta les llevaba una buena ventaja, mientras seguía gritando y soltando improperios sin dejar de correr. Durante todo el día había tenido un comportamiento extraño, se había quejado de dolor de estómago, y había estado bebiendo, farfullando para sus adentros y vomitando. El panadero había logrado convencerla de que se acostara y pareció que se había calmado un poco, de modo que el hombre, preocupado, había vuelto a enfrascarse en las tartas y el pan de centeno para el gran funeral conjunto del carnicero y el molinero, que iba a tener lugar al día siguiente. Toby estaba junto a su maestro admirando el inmenso pastel que este estaba pintando con yema de huevo cuando empezaron los alaridos. Ambos intercambiaron una mirada de pavor y echaron a correr hacia la puerta de la panadería justo a tiempo para ver cómo una figura en camisión rosa salía escopetada por la puerta principal. El panadero agarró a su esposa y esta le respondió con un empujón.

—Eres el demonio, ¡atrás, maldito! —le gritó, y se zafó de él dejándolo con un jirón de camisión en la mano.

Toby ayudó al panadero a levantarse del suelo y los dos se apresuraron tras la vociferante mujer, que avanzaba por el pueblo dando respingos y bandazos, como si se le hubieran cruzado los cables. Algunos vecinos chillaron y se encerraron en casa. Otros asomaron la cabeza por la ventana; los niños estallaron en llanto. Pero nadie salió a ayudar al panadero. Cuando la mujer llegó al puente se detuvo un instante a la altura del White Lion, donde no hacía ni un día que había estado bebiendo y bromeando con los periodistas. Uno de ellos estaba apoyado contra la puerta doble del bar; dirigió una mirada de espanto a aquella mujer terrible y fuera de sí, corrió al excusado y cerró con pestillo. La mujer del panadero permaneció allí tambaleándose, se llevó las manos al vientre y le entraron arcadas; entonces, al ver a su marido y a Toby abalanzarse sobre ella, bramó con una espeluznante voz cavernosa:

—¡Dejadme en paz, diablos! ¡Apartaos de mí!

Se alejó dando tumbos en dirección a la casa de los Willoweed. Al llegar al inmenso portón trasero de color verde se aferró a él como un animal desquiciado, y de golpe se abrió y ella entró en el jardín con paso titubeante.

El gato blanco, que estaba felizmente jugando con una hoja, huyó despavorido y arremetió contra el tronco de un haya y, cuando el panadero llegó corriendo al patio, pegó un brinco hacia una rama, no atinó y cayó. Cayó sobre la desafortunada mujer vociferante que había debajo y le hincó las garras en los hombros desnudos. Una mirada descompuesta y angustiada se cernió sobre su rostro; entonces empezó a apretar las mandíbulas y se desplomó de golpe con el gato a la

espalda. Desde el portón, el marido, seguido del viejo Toby, observó cómo retorció sus largas piernas blancas; después, se quedó inmóvil. El panadero parecía aturdido, salió trastabillando a atenderla; pero no había mucho que pudiera hacer aparte de enviar a Toby en busca del médico. Se quitó el delantal con el fin de hacer una especie de almohada para la cabeza de la pobre criatura e intentó estirar el camisón harapiento para taparle las piernas rígidas; con su pañuelo enharinado, le limpió cuidadosamente la espuma de los labios. Cuando miraba esperanzado las ventanas de la casa preguntándose si alguien acudiría en su ayuda, Norah salió atropelladamente de la cocina entre lágrimas.

—Ay, señor Emblyn, enseguida vengo a ayudarlo; pero mi hermana acaba de desmayarse. Lo ha visto todo desde la ventana y se ha quedado impactada. ¡Ay, Dios!

Y la muchacha regresó rauda a donde se hallaba su hermana, que yacía inconsciente en el suelo de la cocina. Entonces se oyeron unas fuertes pisadas y la abuela Willoweed apareció en el patio y exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Qué escándalo es este? ¿Está esta mujer bebida?

El panadero, sobrecogido, trató de dar cuenta de los acontecimientos, ardua tarea, pues la señora lo interrumpía constantemente y él no se arreglaba del todo bien con la trompetilla. Terminó su confuso relato diciendo:

—Ay, señora, si tuviera una manta para mi pobre esposa, está extrañamente fría.

—¡Muerta lo más probable! —replicó ella, sacudiendo la trompetilla—. Lo que sí que necesita es una manta para tapar esas piernas horripilantes. Será mejor que mi hijo le ayude a meterla en casa.

Repasó con la mirada aquellas piernas deslumbrantes y torneadas con una sombría desaprobación y cuando Norah volvió a salir de la cocina le gritó:

—Ve a por una manta y a por el señor, coge primero la manta, y que sea una de tu propia cama.

Ebin llegó antes que la manta y contempló horrorizado el cuerpo hermoso y el semblante burdo de su antigua amante. Le invadió una mezcla de lástima y repugnancia. «¿Cómo fui capaz de tocarla?», pensó; no obstante, ayudó a su marido a transportarla hasta la cocina con sumo cuidado. Al levantarla del suelo se descubrió el cuerpo ensangrentado del gato aplastado.

—Esa mujer ha matado a mi gato —sentenció la anciana, al examinar el descalabrado cuerpecillo; reparó con interés en que uno de los ojos estaba espachurrado y desorbitado, mientras que el otro se conservaba casi intacto—. ¡Francamente excepcional! —exclamó mientras se alejaba hacia la cocina con unos andares tan pesados como resueltos.

La esposa del panadero yacía sobre la mesa de la cocina, inmóvil y muerta. Nunca más recorrería la calle principal dando brincos con sus blusas transparentes, ni se tumbaría bajo los sauces a la orilla del río las tardes de verano. Cuando llegó el doctor Hatt, realizó las gestiones pertinentes para que trasladaran el cuerpo al hospital con el fin de practicarle la autopsia; y ahora esperaban a que apareciera la ambulancia tirada por caballos. Corrieron las cortinas rojas de la cocina y cubrieron el cadáver con una sábana, que la abuela Willoweed levantaba de vez en cuando para echar otro vistazo al rostro muerto.

—¿Tú sabías que llevaba el pelo teñido, Norah? —preguntó a la horripilada criada, cuyas manos temblorosas estaban desplumando un pollo.

La chica permaneció de espaldas a la mesa y envidió a Eunice, a salvo en su habitación por orden del médico, pero ¿por qué le había dicho el doctor que acudiera al día siguiente a la

enfermería para una revisión? «Y que te acompañe tu hermana», le había aconsejado. ¿Pensaba que Eunice estaba aquejada de esa demencia?, se preguntaba, aunque bastaba con ver a una loca así para que una muchacha perdiera el conocimiento. El médico le había dado algo para dormir; aunque quizá fuese para mantener la locura a raya. Norah no podía soportarlo más y dejó el pollo a medio desplumar para escabullirse al piso de arriba y echar un ojo a su hermana durmiente. Le palpó la frente, que estaba fría; y se la veía muy guapa y plácida sumida en un sueño profundo. Norah se quedó más tranquila y regresó a la cocina. La abuela Willoweed estaba otra vez revoloteando en torno a la difunta.

—Serás necia —gruñó—, mira que dejar así el pollo, el gato podría habérselo comido.

—Ya no hay ningún gato —contestó Norah, apesadumbrada. Se había encariñado con el pequeño minino blanco.

—No existe ya —replicó, meditabunda—. El panadero tendrá que descontarlo de la factura. Ese gato tenía cierto valor, y su mujer lo ha matado. Debo comentárselo cuando venga a recogerla.

CAPÍTULO XI

Norah y Eunice aguardaban en la sala de espera del doctor Hatt. Ambas llevaban guantes blancos de algodón y estaban tensas y nerviosas. Eunice guardaba silencio y observaba por la ventana con la mirada perdida; Norah, en cambio, charlaba con una mujer gorda preocupada por sus flatulencias y con un niño pequeño que había acudido solo, a todas luces, por sus paperas. Alguien había dejado un ejemplar de *The Daily Courier* encima de la mesa, y en portada había un artículo titulado «La mujer del panadero pierde el juicio». Norah apartó la vista; pero la señora que estaba sentada a su lado agarró el periódico e intentó leer algunos fragmentos en voz alta.

—Aquí dice que dejó una impresión lamentable. Ya lo creo que lo era. Y su esposo es un hombre muy respetado aquí en el pueblo. Eso es más de lo que era su mujer, así que de buena se ha librado, me parece a mí...

La mujer continuó su perorata y Norah trató de desviar la atención al niño. La locura, la locura, era imposible no pensar en ella. Echó un vistazo a Eunice; pero no atisbaba indicios de locura, aunque su hermana estaba extrañamente callada y arisca y llevaba así unos cuantos días.

—¡Las campanas están doblando a muerto! —exclamó la mujer—. De buena gana habría asistido a ese funeral, de no ser por mis ventosidades... —Y escuchó embelesada el aciago tañido de las campanas.

El doctor Hatt apareció en la puerta de la enfermería.

—Puedo atenderte ahora, Eunice —anunció, y sonrió a las hermanas con amabilidad. Las muchachas lo siguieron a la consulta, que apestaba a éter, y permanecieron juntitas en el marco de la puerta—. Bueno, Eunice —explicó—, voy a proceder a realizarte una inspección exhaustiva. Tendrás que quitarte la ropa detrás de ese biombo, y después te pediré que te tumbes en la camilla.

Miraron la reluciente camilla negra surcada por una línea blanca en el centro.

Al cabo de veinte minutos, las muchachas bajaban por la calle principal y seguían oyendo el tañido de las campanas fúnebres, aunque este ya había cesado hacía un momento. Eunice iba agarrada del brazo de su hermana; pero ninguna hablaba.

No hablaron hasta que llegaron a la intimidad de su cuarto y Eunice se sentó en la cama y rompió a llorar:

—Ay, Norah, ¿qué va a ser de mí? Es... Es el bebé de Joe Lott y no puede casarse conmigo. Norah, no te enfades conmigo.

Escondió el rostro entre las manos, los lagrimones resbalaban por sus mejillas rosadas. Norah trató de encontrar algo que comentar o sugerir, y al final dijo:

—Ha sido culpa mía. Debería haber cuidado mejor de ti. Estaba tan feliz con mis paseos por

el campo con Fig, y, en serio, creo que estaba resuelto a casarse conmigo. Aunque ya no, no con el escándalo y todo esto.

Y Eunice lloró aún más porque había echado a perder la oportunidad de matrimonio de su hermana, y Norah la consoló e intentaron trazar planes para el futuro.

—Tengo que ver a Joe una vez más para contarle lo que ha pasado. La última vez que estuve con él se lo insinué, más o menos, pero se echó a reír y dijo que no podía ser verdad. Joe siempre se ríe de todo, eso fue lo que me gustó de él al principio; pero no quiero que se ría del bebé, solo que se porte bien.

Y permanecieron allí sentadas y abrazadas hasta que las interrumpió la voz áspera de su señora llamándolas desde las escaleras de servicio.

—Bajad ya, muchachas. ¿No os habéis enterado de que han dado las cuatro?

Ebin Willoweed había relatado la crónica del funeral por teléfono al *Courier* desde la oficina de correos del pueblo, y de camino a casa se reía para sus adentros por cómo su madre se abalanzaba sobre sus artículos cada mañana, e incluso le leía fragmentos en voz alta, sin albergar la más remota sospecha de que estuvieran escritos por su propio hijo. Sintió una punzada de remordimiento al pensar en todo el sufrimiento y el horror que reinaban a su alrededor, y que al mismo tiempo eran la causa directa de su felicidad y de su prosperidad repentina. Entonces le vino a la mente el cuerpo sin vida de su pobre amante, con aquel rostro demacrado, tendido en el jardín.

—No le daré más vueltas —murmuró—. Ellos ya han tenido sus momentos de felicidad y yo llevo años aciagos. Por fin me ha llegado a mí el turno. Quizá yo sea la próxima víctima de la locura, así que debo disfrutar del poco tiempo que me queda. Santo Dios, lo más seguro es que ya esté loco, aquí hablando conmigo mismo... —Y empezó a caminar con zancadas grandes y resueltas para demostrarse a sí mismo que no estaba perdiendo el juicio.

Durante la merienda, su madre le lanzó un ataque súbito con respecto a la educación de sus hijos y exigió saber a cuento de qué se habían interrumpido las lecciones. Ya se lo esperaba, es más, había ensayado conversaciones imaginarias con ella en torno a esa cuestión, y para su sorpresa la discusión tomó exactamente los derroteros que se había imaginado y pudo jugar la baza que se guardaba bajo la manga: anunció que ya había llegado el momento de que Dennis asistiera a la escuela y que él mismo podía asumir el coste de la matrícula.

—De hecho, estoy pensando en enviarlo a la marina en un futuro.

—Como fogonero, claro —repuso su madre—. De todas maneras, no dices más que memeces. No eres más que un mendigo a expensas de mi caridad, y si esperas que algún editor te compre alguna de tus noveluchas entonces eres todavía más lerdo de lo que pensaba.

—Basta, mamá, calma. —Adoptó un tono tan tranquilizador como irónico—. Últimamente las cosas me han ido bastante bien. Creo que el último cheque que ingresé ayer en mi cuenta era de noventa y ocho libras, y en los próximos días debería recibir otra jugosa suma, según lo previsto. Los gastos de la escuela de Dennis pueden correr de mi cuenta sin ningún temor, mamá.

—No me lo creo. Me estás mintiendo. Nadie pagaría por la basura que escribes. —Sin embargo, a medida que pronunciaba estas palabras, recordó el repiqueteo de la máquina de escribir tanto tiempo abandonada que había bajado flotando escaleras abajo hasta llegar a su trompetilla—. Si estás diciendo la verdad, puedes pagar..., puedes pagar por tu manutención y la de tus hijos..., la de los tres —masculló sobresaltada.

—Bueno, si esa es tu postura, mamá, creo que regresaré a Londres. Estaré cerca de mi trabajo

y probablemente me saldrá más barato.

Al incorporarse para abandonar la mesa, echó una mirada a su madre y vio que su rostro se puso lívido y que parecía tener problemas con la dentadura. A Hattie le entró la risa floja, pero Emma le puso mala cara, así que se cubrió el rostro con las manos con la esperanza de que su abuela pensara que estaba llorando. La anciana salió para recolocarse la dentadura en la alacena, y cuando regresó halló el comedor vacío. Permaneció allí un instante observando los restos de la merienda sobre la mesa y las sillas apartadas con premura. Un temblor agitó su barbilla mientras tamborileaba en la mesa con sus dedos rechonchos; después, se dio media vuelta y subió despacio las escaleras hasta su habitación.

Ebin estaba encantado. Era la primera vez en años que derrotaba a su madre, y había sacado a su familia del comedor a toda prisa antes de que regresara para arruinar su victoria. Les propuso a los niños salir a dar un paseo hasta la casa del avaro: una casita quemada, no más que una choza, abandonada en medio de un campo. Una ocasión en que fue presa de una imaginación desbordante les había contado que la casa había pertenecido a un viejo avaro y que nunca se había encontrado el oro que dejó allí enterrado, a pesar de que tras su muerte la gente había echado abajo casi toda la casa, buscándolo. Hattie y Dennis se creían la historia a medias y les gustaba desenterrar las losas del suelo y hurgar entre las paredes carbonizadas en busca de oro y tesoros. Por alguna razón, quizá porque su padre había sido el primero en hablarles del viejo avaro, se sentían en el deber de no ir nunca sin él, aunque solían transcurrir varios meses entre sus visitas y siempre se la encontraban más derruida que en la última expedición. En aquella ocasión iban equipados con un sacacorchos y una lima de uñas con mango de hueso, con los que atacaron la chimenea del avaro; al cabo de media hora de arañar y de limar consiguieron sacar un ladrillo. De buen grado se habrían pasado la noche desmontando el resto de la chimenea.

Al principio Ebin los miraba divertido y pensó: «Me trae sin cuidado lo que digan por ahí, lo cierto es que soy un buen tipo. Pocos hombres en mi situación se gastarían sus primeras ganancias en años en la educación de su hijo, y heme aquí, en una choza cochambrosa, solo para proporcionar diversión a mis vástagos. Emma no quería que los trajera; por envidia, supongo. No quería que los niños recorrieran el pueblo, no fuera a ser que atraparán eso que anda por ahí rondando. Pero es que no se les puede mimar tanto; está convirtiendo a Dennis en un blandengue y un pusilánime. De todas formas, Francis Hatt no parece pensar que sea contagioso. Todavía no han encontrado nada en el agua; así que ahora están intentándolo con el pan, según me consta. Podría escribir algo para el *Courier* al respecto».

Mientras divagaba, se recostó contra el muro tiznado de la casa, y golpeó suavemente el suelo con su vara. Su mirada se detuvo en los helechos jóvenes y tiernos que se abrían paso entre las losas.

«Hace unas semanas no habría reparado en la hermosura de estos helechos en medio de toda esta desolación. Debe de ser que ahora que soy más feliz veo las cosas con otros ojos.»

Y echó a andar alrededor de la casa y contempló el valle, y observó a las vacas, que regresaban del ordeño y avanzaban con sus andares graciosos, bamboleando levemente la cabeza de un lado a otro.

«Si las mujeres dejaran de contonearse y taconear, y caminaran como las vacas, tendrían mucho mejor aspecto», se dijo; pero de pronto, le asaltó la impaciencia y se hartó de la casa en ruinas y de los niños, y solo quería estar en el White Lion y charlar con los periodistas que se hospedaban allí.

A aquellas alturas, los niños se habían puesto perdidos y estaban bastante cansados y no querían que les metieran prisa para volver a casa. Entonces, por desgracia, llegaron a uno de los campos repletos de las vacas que su padre tanto había admirado. A Dennis le daban miedo, y en cuanto vio a aquellas bestias enormes menear sus cabezotas coronadas con cuernos sinuosos, supo que sería incapaz de pasar entre ellas. Incluso las que estaban pastando no paraban de espantar moscas con la cola de un modo inquietante. El niño se plantó en la cancela y se negó a moverse mientras Hattie trataba de convencerlo y su padre lo increpaba.

—Maldito mocoso, pero si no van a hacerte daño. Como no vengas ahora mismo, ¡te dejo aquí y tendrás que enfrentarte a ellas tú solo!

Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Ebin echó a andar, desoyendo las súplicas de los niños, y obligó a Hattie a seguirlo, lo que hizo de mala gana, volviendo la vista atrás cada dos por tres, a la silueta menuda y triste que aguardaba junto a la puerta. Cuando su padre y su hermana desaparecieron de su vista, Dennis regresó corriendo a la choza del avaro con la idea de quedarse allí hasta la mañana siguiente, después de que el granjero se llevara a las vacas problemáticas a otra parte para ordeñarlas. La pequeña ruina mugrienta había perdido todo su encanto y se le antojó un lugar desolado. Se sentó sobre una pila de ladrillos a esperar a la mañana, que parecía tan lejana. Al atardecer, unos escarabajos voladores gigantes iniciaron una danza delirante y espantosa en torno a un espino de flores reseca y parduzcas.

Cuando alcanzaron el puente, Ebin mandó a Hattie volver sola a casa porque él quería pasarse por el White Lion. Se sentía alicaído, y, por alguna razón, la buena estima en que se tenía a sí mismo se había esfumado. Esperaba que Dennis apareciera antes que él; de lo contrario tendría que vérselas con Emma. Y ahora no podía quitarse de la cabeza la pequeña imagen solitaria junto a la cancela al atardecer. Pero un chico de campo que temía a las vacas, ¡valiente absurdidad! «Seguro que veo mejor las cosas después de un trago», pensó mientras entraba en el White Lion. Cuando salió de allí media hora más tarde sabía que en el pueblo se habían declarado otros once casos de aquella extraña enfermedad. Además, el perro del White Lion había muerto de un ataque de convulsiones.

CAPÍTULO XII

Cuando Emma descubrió que Hattie había regresado sin Dennis se enfadó injustamente con la niña. Tampoco estaba demasiado preocupada, pues confiaba en que su padre hubiera ido en su busca después de mandar a Hattie sola de vuelta a casa. Pero más tarde, oyó cómo las pesadas puertas delanteras se cerraban y vio a Ebin recorrer el jardín principal, frío, húmedo y jalonado de árboles, en solitario.

—¿Dónde está Dennis? —inquirió.

—¿Dennis? —preguntó su padre—. ¿Aún no ha vuelto a casa? Acabo de enterarme de que hay once casos nuevos de esta enfermedad, y, para más inri, todos habían acudido al funeral; así que, al final, va a resultar que es contagiosa.

—Por supuesto que es contagiosa —repuso Emma casi gritando—, y has paseado a los niños por todo el pueblo y has dejado solo a Dennis en un campo miserable. ¡Espero que seas el siguiente en caer, ya lo creo!

Y dejó a su padre allí plantado y se echó a la calle. Atravesó el pueblo a todo correr. Ya había atardecido y los candiles se encendían en las ventanas de las casas. Pasó de largo del White Lion y oyó las risas, las voces y el tintineo de las bolas de billar; el aire olía a cerveza. Cruzó el puente y se metió en el pequeño campo que había pertenecido al carnicero, y asustó a las ovejas soñolientas que aguardaban a que les diera muerte el carnicero que ya se había dado muerte a sí mismo. El campo siguiente, recién segado para obtener heno, estaba verdísimo, y habían metido allí a los caballos para que pastasen. *Poncio Pilato* —un viejo bayo de montería que tiraba de la calesa del pueblo— la siguió esperanzado, pues Emma solía llevarle terrones de azúcar; pero la muchacha no reparó en él mientras corría campo a través. Pasó por la casita del viejo Toby, donde las dalias ya estaban bien crecidas, y le preguntó si había visto a Dennis. El anciano la miró medio en sueños con sus ojos rojos, tristes y ensoñados, y al cabo la reconoció.

—No, señorita Willoweed. No he visto al chaval. ¿Cree que puedo ayudarla a encontrarlo, señorita?

Pero ella rechazó su ayuda y se asustó ante aquel rostro surcado de cicatrices, que nunca había visto tan de cerca.

Ascendió la loma que llevaba a la choza ruinosa, y, al acercarse a una casa que tenía todas las ventanas iluminadas, oyó los gritos desgarradores de un niño y el llanto de una mujer. Acto seguido, un niño aterrorizado con el pelo revuelto apareció en la ventana y aporreó el marco; pero rápidamente un hombre lo atrapó y el crío desapareció de su vista. Aunque volvieron los gritos, Emma siguió allí un instante contemplando aterrada la casa mientras trataba de reunir valor para ir en ayuda del niño; y, mientras tanto, un hombre se asomó a la ventana para comprobar si estaba

bien cerrada, y los alaridos atormentados del crío se dejaron oír de nuevo. Cuando el hombre de la ventana se alejaba, Emma reconoció el rostro cadavérico del doctor Hatt. Asustada, se retiró en la penumbra, y comprendió que el niño desquiciado que había visto en la ventana estaba sufriendo un ataque de locura.

—Ay, por favor, Dios, no dejes que Dennis se contagie, y ayuda a ese pobre niño.

Se descubrió a sí misma rezando mientras avanzaba penosamente por el sendero abrupto de la colina sumido en la penumbra.

Casi era noche cerrada cuando se encontró a Dennis dormido sobre el destartado suelo de piedra de la cabaña. El niño profirió un grito de espanto cuando ella le tocó el hombro con suavidad, pero se tranquilizó al oír su voz. Aunque hacía una noche cálida, parecía tener frío y tiritaba sin parar; así que Emma le hizo bajar la colina a la carrera para entrar un poco en calor. Atravesaron el cercado con las vacas, aunque el niño no pareció percatarse de la presencia de los animales, a pesar de que su respiración regular y sus esporádicas toses ásperas podían oírse en la oscuridad. Cuando llegaron a la casa en la que antes aullaba el niño enajenado, reinaba el silencio y únicamente había luz en una ventana. La luna ascendía y un hermoso olor a noche de verano flotaba en el aire. La quietud se vio interrumpida de pronto por el rumor de unas voces agresivas y balbuceos.

Según se aproximaban a la casita del viejo Toby vieron que estaba rodeada de gente, de la que parecía provenir un fragor rabioso de voces que pedían a gritos que Toby diera la cara.

—¡Sal de ahí, bastardo! ¡Sal de ahí, asesino!

En ese momento alguien amenazó:

—Si no sales, le prenderemos fuego a tu casa.

—¡Eso, fuego al desgraciado! —chilló una mujer escuchimizada que llevaba una gorra masculina, de paño, mientras se abría paso a codazos entre la muchedumbre.

El hijo del molinero atrapó un rastrillo del jardín y aporreó la puerta con él mientras vociferaba:

—Mataste a mi padre con tu pan repugnante. ¡Sal de ahí, monstruo roñoso!

Emma y Dennis se mantuvieron al margen de la multitud, que ya cercaba la casa, y se oyeron ruidos de cristales rotos cuando golpearon las ventanas con palos. Pisotearon las enormes dalias, que quedaron hechas jirones.

—Pobre señor Toby, ¿qué habrá hecho? —preguntó Emma a una mujer de expresión angustiada que tenía cerca.

—A mí que me registren, señorita —respondió—, pero, según dicen, él envenenó el pan, y que es el causante de esta enfermedad, o locura, como la llaman.

La mujer se fundió en la oscuridad y Emma y Dennis se agazaparon contra un seto. Además del griterío se oían otros sonidos más perturbadores aún, como bufidos y gruñidos de una bestia enorme y malévol, y en el aire flotaba el hedor maligno que desprendían los cuerpos sudorosos y furiosos. Un hombre descamisado apartó a Emma de un empujón, que alcanzó a vislumbrar su rostro espantoso a la luz de la luna; de sus labios tumefactos brotaban gruñidos y la saliva le goteaba por el mentón. La muchedumbre lo jaleó con alaridos de júbilo cuando trepó al tejado de paja y profirió gritos y maldiciones a través de la chimenea. Varios hombres llevaban faroles, que agitaban furiosos sobre sus cabezas creando una luz extraña y danzante. Emma y Dennis avanzaron con sigilo arrimados al seto y, aunque recibieron algún que otro zarandeo, se agarraron fuerte y

permanecieron juntos. Tropezaron con dos cuerpos desatendidos que se revolcaban por la hierba, y una mujer con la boca ensangrentada los apartó de un empujón y salió chillando en dirección al pueblo. Aprovechando que se abría paso entre la marabunta a golpetazo limpio, Emma tiró de su hermano, siguió su estela y de pronto fueron libres; la muchedumbre y el horror habían quedado atrás.

Mientras avanzaban casi a rastras por la calle del pueblo oyeron el rugido del coche del doctor Hatt, y, cuando los adelantó, vieron que el médico iba acompañado del agente de policía, y Dennis dijo, soñoliento:

—Mira, Emma, van a salvar al viejo Toby.

Emma volvió la vista hacia el coche mientras atravesaba el puente y al ver el cielo encendido y resplandeciente, supo que habían prendido fuego a la casa de Toby. Con un empujoncito, mandó a su hermano volver deprisa a casa y pedirle a Norah que le preparara algo caliente para beber, y ella regresó corriendo al puente. Se olvidó del pánico y del cansancio recientes y tan solo sintió la urgencia apremiante de proteger a aquel viejecito desgraciado de sus perseguidores.

Volvió para encontrarse la casa ardiendo. La paja en llamas del tejado volaba por los aires y prendía hogueras más pequeñas a diestro y siniestro; el calor y el humo eran terribles. La muchedumbre se había amilanado, atemorizada, y mucha gente huía sin llamar la atención; algunos hombres se cubrían la cabeza con la chaqueta para evitar ser reconocidos. El policía había conseguido acorralar a unos cuantos y los interrogaba; pero ninguno parecía saber si el viejo Toby seguía en el interior de la casa. El doctor Hatt comprobó la puerta; a pesar de estar ardiendo, el cerrojo seguía firme. El calor y el humo eran tan intensos que lo hicieron retroceder.

—¿Sigue ahí dentro ese pobre hombre? —voceó a la multitud; pero por encima del rugido y el chisporroteo de las llamas no se oyó ninguna respuesta.

Unos pocos se aproximaron remisos a la casa, armados de varas como si se dispusieran a apalear las llamas; pero enseguida se retiraron con los ojos llorosos y el rostro reluciente, enrojecido y chamuscado.

Emma corrió hacia la parte trasera de la casa, que estaba relativamente despejada. Su intuición le decía que el viejo podía haberse escabullido por ahí y estaría escondido en el retrete entre los repollos gigantes. Fue entonces cuando Emma empezó a chillar; un aullido monocorde, espeluznante y penetrante. Creyéndose que procedía del viejo, atrapado y quemándose vivo en su casa, el doctor Hatt acometió un frenético intento de colarse por el diminuto ventanuco; pero entre el tamaño de la ventana y el calor le resultó imposible.

El chillido atroz no cesaba, y la gente, con el rostro tiznado y reflejando las llamas danzantes, se hacinó en torno a Emma, que seguía entre los repollos mustios. Con una mano se tapaba la boca como para sofocar el chillido y con la otra señalaba algo que se arrastraba por el suelo, y cuando se aproximaron más el bulto se quedó quieto y lo reconocieron como algo humano. Se inclinaron sobre el cuerpo inmóvil, que exhalaba un hedor repugnante a carne chamuscada y a rescoldos de tela aún ardiendo. La luz abrasadora y cambiante reveló el cadáver carbonizado del viejo Toby, más terrible aún de lo que había sido en vida, y, pese a que el doctor se le acercó en un gesto de compasión, la mayoría de los curiosos se alejaron, trastabillantes, algunos medio desvaneciéndose y otros vomitando de manera descontrolada.

Alguien tuvo el detalle de apartar a Emma del lugar y ayudarla a sentarse en un tocón lejos del calor. Permaneció allí vagamente absorta en los insectos alterados que correteaban como locos por la corteza, sin dejar de repetir entre dientes:

—Olía fatal, y estaba arrastrándose...

A fin de evitar que los miembros se le despegaran, envolvieron el cuerpo del viejo Toby en unos sacos que se habían usado recientemente para cubrir las coronas de ruibarbo, y colocaron el cuerpo con cuidado en la parte trasera del coche del médico. Cuando el policía se subió al asiento delantero y el médico se encaminó a la parte delantera del automóvil para accionar la manivela de arranque, varios hombres irrumpieron de un brinco para ofrecerle ayuda. Como surgido de la nada, Ebin Willoweed apareció de repente libreta en mano, exigiendo que le contaran cómo había prendido fuego la casa de Toby. El médico lo apartó de un empujón sin pronunciar palabra, se montó en el vibrante vehículo y arrancó; en el mismo instante llegó el carro de bomberos tirado por caballos.

La ausencia del policía y la presencia del vehículo de bomberos atrajo de nuevo a la multitud, y Ebin pululó entre el gentío para procurarse un relato coherente de lo que había sucedido aquella noche. Al final, casi tropezó con Emma, que seguía sentada en su tronco absorta en los insectos. Aunque le sorprendió verla, le preguntó de inmediato cuánto había visto.

—Emma, quiero el relato de un testigo ocular.

Pero la única respuesta que obtuvo fue: «Olía fatal, y estaba arrastrándose...».

Tras conseguir estructurar algo parecido a una historia, regresó a buscar a Emma, que acababa de darse cuenta de que apenas quedaba gente y de que el fuego estaba casi apagado. La muchacha se puso en pie, algo aturdida, y consiguió arreglárselas para seguir a su padre campo a través, bajo la luz de la luna, hasta el río, donde Ebin había amarrado una barca. Remaron en silencio; pero mientras ataba la barca en el embarcadero Ebin dijo:

—Vaya chasco, me lo he perdido casi todo.

«Ojalá nunca hubiera vuelto», dijo Emma para sus adentros mientras intentaba arrastrarse fatigosamente hacia la casa.

Antes de entrar en su habitación, se acordó de Dennis y fue a cerciorarse de que estaba a salvo en la cama. Una luz titilaba bajo su puerta, y cuando entró en su cuarto vio una vela que seguía encendida sobre su cajonera y la acercó al niño durmiente. Se había acostado sin lavarse, y tenía las manos y el rostro tiznados. Sonrió un instante, pero entonces sus ojos se fijaron en un pedazo de pan de centeno con mantequilla mordisqueado y un tarro de mermelada que había sobre la silla junto a la cama. Recordaba haber oído que habían examinado el pan para comprobar si era venenoso, y lo arrojó por la ventana, que estaba abierta. En aquel momento, al otro lado del río, vio el resplandor de los restos de la casa del viejo Toby, que seguía ardiendo.

CAPÍTULO XIII

Ives llegó a la mañana siguiente, cargado de las noticias y los rumores que circulaban por el pueblo. Cuando la abuela Willoweed oyó resonar su vozarrón excitado en la cocina, tiró del cordón de su enorme campana y exigió que le enviaran a Ives de inmediato. Al viejo no le gustaba la idea de entrar en los dormitorios de las damas; pero ardía en deseos de dar el parte y siguió a Eunice con suma resignación. No obstante, al entrar en la habitación, la combinación del olor a alcanfor y a hierbabuena con el tufo asfixiante a ropa vieja le abrumó hasta tal punto que se quedó sin aliento y se produjo una pausa terrible, que aumentó el tono dramático de sus palabras cuando por fin las pronunció:

—Bueno, señora, así está el panorama. Toby, el que trabajaba para el panadero, ha quedado reducido a cenizas; vamos, que ha espichado, y las viejecitas de Roary Court..., bueno, se les ha muerto la cabra, con unas convulsiones la mar de terribles, y una de las señoras tampoco se encuentra muy en forma: está con diarrea, y las manos y los pies le tiemblan más que una hoja. Pero eso no es todo. Unos policías desconocidos y otros extraños andan confiscando la harina del panadero y el hombre está de los nervios; es casi como si la locura también se hubiera apoderado de él. Y, señora, no vamos a tener pan durante varios días. Todo el pan llega en carretas desde Stratford. Ah, sí, y he visto al hombre del doctor Hatt, el señor Fig, y dice que hay diecisiete afectados por esta intoxicación o enfermedad o lo que sea; pero que no parece que se estén muriendo, solo que tienen unos dolores tremendos y no pegan ojo. Pero ese Fig es más bien reservado, y es más que probable que estén cayendo como moscas.

El viejo calló para tomar aliento, y si la abuela Willoweed hubiese sido capaz de sonreír, le habría obsequiado con una sonrisa amable. En cambio, le agradeció su interesante información y le concedió permiso para pedir a las sirvientas que le prepararan un buen desayuno.

—Lo que le apetezca: jamón, hígado, huevos, separado o todo junto, como guste. Y, ya que está, dígame que me suban mi bandeja; me tienen muerta de hambre.

Aunque Emma se había dormido tarde, se despertó con las voces de los dos ancianos. Se aseó y se vistió rápidamente; pero antes de que hubiera terminado de cepillarse la larga melena, Hattie se presentó en su habitación, muy compungida, con tres pájaros muertos que había encontrado en el parterre de césped que estaba junto a la casa. Le entregó uno de los pajaritos —un petirrojo— aún caliente y le preguntó si cabía alguna posibilidad de que en verdad no estuviera muerto y solo hubiese perdido el conocimiento.

—No, me temo que está muerto —respondió mientras acariciaba con ternura el cuerpecito sin vida—. Lo que no entiendo es por qué de repente se han muerto tres pájaros en nuestro césped. No presenta signos de violencia y no puede ser la sed teniendo el río tan cerca.

Le devolvió el triste cuerpecito a Hattie, quien comentó de pronto:

—Ah, por cierto, se me olvidaba. Dennis no se va a levantar porque dice que tiene frío.

—¿Frío? Hattie, ¿cómo no me lo has dicho antes de enseñarme estos estúpidos pájaros? — exclamó Emma apartando a su hermana con un gesto brusco y precipitándose hacia la habitación de Dennis, mientras Hattie sollozaba con el oscuro rostro enterrado entre los pájaros.

Dennis estaba en la cama, tiritando y llorando de agotamiento; Emma, poco entendida en enfermedades, le palpó la frente y, al percibir lo que su mano detectó como frío, respiró aliviada. Le sobraban motivos para estar cansado después de lo sucedido la noche anterior, razonó Emma, y para la hora del almuerzo estaría bastante recuperado si le permitían reposar. No quiso tomarse el desayuno, pero se bebió un vaso de leche caliente y después se tendió en silencio, aparentemente feliz, absorto en los desconchones del techo.

—Ese de ahí es como Australia, como si le hubieran pegado un bocado, y hay uno en la esquina igual que Irlanda, aunque también podría ser un osito de peluche —le dijo medio en sueños a Emma cuando salía de la habitación.

En el obrador, Horace Emblyn, abatido, estaba sentado junto a sus cubos de harina vacíos. Toda su harina había sido confiscada y condenada, aunque lo único que habían determinado era que el pan de centeno contenía cornezuelo. La víspera por la noche el oficial médico de sanidad se había presentado en la panadería acompañado del policía, y le había informado de que su pan era el causante de la intoxicación de los habitantes del pueblo y de la epidemia de locura. Él era el responsable de la muerte de su esposa, de la del carnicero, de la del molinero; y quizá habría más personas que sufrirían y sucumbirían por haber comido el pan que con tanto cariño había preparado. Había diecisiete casos nuevos, no muy graves aún, pero era muy probable que unos cuantos acabasen muertos por consumir pan de centeno elaborado por Horace Emblyn.

«Soy un asesino, culpable de una matanza —pensó, sentándose sobre un costal vacío junto a sus cubos también vacíos—. El olor que emanan mis hornos no puede ser bueno, pues he provocado hechos atroces y terriblemente siniestros. Yo, que siempre fui amable y dócil y nunca le reproché a mi mujer sus devaneos, de niño jamás robé huevos de los nidos de los pájaros, ni cacé lagartijas para encerrarlas en cajitas hasta que murieran. Jamás me he enfadado con nadie ni recuerdo haber pegado un puñetazo en toda mi vida; no obstante, he causado más sufrimiento que ningún otro hombre sobre la faz de la tierra, de eso no cabe duda.»

Y así discurrieron sus pensamientos bajo su lacio cabello castaño, y casi esperaba que la gente del pueblo se movilizara y lo quemara vivo como habían hecho con el viejo Toby. La noche anterior, en cuanto se marchó el oficial médico de sanidad, quiso atiborrarse de amargos puñados de harina de centeno. Estaba tan seca que le resultaba imposible tragársela, aunque consiguió ingerir una cantidad considerable mezclándola con agua e introduciéndosela en la garganta con la mano. Con todo seguía sin notar indicios de los ardientes dolores de estómago, tan solo fatiga profunda y enfermiza. Deseaba con todas sus fuerzas compartir el dolor que había infligido; pero ya no quedaban ni harina ni pan infectados con cornezuelo para embucharse por su reacia garganta. Abandonó el costal y dio unas vueltas por el obrador para realizar una triste inspección de sus hornos, que casi se habían enfriado del todo. Abrió las puertas y contempló la horrible vacuidad del interior, y examinó los moldes vacíos ya enharinados y listos para recibir su dosis de masa. En el fregadero, varios cuencos que habían contenido azúcar glas de distintos colores aguardaban su lavado. Reparó en una trampa con un ratón espachurrado. El animalillo tenía una gotita de sangre en la boca y el panadero apartó la vista un instante antes de obligarse a mirarlo.

¿Quién era él para espantarse por un ratón muerto cuando era el responsable de tantas muertes? Liberó a la inane criaturita con cuidado y la sostuvo en la mano, dudando qué hacer con ella. La metió en una caja que en tiempos contuvo coloridas velas de cumpleaños y colocó un poco de papel de plata por encima.

—Tendré que enterrarte —murmuró, y entonces reparó en una salpicadura de sangre en la mano.

Se fue al fregadero para limpiársela, aunque sintió que resultaba inadecuado lavarse acumulando ya tanta muerte sobre sus espaldas. En el alféizar de la ventana observó el destello púrpura del sol a través de un frasco de ácido carbólico. Alzó la mano moteada de sangre a través del rayo púrpura en busca del frasco, lo agarró, retiró el corcho y emanó un olor acre y limpio.

El panadero se arrodilló en el suelo de piedra y susurró:

—Señor, por favor, perdóname; pero déjame sufrir por los siglos de los siglos.

Entonces ingirió todo el contenido que pudo antes de desplomarse asfixiado en el suelo, consumido por unos dolores abrasadores más mortificantes que los que nadie había sufrido en el pueblo.

Por la tarde, Ives regresó a ver a la abuela Willoweed, que tomaba el sol en una butaca de mimbre en el sendero de arriba.

—El panadero ha muerto, señora —le gritó por la trompetilla—, y a la señora Fig le ha entrado la locura a no ser que le haya dado el *delirium tremens*, y el pobre pavo real también ha muerto; ya no nos queda ni uno. Eso sí, mis patos están como una rosa.

Dicho esto, se dio media vuelta y puso rumbo al río para comprobar que seguía siendo cierto.

CAPÍTULO XIV

Dennis lloraba porque tenía calor y luego se quejaba de las oleadas de frío que recorrían su cuerpo, y Emma se sentó al pie de su cama casi al borde del llanto. Al final de la tarde le pidió a su abuela que mandara llamar al médico, lo que la anciana rechazó alegando que estaba convencida de que el niño estaba dando la tabarra. Sí accedió, sin embargo, a tomarle la temperatura, y se alejó arrastrando los pies hacia su habitación para buscar el termómetro, un instrumento raramente usado en el hogar de los Willoweed. Apareció en el interior de una caja de zapatos junto al certificado de nacimiento de Dennis y una receta de gelatina de patas de becerro. La abuela no tenía del todo claro cómo funcionaba, y lo agitó frenéticamente durante cinco minutos antes de introducirlo en la boca de Dennis. El niño preguntó:

—¿Me va a doler mucho?

Cuando por fin lo tuvo entre los labios, le sorprendió no notar nada excepto un regusto a polvo. Al cabo de unos diez minutos, se lo retiraron con gesto ceremonioso; pero entonces se planteó la dificultad de leerlo.

—Hay una marca de normal en alguna parte, pero no la veo. Si el crío está malo de verdad, ¡el mercurio se ve por encima de ella!

Abuela y nieta se concentraron en el termómetro y al final Emma descubrió que la línea plateada llegaba hasta el treinta y seis, muy por debajo de la marca de normal, y las dos respiraron aliviadas; realmente, Dennis debía de estar como un roble para tener una temperatura tan baja.

—Creo que estás fingiendo —espetó airada la abuela Willoweed mientras salía arrogante de la habitación, sujetando el termómetro ante ella como una varita, cual bruja maléfica de un teatrillo infantil.

Dennis sintió vergüenza por fingir estar enfermo, y, postrado en la cama tiritando, dijo:

—De todas maneras, Emma, si estar como un roble es esto, no es precisamente agradable. Preferiría estar enfermo sin pensármelo dos veces.

En la antecocina, Norah preparaba las verduras para la cena, y Eunice estaba ovillada en una banqueta de tres patas junto al caldero.

—¿Sabes qué día es hoy, Norah? —preguntó con tono abatido.

—No tengo la menor idea —respondió su hermana mientras cortaba una patata por la mitad desmesuradamente grande.

—Pues es 22 de junio, y en toda Inglaterra se está celebrando una coronación muy importante, excepto aquí, donde estamos todos cual almas en pena. Hoy el rey Jorge se ceñirá la corona, las

banderas ondearán al viento y la gente beberá de sus jarras de coronación. ¿Ya no te acuerdas de que íbamos a recorrer el pueblo en carretas ornamentadas?

—No recuerdo que nadie me pidiera desfilas en una carreta ornamentada; aunque tal vez te hayan querido a ti por lo guapa que eres. Pero será mejor que nos quitemos toda esta historia de la cabeza. Fig me ha contado que unos del pueblo van hasta Evesham para celebrarlo y que pensaban ir a los jardines de allí para festejarlo bajo un arco muy grande que, en realidad, es un hueso de mandíbula de ballena. Ay, cuánto me habría gustado haber asistido; pero la madre de Fig está enferma y no está el horno para bollos.

—Sí, es verdad —respondió su hermana, acongojada—, y no te haces una idea de lo que me duele la tripa, ahora que voy a tener un hijo.

Cuando Emma se acostó aquella noche se avistaban a lo lejos los fuegos artificiales, y los contempló unos instantes hasta que recordó el espantoso incendio de la casita del viejo Toby. Se metió de prisa en la cama y estaba a punto de ceder al sueño cuando oyó que Dennis la llamaba. Salió trastabillando en la oscuridad, corrió hasta su habitación y se lo encontró sollozando porque no podía dormir y le ardían las entrañas. Trató de serenarlo antes de bajar a las cocinas desiertas y calentarle un poco de leche en un hornillo de aceite; pero para cuando consiguió que se la bebiera casi se había enfriado. El crío se pasó toda la noche revolviéndose en la cama, llorando por los dolores ardientes que lo consumían por dentro. Y después manchó las sábanas, y Emma tuvo que cambiarlas y esconder las sucias para evitar el enfado de su abuela. Cuando por fin llegó el alba y los pájaros empezaron a trinar, ambos esperaban que aquella noche aciaga hubiese llegado a su fin; pero apenas eran las cuatro y aún les quedaban algunas horas espantosas por delante.

Emma oyó por fin que una de las criadas trajinaba en los fogones, y bajó para toparse con una Norah de rostro grisáceo que llevaba una chaqueta por encima del camisón de franela.

—Disculpe que aparezca de esta manera, señorita, pero mi hermana me tiene preocupadísima. Ha pasado una noche espantosa con unos dolores ardientes y no ha conseguido pegar ojo. Ay, ha sido terrible verla sufrir así, y poco puedo hacer para aliviarla. Es la intoxicación del pan, ¡lo tengo clarísimo!

—Norah, es exactamente como ha estado Dennis. Me he pasado la noche al pie de su cama; pero no mejora. Por favor, ven a verlo y dime qué opinas.

Las dos chicas fueron a la habitación de Dennis y examinaron al pequeño, que con la claridad de las primeras luces presentaba un aspecto sumamente enfermizo. Tenía el rostro de un color plomizo, estaba anegado en sudor y apenas consciente; y aunque sus ojos estaban abiertos, no daban la impresión de que enfocaran bien. Norah se quedó impresionada con el cambio que se había operado en el niño, y dijo que deberían llamar al médico de inmediato.

—Pero, Norah, estoy segura de que mi abuela se enfadará como lo llame sin su permiso; y si la despierto, se enfadará todavía más. Estoy agotada, no tengo fuerzas para aguantar una de sus escenas. ¿Crees que papá podría venir y ver a Dennis? Quizá él ordene que avisen al médico o incluso salga él mismo a buscarlo. Norah, ve y explícale que Dennis está muy enfermo. Se lo tomará más en serio si viene de ti.

Así que Norah fue en busca de Ebin Willoweed, que accedió a acompañarla a ver a su hijo tras un acopio de gruñidos considerable. Cuando lo vio no daba crédito a que aquel cuerpecillo macilento fuera Dennis. En ese preciso instante, el niño se inclinó súbitamente en la cama y con un hilo de voz dijo entre sollozos que estaba ardiendo, y trató de incorporarse pese al dolor, pero se

desplomó hacia atrás de un vahído.

—¡Santo cielo! —exclamó su padre—. Dennis, ¿estás bien? ¡Dennis!

Al levantar su húmedo bracito, casi zarandó a su hijo.

En cuanto el niño mostró signos de conciencia, Ebin se vistió y partió corriendo a buscar al doctor Hatt. Durante el camino no paraba de rememorar todas las veces en que se había impacientado y, peor aún, mostrado exigente con Dennis. A toro pasado siempre se arrepentía y se prometía a sí mismo que en adelante lo trataría mejor; pero sus buenos propósitos nunca duraban. Recordó avergonzado cómo había perdido los papeles enseñándole a nadar, el porrazo que le había atizado con el remo en la mano cuando intentaba asirse a la barca. Le parecía ver aquellas manitas, temblorosas y violáceas por el frío, aferrándose a la madera barnizada de la barca. «Supongo que el chico me odiará», pensó abatido, mientras agitaba la campana de latón con la palabra «Día» grabada en ella.

El doctor acudió a casa de los Willoweed ojeroso y sin afeitar. Diagnosticó que tanto Dennis como Eunice padecían la intoxicación por cornezuelo; pero en el caso del niño el arrebato era más grave. Sugirió que mandaran llamar a una enfermera de inmediato; y, antes de que volviera a caer la noche, una tal enfermera Fenwick de bigote moreno se instaló en la casa, que se sumió en un estado de agitación. La abuela Willoweed estaba superada por la maligna enfermedad de su nieto y se pasaba las horas encerrada en su habitación preparando brebajes repugnantes que, según ella, ayudarían al niño. La enfermera la sorprendió intentando meterle hebras de hilo negro por la garganta, empeñada en que era un remedio contra las lombrices y demás cuerpos extraños en el estómago. También hirvió un ratón en una cáscara de huevo, asegurando que se trataba de una cura infalible contra la tos ferina y, por ende, presentaba altas probabilidades de sanar otras dolencias menos comunes.

La presencia de la enfermera le molestaba amargamente; aunque más molesta aún le resultaba la enfermedad de Eunice en un momento tan inoportuno como ese, y en lugar de buscar apoyo suplementario en el pueblo, obligó a Norah a asumir el trabajo de dos, además del cuidado de su hermana. De vez en cuando, el rostro fastidioso de la anciana asomaba tras la puerta de Eunice y le gritaba: «Arriba, zorra holgazana, levántate ya. Estás perfectamente, ¡si ni siquiera chillas!». Mientras, la pobre Eunice seguía postrada en la cama anegada en el dolor, la sudoración y el temor de que el doctor revelara su secreto a su torturadora y la enviaran de vuelta a casa con un padre furibundo, y su enfermedad y su desgracia a costas. Estaba postrada en su cama revuelta, macilenta y exangüe, y cuando los dolores abrasadores parecían estar a punto de consumirla, pensaba que era su castigo por haber pecado y estaba segura de que iba a morir. Pero en cuanto los dolores remitieron un poco le suplicó a su hermana que fuera a buscar a Joe para que acudiera a verla.

—Solo quiero verlo una última vez para acordarme de él cuando esté sola en mi tumba —rogó.

Pero Norah sabía que sería imposible colar a Joe dentro de la casa, primero, y por la escalera de servicio hasta la habitación de su hermana, después, y, además, sería algo verdaderamente indecoroso. A pesar de que fuera el último deseo de Eunice, ella era incapaz de llevar a cabo algo así. En ese instante, mientras preparaba el desayuno, oyó unos gritos que provenían del piso de arriba, dejó que el beicon se chamuscara y salió corriendo a socorrer a su hermana, esperando encontrarse con que la locura la había enajenado y su hermana estaba a punto de infligirse algún daño. Presa del pánico, recordó que había dejado las ventanas abiertas para ventilar la habitación.

Eunice estaba acucillada en un extremo de la cama con una expresión de terror en el rostro, y al ver a Norah señaló hacia la cama y dijo:

—Mira, hay sangre por todas partes.

—Sí, cielo, sí, vuelve a tumbarte —le ordenó con mucha dulzura.

Pero entonces comprobó que era verdad y que las sábanas estaban empapadas de sangre y completamente perdidas. Por un momento pensó que Eunice estaba al borde de la muerte; y después recordó su estado y esperó que solo fuera un aborto, y así logró calmar a la muchacha, que estaba muerta de miedo. Cambió las sábanas, acostó a su hermana y le prometió que le enviaría al médico en cuanto llegara. Estaba escondiendo las sábanas sucias en un armario cuando la abuela Willoweed pasó por la puerta farfullando algo sobre un beicon quemado. Sus pisotones resonaron de nuevo y después se retiró a su aposento.

Cuando el doctor Hatt llegó a la casa examinó a Eunice y declaró que había sufrido un aborto. Norah le suplicó que no se lo contara a la anciana, y el médico musitó algo acerca de que «no había necesidad», y fue a reunirse con su asistente Philip Andrew, que ya lo esperaba en la habitación de Dennis.

CAPÍTULO XV

El joven doctor miraba fijamente a un Dennis que yacía casi exhausto, inmóvil, salvo por el temblor de las manos. Emma estaba sentada junto a su hermano, tan agotada que no había oído al médico entrar en la habitación y se sobresaltó cuando este le pidió que fuera a buscar a la enfermera. Lo miró con sus intensos ojos castaños, demasiado grandes para su carita menuda y soñadora. «Es como una virgen del Greco —pensó él—, salvo por el pelo; aunque si se lo cubriera con un manto azul... Pero qué digo, tiene un cabello precioso. Es perfecta tal y como es.» Se recompuso y dijo:

—Señorita Willoweed, puede avisar a la enfermera de que el doctor Hatt ha venido a visitar a su hermano...

—Ah, claro, por supuesto, es usted uno de los médicos. Voy a avisar a la enfermera. —Y salió del oscuro cuartito sin hacer ruido justo en el momento en que entraba el doctor Hatt.

—Esa pobre muchacha está llevando pésimamente la enfermedad de su hermano —comentó mientras cerraba la puerta para contarle a su asistente lo del aborto de Eunice—. Tendré que redactar un informe; pero no hace falta que la anciana se entere. La enfermera puede vigilarla. ¡Ah, aquí llega!

La enfermera entró en la habitación con un frufú de almidón y una sonrisa de falsa modestia bajo el bigote, y todos procedieron a explorar a Dennis.

Cuando los dos médicos salieron de la habitación se encontraron a Ebin Willoweed en el rellano debajo de una cornamenta de ciervo, mordiéndose las uñas. Francis Hatt se quedó muy impactado por el tremendo sufrimiento que suponía para su amigo la enfermedad de su hijo, y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—Me temo que está muy enfermo, y poca esperanza puedo darte. ¿Estarías dispuesto a enviarlo al hospital? Allí tendría más posibilidades.

Pero Ebin no estuvo de acuerdo en enviar a Dennis al hospital, hizo ademán de saludar al doctor con un movimiento del brazo y se apresuró a ir al piso de arriba para ver a su hijo con sus propios ojos. En el momento en que entró en el cuarto, la enfermera salía y lo apartó con brusquedad, sin embargo, como castigo por su falta de amabilidad, esta se topó con la abuela Willoweed en el rellano. La anciana estaba de los nervios porque le parecía oír un escarabajo del reloj de la muerte dentro del armario; y se empeñó en que la enfermera lo averiguara. Esta frunció los labios al entrar en la habitación pestilente y se quedó inmóvil mientras la anciana se encorvaba cerca del armario y aguzaba el oído para escuchar por la trompetilla.

—Es un ratón —sentenció airada—. ¿Acaso no sabe reconocer un ratón al oírlo? Debería poner una trampa, o tener un gato, y deshacerse de ese bicho asqueroso.

—Pero mi gato está muerto —gimoteó la anciana—. Por culpa de esa mala pécora, la mujer del panadero lo aplastó, y ahora yo tengo que sufrir la presencia de ratones en mi cuarto. ¡Vaya injusticia!

La enfermera se dio media vuelta y abandonó la habitación, pero, al caer en la cuenta de que sería la abuela Willoweed quien pagaría sus servicios, abrió un resquicio la puerta y exclamó:

—¡Una lástima lo de su gato!

Cuando los médicos salían de la casa vieron a Norah y a Fig que estaban charlando. Él acababa de comunicarle a Norah que su madre se había muerto por un espasmo muscular a raíz de un violento delirio, y aparentaba estar verdaderamente afligido por la pérdida de aquella madre indigna. «Qué raro que sufra por esa vieja roñosa —pensó ella—. Pero Fig era un buen hijo, y dicen que los buenos hijos son aún mejores maridos.» De modo que lo reconfortó con unas cálidas palabras de aliento, esperando que no se percatara de su falsedad.

A medida que transcurrió el día, Dennis empeoró y empezó a sufrir alucinaciones de animales aterradores y fuegos extraños. El llanto del pobre niño resonaba por toda la casa, y la abuela Willoweed se puso histérica y pensó que había llegado el fin del mundo y que lo que estaba sucediendo eran las Revelaciones. Hattie y su padre escaparon al río y se sentaron en una de las barcas amarradas, dos figuras encorvadas y alicaídas al sol. La enfermera expulsó a Emma de la habitación; pero la muchacha se sentó bajo la ventana de su hermano en el oscuro jardín delantero y se apoyó sobre el muro tapizado de hiedra que olía a polvo amargo. Escuchaba el lamento aterrador de su hermano, e incluso cuando los gritos cesaban, el eco parecía reverberar dentro de su cabeza. Vio que los médicos regresaban y franqueaban el portón verde y después oyó sus voces monótonas y apagadas desde la ventana de arriba, la risita clara de la enfermera y a continuación la voz chillona de Dennis, aguda y exhausta, describiendo alguna visión fantasmal. Estaba tan quieta que una cría de petirrojo, castaña y oronda, se le posó en el zapato y emitió un gorjeo quejumbroso, y Emma sacudió el pie al grito de: «Largo de aquí, pajarraco», pues recordaba haberles oído decir a las criadas que los pájaros, con frecuencia los petirrojos, llegaban a las casas cuando se esperaba una muerte. Una vez, el viejo Ives le contó que, cuando su hermano pequeño se estaba muriendo, se coló en la cocina una paloma con un ala rota que sobrevoló el aparador, rompió los platos azules y su padre le retorció el pescuezo.

Empezó a oscurecer, y Ebin y Hattie abandonaron la barca y regresaron a la casa sin mediar palabra. El reloj resonaba con fuerza en el silencio del vestíbulo oscuro; pero del piso de arriba llegaban los estentóreos ronquidos de la abuela Willoweed, medicada a traición. Ebin se detuvo junto a la puerta de su hijo y la abrió un palmo, con el corazón en un puño por miedo a la estampa que lo aguardaba; sin embargo, lo único que vio fue a Dennis tumbado muy quieto y a Philip Andrew atento a su lado.

—¿Cómo está? —preguntó con un susurro ronco.

—Bueno, es difícil decirlo —respondió el joven médico—. Ahora más tranquilo; pero está agotado y hace una hora ha sufrido una especie de convulsiones epileptiformes. Si supera esta noche, creo que lo peor habrá pasado. De todas formas, el doctor Hatt está al caer y pasará casi toda la noche con él. La enfermera se está tomando un descanso, y, por cierto, espero que no le importe, pero hemos tenido que darle a su madre algo para tranquilizarla; ¡estaba un poquito nerviosa!

—Ah, qué va, por supuesto que no. Ojalá pudieran hacerlo más a menudo.

Ebin se quedó en la puerta contemplando la carita chupada de Dennis y pensó: «Quizá sea la

última vez que lo vea con vida. Si sale de esta, me lo llevaré de vacaciones, a algún sitio con muchas barcas y muchos libros; al pobrecillo le gusta leer». Permaneció en el umbral balanceándose suavemente sobre los talones y de pronto dijo:

—Buenas noches. Llámenme si me necesitan.

Y subió las oscuras escaleras a su buhardilla. Agradeció la falta de luz; pues en sus ojos asomaban las lágrimas.

La siguiente visita a la habitación de Dennis fue la de Emma. Hizo un amago de escabullirse al ver al doctor tan quieto junto a la cama de su hermano; pero el joven se percató de su rostro pálido, ojeroso y cansado, de la hinchazón de los ojos, e, impostando una voz dulce, le pidió que se quedara. Le preguntó si había comido y dejó caer que él tenía bastante hambre y agradecería enormemente un bocadillo y un café, e incluso un huevo duro.

—Y quizá tenga la amabilidad de almorzar conmigo porque me da verdadero pavor comer solo.

—De acuerdo, si quiere —accedió Emma de mala gana mientras se dirigía hacia la cocina; pero cuando regresó al cabo de un rato para anunciarle que la comida estaba servida en el salón de las mañanas, parecía mucho más jovial, y el joven se percató de que se había lavado el rostro bañado en lágrimas y se había peinado. La enfermera estaba a cargo de Dennis; así que salieron juntos de la habitación, con Emma abriendo camino con expresión adusta.

Sobre la mesa del salón de las mañanas ardían dos velas altas, cubiertas por unas pantallas de seda rojas que teñían la comida de rosa. El joven médico contemplaba a Emma, maravillado, mientras la animaba a comer, y, cuando hubieron acabado el almuerzo, le preguntó acerca de la vida que llevaba. Se quedó pasmado al enterarse de que desde que había llegado al pueblo siendo una niña, solo había salido en dos ocasiones. Una había sido para visitar a un dentista en Birmingham.

—Fue hace mucho, debía de tener diez años, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Mi abuela me llevó con ella y recorrimos una parte del camino en carruaje; aunque también fuimos en tren. Yo ya había visto trenes, pero solo me había montado una vez cuando era muy pequeña, y fue maravilloso. Todo fue maravilloso aquel día, salvo porque el dentista me gaseó y luego vomité; pero eso se me pasó enseguida. Comimos en un hotel gigantesco, desde el que se podían oír trenes sin parar, y había camareros y palmeras por todas partes. ¡Y las tiendas! Los escaparates eran fabulosos, y creo recordar que estaban repletos de jarrones chinos enormes, tan grandes como mi abuela, y de sedas y joyas que centelleaban como el agua de una cascada brillando al sol, solo que era por la luz eléctrica. También había tiendas que vendían exclusivamente libros nuevos con unas cubiertas de papel muy vistosas. Yo no sabía que los libros nuevos tuvieran cubiertas de papel. Ah, y había otras tiendas donde solo vendían flores, y una que elaboraba golosinas en el escaparate, como unas masas de algo pringoso que giraba alrededor de dos piezas metálicas, y nunca se caía. ¡Y las calles! Eran tan lisas y oscuras cuando alcanzabas a ver el carril, lo que no resultaba fácil, porque estaban cubiertas de tráfico; nadie miraba a los coches, y había tantos carruajes bonitos, y calesas enormes tiradas por cuatro caballos, y el ruido era como salvaje. — De pronto, se detuvo para tomar aliento, y, después, añadió remilgada—: Por supuesto todo estaba tremendamente oscuro y sucio. Supongo que habrá estado allí muchas veces.

—No, nunca he estado en Birmingham, pero parece un lugar estupendo.

—¿Y entonces dónde vive? En Londres, no, ¿verdad?

—Sí, vivo en Londres, en Kensington; pero cuénteme cómo fue la otra vez que salió del

pueblo.

—Bueno, no fue para tanto —repuso, lánguida.

—Por favor; me encantaría oírlo —insistió con un tono casi suplicante.

—No era más que una feria de ganado en Leamington a la que me llevó mi padre. Solo fuimos en un carruaje con el abogado y su esposa. —En aquel instante, su rostro se iluminó de nuevo—. Pero no se imagina lo grandes que eran algunos animales, parecían gigantes; algunos toros tenían unos cuernos bien bonitos, como para colgarlos en un vestíbulo. También había caballos, y organizaban un espectáculo con ellos, con saltos, y los montaba una gente guapísima: todos, los hombres y las mujeres. Y la maquinaria puede ser fascinante cuando está nueva y no la han dejado abandonada en el campo durante meses. Y había abejas que fabricaban miel en una colmena de cristal y podía verse a través. ¿Alguna vez ha visto una colmena de cristal? «De observación», me parece que se llaman. —De pronto, frunció el ceño y añadió en tono reprobatorio—: ¿No debería volver a ver a Dennis ya?

—Sí, me gustaría verlo antes de irme —asintió con una sonrisa—. Tengo una visita que hacer en el hospital en cuanto llegue el doctor Hatt.

Subieron juntos las escaleras sin cruzar palabra y cuando entraron en la habitación de Dennis, este gimoteó como un cachorrillo. Philip se inclinó sobre él, le levantó un párpado y le examinó el ojo con cuidado. Mientras le tomaba el pulso llegó el doctor Hatt y se excusó ante Emma por haber entrado en la casa desde el jardín.

—Para evitar molestar a nadie —añadió—. Y deberías acostarte, Emma. Te lo aseguro, si Dennis empeora, te mandaré llamar de inmediato.

Así que Emma, que llevaba dos noches en vela, se retiró a su habitación relativamente tranquila, y, sin llegar a desvestirse, cayó rendida sobre su dura cama blanca y se quedó dormida casi al instante. Rayaba el alba cuando la despertaron unas voces en el rellano y unos pasos ligeros y apresurados. Afuera los pájaros cantaban y gorjeaban desenfrenados como si hubiera habido un gran silencio que se hubiese terminado de pronto. Su puerta se entreabrió y se asomó el rostro de la enfermera. Al ver a Emma despierta entró en el dormitorio y dijo:

—Ay, cielo, tu hermano acaba de morir. Ha empeorado mucho de golpe y no ha habido tiempo de avisarte.

CAPÍTULO XVI

Fue un funeral pequeño, y Ebin y el viejo Ives fueron los únicos dolientes de la casa de los Willoweed. Ives no contaba con que Dennis muriera y no tenía ninguna corona prevista; pero al final había trenzado una muy tupida de margaritas, y una vez llegados a la tumba, le preocupó que fuera demasiado femenina para un niño.

—Tampoco podía decirse que fuera un chicarrón precisamente —musitó entre dientes, y el pastor interrumpió la lectura y frunció el ceño.

Los dos médicos estaban juntos bajo el mismo paraguas, llovía a mares y el agua iba poco a poco acumulándose alrededor del pequeño féretro. Ebin reparó en una musaraña muerta que había junto a sus pies y la desplazó cuidadosamente con el zapato hasta hacerla caer en la tumba. «Para que le haga compañía», pensó. El pastor volvió a interrumpir la ceremonia, fulminó con la mirada el pequeño bulto junto a las coronas encharcadas, y terminó el oficio con un responso.

En el salón de las mañanas, la afligida abuela debatía su testamento con Williams, el abogado cojo. A veces le gritaba en tono amenazante para, acto seguido, compadecerse de no ser más que una anciana miserable sin nadie que la ayudara. Este lloriqueo tan lamentable como falso era una nueva afectación suya, que resultaba muy vergonzosa y cansina para sus interlocutores.

—No estaré aquí para siempre —gimoteó—. ¿Qué será de mi dinero cuando me muera? Todas mis tierras, tan buenas y tan bien regentadas. No puedo dejárselas a ese papanatas de Ebin, seguro que las vende y dilapida el dinero en Londres. —Tomó aliento y continuó con un tono más bajo—. Puede que, al fin y al cabo, no sea tan lerdo. No sabría decir por qué, pero últimamente está diferente, y parece que ha sacado dinero de alguna parte. Aunque no quiero dejarle el mío, excepto, quizá, una anualidad modesta o algo por el estilo. Es clavadito a su padre: tienen la misma cara de idiota y son igual de gandules. Nunca me gustaron nada, y, hablando en plata, me alegré cuando mi marido murió y todo pasó a ser mío después de no haberlo aguantado más que tres años. ¡Ja! ¿Se escandaliza, viejo hipócrita?

El abogado soltó una carcajada nerviosa. Se le escapaba como una suerte de balido por una de las comisuras de los labios, y encogía los hombros de un modo extraordinariamente extraño cada vez que reía, más o menos una vez cada cuatro minutos si estaba tratando con un cliente difícil.

Tras una serenata de bramidos y lloriqueos por parte de la abuela Willoweed y de balidos por parte de Williams, convinieron en redactar un nuevo testamento que dejaría a Ebin, Emma y Hattie el mismo interés en su propiedad hasta que Emma tuviera un hijo, que al cumplir los veintiún años lo heredaría todo, salvo tres mil libras, a repartir entre los tres beneficiarios anteriores.

—Huelga decir que esto queda entre nosotros, Williams. No puedo tener a Emma buscándose un marido a todo correr y dejando a esta pobre anciana a merced de las criadas. No duraré mucho

más, pero aunque aguante, la niña seguirá siendo joven dentro de diez o quince años.

Justo cuando Williams se disponía a marcharse, Ebin regresó.

—Ya estoy en casa, mamá, y calado hasta los huesos —anunció abatido—. Ah, buenas tardes, Williams. No lo había visto.

Sus ojos azules y redondos se clavaron como una flecha en los documentos que el abogado introducía dentro de su maletín, pero no logró sacar nada en claro. Mientras subía las escaleras reflexionó acerca del motivo de la visita de Williams, y supuso que su madre estaría realizando cambios considerables en su testamento ahora que Dennis había fallecido. Durante años le había preocupado el testamento y se había devanado los sesos preguntándose cuánto poseía su madre y cómo lo repartiría. Lo que más le había dolido era la injusticia de que su padre hubiera legado toda su fortuna a su esposa y no hubiera previsto nada para su hijo. Sin embargo, ahora le traía sin cuidado lo que la vieja hiciera con su dinero. Ya no le interesaba; si por él fuera, podía donarlo todo a un centro para caballos desnutridos. Casi deseaba que lo hiciera, pues a él siempre le habían gustado los caballos. De pronto le embargó el buen humor, como si lo hubieran liberado de un gran peso, y tras despojarse de las prendas negras y chorreantes, las lanzó por la habitación; de pronto, al ver sus pantalones colgando del piano, cojos y lastimeros, se echó a reír.

Emma había estado acostada en la cama con la cabeza bajo la almohada para amortiguar el tañido de las campanas fúnebres. Cuando cesaron, se acordó de pronto de Hattie, probablemente a solas en alguna parte sumida en una tristeza amarga, salió de la cama y partió en su busca. Al pasar por el salón de las mañanas y oír la voz de la abuela y la risa bovina del abogado, supuso que su hermana no estaría allí. Abrió la puerta del salón principal, que despedía un tufo a humedad. Allí estaba, sentada sobre una alfombra amarilla frente a la ventana, inclinada sobre un libro de ejercicios. Volvió su rostro oscuro y surcado de lágrimas hacia Emma, que pensó que se asemejaba a un pensamiento calado tras un chaparrón.

—Estaba escribiendo una poesía —dijo—, pero solo llevo dos versos y me parece que no riman. —Se puso a leer, en voz bien alta—: Dos personas en el mar nadaban. Una estaba viva y la otra muerta. Nada.

Emma le aseguró que era un poema muy bonito, solo que tal vez un pelín corto; y de pronto, mientras estaban allí, junto a la ventana, el sol brilló por primera vez aquel día y el jardín centelleó resplandeciente.

—¡Mira lo enormes que están las malvarrosas! —exclamó Emma—. Nunca las había visto tan altas.

—Y fíjate en los girasoles —rió Hattie—. Este año parecen soles de verdad.

Abrieron la cristalera y bajaron corriendo al río, y el tinte negro casero de sus vestidos adoptó un tono verdoso a la luz del día. Se quedaron en el embarcadero contemplando el agua, tan cristalina ahora que hasta se distinguían los peces aleteando bajo la superficie.

Pasaron los días y el pueblo recuperó poco a poco la normalidad, y los últimos casos de cornezuelo se recuperaron. Se reanudaron las partidas de críquet en el campo a orillas del río, con la pequeña pérgola blanca encaramada a un lado. Los chicos del coro realizaron su actuación anual acompañados de la banda de vientos en el césped de la casa del párroco; y se segó el primer maizal, con la consabida matanza de conejos la víspera por la noche. Las ciruelas se amontonaban en los vergeles y unas calabazas enormes engordaban en las huertas para la próxima fiesta de la cosecha. Sin embargo, las cosas no habían vuelto a la normalidad para los Willoweed;

nada más lejos. Hubo una tarde aciaga en la que Norah presentó su dimisión ante la abuela Willoweed.

—Verá, es que voy a casarme con el señor Fig —le explicó orgullosa.

—Yo no veo nada, ni me gusta la gente que me dice «verá», y en cualquier caso supongo que te has equivocado. No se me ocurre nadie que quiera casarse con una vacaburra como tú. Estarás preñada, supongo, ya se sabe cómo os las gastáis las pueblerinas.

Norah se ruborizó justo hasta el enorme lunar con forma de Australia.

—No estoy preñada, señora, y he de decir que no tiene por qué hablar así de mí.

Entonces recordó la pena de Eunice y se le antojó como propia, y las lágrimas asomaron en sus ojos.

—¡Ajá! Ahora que te marchas te envalentonas; pero si crees que voy a quedarme con la zángana de tu hermana cuando no estés, te equivocas y mucho.

—Ah, no, señora, mi hermana también se va. Se marcha a trabajar para las viejecitas de Roary Court. Les hace falta mucha ayuda desde que la señorita Nesta cayó tan enferma.

—¡Santo Dios! Vaya par de maquinadoras. ¡No seré yo quien le facilite a esa una carta de referencia!

La voz de la anciana se elevó y retumbó por las rojas paredes del salón de las mañanas.

—No hace falta, señora. La señorita Nesta dice que hace tanto tiempo que conoce a Eunice que no será necesario.

La abuela Willoweed se levantó aparatosamente y bramó con trémulas mandíbulas:

—¡Así que os habéis confabulado todos contra mí! ¡No lo permitiré! ¡No os lo permitiré, sinvergüenzas desagradecidos!

De pronto, agarró una silla y empezó a atizar a la horrorizada Norah con ella.

—¡Toma, cochina! ¡Maldita cochina! —gritaba mientras golpeaba a la muchacha, que se había caído al suelo y se había agazapado en una esquina.

Emma oyó la barahúnda desde el jardín y echó a correr hacia al salón de las mañanas, llamando a su padre por el camino. Se quedó petrificada un instante junto al ventanal abierto, impactada y presa del pánico, incapaz de reunir fuerzas para ir a socorrer a Norah. Pero logró sobreponerse a sus sentimientos y se abalanzó sobre su abuela para tratar de arrancar la silla de su puño de hierro. Para su inmenso alivio, su padre pareció surgir de la nada y le soltó un tortazo repentino a su madre. Esta profirió un aullido de indignación, soltó la silla y acto seguido se desplomó en el suelo en un ataque de histeria. Emma ayudó a incorporarse a la maltrecha Norah y la condujo a la puerta; al abrirla, se toparon con Eunice atemorizada y temblorosa en la entrada. Acompañó a su llorona hermana por el largo pasillo enlosado que conducía a la cocina. La anciana, desplomada en el suelo, se recuperó poco a poco entre barboteos y alaridos y exigió plumas quemadas, así que Emma se apresuró a ir al gallinero y regresó rauda con un puñado de ellas, que prendieron bajo la nariz demacrada y rosada de su abuela. Despedían un olor espantoso, en parte porque las plumas distaban de estar limpias; con todo, pareció disfrutarlas, pese al ataque de hipo que le sobrevino. Su hijo le llevó un vaso de agua, pero lo lanzó a la otra punta de la habitación y masculló con tono reprobatorio:

—Me has pegado. ¡Has pegado a tu propia madre!

Se negó a aceptar la ayuda de su hijo para subir las escaleras y Emma hubo de sostenerla hasta su dormitorio, y cuando por fin se metió en la cama, pidió que prendieran unas caléndulas en la

chimenea.

—Antaño las caléndulas quemadas eran un remedio que funcionaba de perlas en casos de aborto espontáneo; pero creo que me sentarán bien —comentó lastimera.

Así, Emma salió al jardín y regresó con un nutrido ramo de flores naranjas, que resultaron estar húmedas y no prendieron.

—Sí, son flores de luto en España. Las ponen encima de los ataúdes —dijo medio adormilada.

CAPÍTULO XVII

Con sendos capazos de mimbre bajo el brazo, Norah y Eunice escaparon del hogar de los Willoweed. Eunice se trasladó a Roary Court, donde pasó a ser objeto de las carantoñas y los mimos de las dos ancianas y no tardó en hacerse un hueco en sus corazones, otrora ocupados por su difunta cabra. Norah regresó al hogar paterno dispuesta a prepararse para su boda. A fin de ganar algo de dinero se puso a trabajar en la lechería de la misma granja que empleaba a su padre. Por las tardes, quedaba con Fig en el puente y daban un paseo por el campo hasta la casita de él, donde seguían trabajando hasta el anochecer. Frotaban, bruñían, pintaban y empapelaban paredes, y eran plenamente felices a su manera dulce y tranquila.

En casa de los Willoweed reinaba la confusión más absoluta. La abuela seguía encamada y Emma tenía que apañárselas con los fogones, que se portaban terriblemente mal y se resistían a quedarse encendidos. No había agua caliente y, por lo general, solo disponían de un hornillo de aceite para cocinar, al que tampoco se daba mucho uso, pues nadie sabía cómo utilizarlo. En la mesa había huevos duros y beicon chamuscado tres veces al día, y, entre tanto, Ives seguía presentándose en la cocina cargado de cestas de verduras que nadie sabía preparar. Las patatas devenían una sopa blanca extraordinariamente aguada cuando Emma las hervía, y las judías se volvían de un amarillo oscuro y sin sabor alguno. Hattie trataba de ayudar, y logró preparar una especie de tofe quemado más duro que el hierro. Puso a hervir el café durante una hora, a la espera de que desaparecieran los granos; pero como eso no ocurría, el mejunje simplemente se enturbió y su abuela le dijo:

—Menudo brebaje más amargo, niña. ¿Acaso pretendes envenenarme?

El suelo de piedra de la cocina se volvió negro y mugriento, y, cuando Emma lo lavaba, se resistía a secarse y aguantaba con manchas de barro que a la postre se pisoteaban por el resto de la casa. Ives trató de echar una mano y se ofreció a preparar un plato llamado budín saltarín. Resultó ser un budín de manteca de cerdo y frutos secos más bien desastroso, que se quedó a medio cocer, e incluso sus propios patos no parecían muy contentos tras cenar el budín saltarín.

Ebin Willoweed no pisaba la cocina y le dijo a su hija que llevar la casa sería una experiencia de incalculable valor para ella. Se quejaba amargamente de sus dotes culinarias, pero apenas mencionaba la falta de agua caliente, pues se sentía bastante culpable por los fogones, pese a su resolución de no tener nada que ver con ellos. Se decía para sus adentros: «Si empiezo a ocuparme de este tipo de cosas, ¿quién sabe dónde acabaré? Me estropearé las manos, y luego querrán que le suba el desayuno a la vieja y sabe Dios qué más».

Entonces, de pronto, a Ives se le presentó una sobrina de mediana edad.

Venía de Norton-in-the-Marsh y nunca antes la habían visto en el pueblo. Se llamaba

Constance y era católica, y dos veces a la semana se montaba en su enorme bicicleta de hierro y pedaleaba en la neblina matutina de otoño para acudir a misa en otro pueblo. Aquellos días, el desayuno se servía una hora más tarde, pero la abuela Willoweed jamás rechistó, pues el recuerdo de los platos de Emma resultaba aún demasiado vívido. La cocina de Constance era sencilla y saludable, y por mucho que la señora le pidiera *soufflé*, fricasé de ternera, o rodaballo relleno, había de contentarse con carne encurtida, estofado irlandés o bacalao hervido, y su único consuelo era que las facturas del carnicero y del pescadero se redujeron considerablemente.

—Pero no quiero escatimar en comida —se lamentaba a su hijo—. Hay muchas maneras de ahorrar dinero, y cabe la posibilidad de que me muera pronto, y tendré que aguantar toda la eternidad a base de un plato único. ¿Sabes? Ahora, hay veces que sueño con manjares succulentos y me despierto mordisqueándome el cuello del camisón. No está bien; y encima ni siquiera asa los patos con salvia y relleno de cebolla.

—Por el amor de Dios, mamá, deja de quejarte o le darás un disgusto a la chica. Emma no puede volver a cocinar, y, por lo menos, mantiene la casa razonablemente limpia sin ayuda externa.

—Sí, eso es verdad, y me gusta ahorrar en empleados. Creo que podríamos cerrar el salón y no abrirlo más que una vez al año, para mi cumpleaños, con motivo del campeonato de whist. Y también está la habitación de Dennis. Ya no la necesitamos, así que podemos cerrarla... ¡Santo cielo! —De golpe, pegó un brinco de la silla—. ¡Tengo que llamar a ese estúpido de Williams otra vez!

Acababa de recordar que había olvidado incluir la vivienda familiar en el testamento. ¿Cómo había podido olvidar su hermosa casa, plantada en sus cuatro acres de frondosos jardines? Se marchó de la estancia como una exhalación para escribirle un mensaje urgente al abogado en el que le exigía su presencia al día siguiente.

Emma entregó el mensaje. Lo introdujo en el buzón de la horrenda casa de ladrillo amarillo y rojo, donde el abogado vivía con su esposa y su hija. Cuando bajaba los escalones a toda prisa, le pareció oír que alguien golpeaba la ventana; pero salió a toda prisa, pues no quería verse atrapada en aquel salón rancio con sus cortinas de cuentas y sus ocupantes anémicos. Al salir de la casa avistó el enorme coche del doctor Hatt, tan amarillo como los ranúnculos de agua, aproximándose con Philip Andrew al volante. Este se ofreció a llevarla a casa. Sin embargo, pese a estar deseando aceptar, asociaba a Philip con la muerte de Dennis, aunque en realidad el joven ni siquiera hubiera estado presente cuando su hermano falleció, y se dio media vuelta tras contestarle que prefería ir a pie. Pero, finalmente, Philip terminó por convencerla de que se montara, y recorrieron la calle principal renqueando, y a Emma le apenó ver entre los pinos la mirada maliciosa del oscuro portón del hogar familiar. Cuando la ayudó a apearse del vehículo, Philip le preguntó si le gustaba el automovilismo.

—¡Ay, ya lo creo, es divino! —respondió casi sin aliento, atusándose el pelo con las manos.

—Bueno, mañana es mi último día aquí. ¿Te gustaría venir a dar una vuelta en coche? Estoy seguro de que el doctor Hatt me lo prestará.

—No creo que pueda. Mi abuela no me lo permitiría jamás.

Se dio media vuelta, con un mohín de preocupación en el rostro.

—Pero ¿es que tiene que enterarse?

—Se enteraría, no me cabe duda —musitó ella.

Ahora el joven médico adoptó un aire preocupado.

—Es mi último día, Emma, y tenía muchísimas ganas de verte; pero no quería llamar e importunarte estando tú tan triste. Te he observado de lejos en el río, pero, cada vez que intento acercarme a ti, siempre desapareces. ¿No existe un modo en que pueda verte mañana?

—Bueno —contestó ella despacio. Tras una pausa, volvió la cabeza y añadió por encima del hombro—: es posible que mañana por la tarde esté en el río, y, si tú pasearas por la orilla o algo así, me verías, ¿verdad?

La muchacha alcanzó el portón, buscó torpemente el picaporte y desapareció sin mirar atrás. Se metió en la casa y fue derecha a asomarse a la ventana del cuarto de las botas a tiempo de ver cómo el gran coche echaba a andar por la calle del pueblo y cambiaba de color a medida que atravesaba las distintas piezas de cristal. «Aunque como más me gusta es amarillo», pensó mientras subía las escaleras balanceando su sombrerito por la goma elástica.

En el rellano se encontró con una Hattie desesperada, que estaba sentada a la puerta de la habitación de Dennis.

—La han cerrado. Ay, Emma, que han cerrado la puerta, y yo entro todos los días y cuido de sus cosas. Están las semillas del césped en un tazón; él recortaba la hierba con tijeras y ahora me encargaba de hacerlo yo. Tienes que conseguir la llave. No soporto la idea de que sus cosas se queden ahí encerradas para siempre.

Emma se sintió culpable. ¿Cómo podía haberse sentido feliz tan pronto después de la muerte de su hermano? Había estado casi flirteando, vaya. Corrió hacia Hattie y la rodeó con el brazo.

—Hattie, cariño, por supuesto que conseguiremos que abran la puerta, y podrás quedarte sus cosas y cuidarlas por siempre jamás, si es lo que quieres.

Fueron juntas a suplicar a su abuela que les diera la llave, y, para su sorpresa, se la entregó sin demasiados miramientos.

—No entiendo cómo venís a incordiarme con estas bobadas cuando tengo tanto por lo que preocuparme. ¡Aquí está la maldita llave! Y ahora, por favor, ¡idos a tomar viento fresco!

Así que fueron a la habitación de su difunto hermano. Ya olía a humedad y a vacío, y la camita negra de hierro tenía un aire triste y solitario despojada de su ropa blanca. Aquella visión de la cama pareció confirmar que Dennis nunca regresaría, y las hermanas se sentaron en el alféizar y lloraron al unísono.

En el piso de arriba, su padre daba vueltas por la raída alfombra de motivos turcos que cubría el suelo de su buhardilla. La alfombra estaba ajada por sus pasos aburridos durante todos aquellos años de frustración; sin embargo, ahora casi bailaba al caminar. Ahora contemplaba con otros ojos aquel cuarto deprimente, y al pasar por la repisa de la chimenea sacudió divertido las colgaduras con pompones. «Mí querida antigua habitación —pensó—. La gente como el doctor Hatt podrá reírse de ella, pero durante años ha sido mi único refugio contra esa vieja tirana del piso de abajo. Tal vez cierre con llave cuando me marche; no quiero que venga a husmear por aquí. Son pocos los enseres que quiero llevarme conmigo: algunos libros, quizá, y la máquina de escribir. No, me compraré una nueva, la más moderna, que tenga un montón de chismes que nunca aprenderé a utilizar.» Deambuló por la estancia hasta la máquina de escribir y leyó una carta a medio mecanografiar.

27 de agosto de 1911

Fishingford, Warwickshire

Estimados señores:

Es un inmenso placer aceptar su oferta con respecto a un empleo fijo en *The Daily Courier*.

Acepto las condiciones salariales que especifican en su carta del pasado 25 de julio y quedo a su disposición para comenzar a trabajar en la fecha que mencionan.

Cogió la carta de *The Daily Courier*, que estaba desplegada sobre el escritorio. Volvió a leerla, aunque se sabía las palabras de memoria, y la colocó otra vez, sin doblarla, sobre la mesa. ¡Oh, maravillosa misiva, que venía a liberarlo después de tantos años! Aquel viejo caso de difamación que había socavado sus tibios esfuerzos por encontrar un empleo como periodista ya era agua pasada. Sus diez años de exilio habían tocado a su fin. Y era libre de regresar al trabajo con el que tanto disfrutaba. Se preguntaba si le resultaría tan estimulante ahora que era una década mayor y si sería capaz de concentrarse en su labor sin perder la frescura ni la diversión. Por supuesto que sería capaz. Era el tipo de tarea que habría hecho con los ojos cerrados en los viejos tiempos: una columna de cotilleos un par de veces a la semana y la reseña de algún libro extraño. Pero de ahí surgirían más cosas. Pronto recuperaría la posición en la que se encontraba cuando la catástrofe había estado a punto de hundirlo. ¡Qué necio había sido por permitir que la situación lo abrumara tanto! Recordó entonces que su mujer le había vuelto la espalda, y el misterio del nacimiento de Hattie. Aquello, sumado a lo otro, bastaba para hacer polvo a cualquiera. Y luego estaba su madre, una víbora de mucho cuidado. «Dios mío, ¡cuánto me alegro de librarme de ella!», pensó. Pero entonces entró en pánico. Y si enfermara o sufriera un infarto, ¿se vería capaz de abandonarla? Se convenció de que incluso aunque su madre estuviera en su lecho de muerte, no postergaría su partida ni un solo día. Si hacía falta, Emma podía quedarse en la casa y cuidar de ella; pero pasara lo que pasara, él huiría de allí de una vez por todas. «En cuanto tenga el contrato firmado, se lo contaré y me iré antes de que monte alguna escena espantosa, como seguramente hará», resolvió mientras volvía a coger la carta del *Courier* para leerla por enésima vez.

CAPÍTULO XVIII

Emma contempló su vestido negro, deslucido, con desagrado. «¡Vaya un modelo para ir al río!», pensó disgustada. Tal vez lloviera, y al final él decidiera no ir a pasear por allí. Alzó la vista al cielo, cargado de nubes grises pero lejanas, y decidió que era poco probable que lloviera aquella tarde; y no supo si alegrarse o lamentarse. De camino al río, cruzó los dedos para que Hattie no adivinara sus intenciones y le pidiera ir con ella. Entonces vio que su hermana se había llevado los barquitos de Dennis del pequeño puerto que habían construido entre las raíces del sauce llorón, y se preguntó si estaría llorando con ellos en su habitación. De pie sobre los escalones de piedra que descendían al agua, divisó a su hermana sentada bajo un peral, comiendo fruta y frotando las barcas con polvo limpiador. Parecía relativamente feliz; así que se dio media vuelta hacia el río, seleccionó los cojines más lustrosos del cobertizo de las barcas, los lanzó a la canoa y se alejó rema que te rema. Nunca se sentía del todo a salvo de su abuela hasta que no dejaba atrás el inmenso jardín propiedad de los Willoweed. A veces, una voz fiera y nasal la llamaba desde detrás de un olmo y entonces no le quedaba más remedio que volver; pero aquel día estaba de suerte, porque su abuela aguardaba en el salón de las mañanas la visita del abogado Williams.

Pasó remando por los jardines de recreo, desolados y desiertos como llevaban todo el verano. A raíz de la locura del pan, eran pocos los excursionistas que habían osado aventurarse hasta allí. Dejó atrás los columpios inmóviles y las mesas de hierro silenciosas con su pintura desconchada; y el margen se tornó más alto, su imagen recortada contra el cielo, enriquecida aquí y allá con la delicada ondulación de una adelfilla o de una acedera reseca, muerta.

El joven médico estaba en un pequeño meandro observando un banco de piscardos cerca de la orilla. Llevaba el sombrero panamá enrollado en la mano como un pergamino y lo agitó al divisar a Emma, cuando esta apareció tras un recodo del río. La muchacha esbozó una sonrisa nerviosa mientras viraba la embarcación hacia el pequeño meandro, suplicando para sus adentros: «Por favor, Señor, ¡haz que le guste y no hagas que me lleve un chasco!».

Pasaron la tarde a la sombra de los sauces y cuando abandonaron su amable refugio estaban tan enamorados que remarón río abajo casi a lo largo de dos kilómetros, antes de darse cuenta de que navegaban en la dirección equivocada. Cuando se separaron en la orilla del parque del Big Meadow, habían convenido en que Philip llamaría a la casa de los Willoweed a la mañana siguiente antes de partir rumbo a Londres.

—Eres tan joven, Emma, que debo pedirle permiso a tu padre para que podamos prometernos.

—¿Y seguro que no necesitamos el permiso de la abuela? —Emma era incapaz de concebir que alguien pidiera consentimiento a su padre, ni siquiera para una nimiedad, y pedir permiso de matrimonio se le antojaba descabellado—. Todos pertenecemos a la abuela. Todo le pertenece a

ella.

—No, Emma, es a tu padre a quien debo pedírselo, y me alegra que así sea. ¡Entrevistarme con tu abuela sería mucho menos grato!

Los dos rompieron a reír y Emma preguntó:

—¿Crees que estará observándonos con prismáticos desde la ventana de su habitación? ¡Es que lo hace a menudo! —Y soltó otra carcajada—. Ay, ¡soy tan feliz que no puedo parar de reír! No sabía que estar enamorada provocara risa. Yo creía que me sentiría más bien solemne y como sagrada; aunque tal vez eso vendrá más adelante.

Se separaron, y Philip se quedó mirando cómo Emma amarraba la barca. La muchacha permaneció un instante en el embarcadero contemplando la orilla opuesta y después atravesó un oscuro arco de hiedra y se alejó en dirección a la casa.

Al día siguiente, llegó el contrato del *Courier* para Ebin. La familia en pleno, con la excepción de su madre, estaba desayunando cuando Constance apareció con el correo. Aquella última semana, para estupor general, Ebin había bajado a desayunar todas las mañanas, afeitado, hecho un pincel y con el cuello planchado. Abrió el sobre con manos temblorosas y ahí estaba, firmadito y oficial. Se levantó de la mesa de un brinco. Esperaba que una de las niñas exclamara: «¿Qué sucede, papá?», a lo que respondería: «Preparad el equipaje, ¡mañana nos marchamos a Londres!». Sin embargo, Emma miraba por la ventana con expresión soñadora y Hattie estaba ocupada en mantener su huevo a flote en un mar de grasa de beicon. «¡Qué horror sentirme tan solo! No tengo a nadie con quien compartir mi felicidad cuando por fin llega», pensó, mientras salía atropelladamente de la sala.

—Pobre papá, le sienta fatal madrugar —comentó Hattie cortando su huevo solidificado.

Ebin se quedó en el vestíbulo mordiendo las uñas, y sus ojillos redondos se anegaron en lágrimas. Allí envuelto por la oscuridad y el tufo a humedad, se abandonó a un suave bamboleo; las cortinas de terciopelo marrón olían como si un perro hubiera levantado la pata, salvo que en aquella casa no había perros. Un sombrero de paja de aspecto tostado sobre una maltrecha butaca negra captó su atención y en un abrir y cerrar de ojos se lo había calado en la cabeza, había salido afuera y se hallaba entre los abetos, los helechos y las piedras oscuras del jardín delantero. La calle principal estaba rebosante de luz, deslumbraba con el esplendor de la mañana en contraste con la penumbra que acababa de dejar atrás. «Iré a ver al bueno de Hatt —pensó—. Seguro que le interesará y se alegrará de corazón de que la vida al fin me sonría.» Con paso ligero, echó a andar bajo el sol, y las mujeres del pueblo que vareaban los colchones intercambiaron algunos comentarios a su paso.

El joven médico estaba a punto de terminar el desayuno cuando la anciana ama de llaves anunció a Ebin Willoweed en el comedor. Sorprendido, Philip dejó la taza de café y le embargó un ligero malestar. Pedirle a un hombre la mano de su hija con un discurso bien preparado era una cosa; pero que se presentara en pleno desayuno y hecho una furia resultaba más bien desestabilizador. ¿Por qué diablos se lo había contado Emma? Aunque era tan tímida que seguro que su padre lo habría averiguado de algún otro modo; a través de su horripilante madre, quizá.

Decepcionado por no encontrar a su amigo en la sala, Ebin saludó con un gruñido:

—Buenos días, ¿dónde está el doctor Hatt?

—Ah, lo cierto es que, ejem, acaba de marcharse por un asunto. Ejem... Ya que está aquí, ¿no le apetece una taza de café?

—¿Café? No, gracias. Yo también me iré si Hatt no está.

—No, por favor, no se vaya —imploró Philip al verlo levantarse—. Debe de estar impresionado y me hago cargo; pero ¿no podemos tratarlo de un modo amistoso? Al fin y al cabo, esto no tiene nada que ver con el doctor Hatt, si bien he de reconocer que se lo conté ayer por la noche y le pareció una buena idea, aunque Emma sea tan niña para su edad. Estoy dispuesto a esperar un año, o incluso más si lo considera oportuno. —De pronto, reparó en la expresión de asombro de Ebin—. Quiero decir... Sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—No puedo contestar que sí, francamente —dijo frunciendo el ceño—. No me estará diciendo que quiere casarse con Emma, ¿verdad? Si apenas conoce a la muchacha.

Entonces Philip reveló sus esperanzas y sus sentimientos por Emma hasta que la estancia pareció llenarse de pensamientos hermosos, de promesas y de amor.

Cuando terminó, Ebin sentenció:

—Bueno, si eso es lo que siente por ella, lo mejor será que se casen; pero yo esperaba que la muchacha se quedara en la casa y cuidara de su abuela. En breve me marchó a Londres, vuelvo a mi antiguo periódico, ya sabe, y había pensado en llevarme a Hattie conmigo para que me hiciera compañía, y porque allí tendrá más oportunidades. Un montón de escuelas y de amigas y esas cosas. Así que, si no le importa esperar un poco, Emma podría quedarse con su abuela por el momento.

—Me parece que dejar a Emma sola con su abuela sería algo terrible. La pobre necesita algo de vida y de alegría. Se ha perdido tantas cosas y le queda tantísimo por aprender. Yo iba a sugerirle que viviera con mi madre durante un año más o menos hasta que nos casáramos.

—Pero ¿su madre estaría de acuerdo?

A Ebin le sorprendía que alguien quisiese a Emma, a la que siempre había considerado de una timidez enfermiza y carente de ningún sentido del humor, aunque atractiva de un modo melancólico. A menudo se refería a ella como «una maldita muchacha deprimente».

—Ya lo creo, mi madre estaría encantada con ella. ¿Sabe? Es viuda, y desde que me marché de casa para vivir en el hospital se encuentra bastante sola. Mi hermano mayor es soldado y la mayor parte del tiempo está fuera.

—Ah, bueno, parece que ya lo habéis arreglado entre vosotros; pero tendrá usted que decírselo a mi madre, yo no puedo. Se va a armar la marimorena cuando se entere de que me marchó y me llevo a Hattie. Lo mejor será que me acompañe ahora, puesto que se va usted hoy. Ojalá se hubiese esperado un par de días hasta que yo me hubiese marchado.

Al atravesar el pueblo se cruzaron con el párroco, que empujaba su bicicleta y tenía, efectivamente, un aire muy chinesco.

—Vaya, señor Willoweed, justo el hombre que esperaba encontrarme. Tengo un pinchazo.

—Santo cielo, no esperará que yo se lo arregle, ¿verdad? —soltó Ebin airado.

—Ah, no, qué va. El domingo que viene celebraremos una misa de acción de gracias. El último afectado por la intoxicación del pan ya habrá salido del hospital para entonces, y me parece de recibo agradecerle a Dios que esta espantosa desgracia ya no pesa sobre nuestro pueblo.

Aquel hombrecillo amarillo le parecía tan lamentable que hubo de reprimir las palabras que le vinieron a los labios: «¿Y yo por qué tengo que estar agradecido si mi único hijo ha muerto?»; y en su lugar, contestó:

—Qué lástima, no estaré aquí. —Con todo, incapaz de contenerse, añadió—: Pero no deje de avisar a mi madre, seguro que asistirá encantada.

El hombre adoptó un aire preocupado.

—Cree que debería avisarla, ¿verdad? Quizá usted pueda comentárselo y yo le enviaré una cartita. Eso es, le enviaré una cartita. —Empezó a arrastrar la bicicleta y, de pronto, se detuvo y dijo abatido—: Me ha sorprendido mucho enterarme de que el viejo Ives se nos cambia de bando, se pasa a Roma. No me lo esperaba. —Y se alejó empujando penosamente la bicicleta.

—No sé de qué habla ese vejstorio, pobre chalado —comentó Ebin mientras caminaba hacia la casa Willoweed.

En cuanto pisaron el vestíbulo, la abuela se abalanzó sobre ellos.

—¡Aquí estás! ¿Es que siempre tengo que quedarme sola con los papistas?

—Este es el doctor Andrew, que ha venido a verte, mamá. No es papista.

—Realmente me importa un pimiento lo que sea. Tampoco quiero verlo a él. Largo de aquí, joven. ¡Quiero hablar con mi hijo!

Philip ya había tratado varias veces con la anciana durante la enfermedad de Dennis, por lo que no le cogió desprevenido. Intercambió una mirada divertida con Ebin y se apresuró a salir al jardín esperando encontrar a Emma.

—Muy bien, Ebin, quiero hablar contigo. ¡Al salón de las mañanas!

—Para ser exactos, mamá, soy yo quien quiere hablar contigo —aclaró mientras le abría la puerta a la estancia roja, que centelleaba con el sol que se filtraba por las ventanas cerradas—. Aquí dentro hace más calor que en un horno.

—Bien podría ser porque resulta que cuando me muera iré al infierno. Sí, Ebin, Ives ha venido esta mañana y me ha anunciado su intención de convertirse al catolicismo y también que el padre Kendall le está impartiendo unas enseñanzas allá en Shalford. Asimismo, me ha informado de que morirá en estado de gracia y que le es indiferente el estado en que yo muera. Por lo visto, debería considerarme afortunada de llegar al purgatorio, aunque lo más probable es que acabe olvidada en el infierno. Pero eso no es todo. ¡Pretende disponer de dos tardes a la semana para esas enseñanzas! ¡Como si alguien pudiera enseñarle algo a un idiota de su edad!

—Mamá, tengo algo que decirte —la interrumpió Ebin.

—Pues yo no quiero oírlo —respondió la anciana haciendo por marcharse de la habitación, consciente de que algo malo se avecinaba.

Ebin se plantó en la puerta y exclamó:

—Quiero decirte, mamá, que vuelvo a trabajar en el periódico y que ya he firmado el contrato. Me marcharé mañana o pasado mañana a más tardar, ¡y me llevaré a Hattie conmigo!

—Ay, ¡cuánta ingratitud! —vociferó. Entonces, su rostro se crispó y murmuró—: Ahora que tienes dinero me abandonas, después de haberos dado cobijo a tus hijos y a ti durante estos años. Bueno, márchate si lo deseas, pero no puedes llevarte a Hattie.

«Ay, Señor, ¡cuánto aborrezco las situaciones desagradables!», pensó Ebin aferrándose al pomo de la puerta con ambas manos.

—Hattie debe venir conmigo. Necesita ir al colegio y tener amigos de su edad ahora que Dennis no está. Tienes que entender que esta no es una vida para ella.

—¿Cómo puedes decir eso? Es una vida maravillosa para una niña, con esta casa preciosa y este inmenso jardín. ¡Y piensa en el dinero que podría dejarle! —Después, en tono suplicante,

añadió—: Ebin, si me la dejas contrataré a una institutriz, y le compraré un poni. Eso le encantará; y aunque los perros me importen un rábano, también podrá tener uno.

—Muy amable por tu parte pensar en todas estas cosas, mamá; pero Hattie se viene conmigo, y es definitivo. Lo siento, pero no hay más que hablar.

Abrió la puerta con un repentino giro de muñeca y desapareció, dejando a su madre sola y estupefacta frente a la puerta marrón. Le temblaba la mandíbula.

—Conque ahora me desafían en mi propia casa. ¿Cómo hemos llegado a esto? —farfulló marchándose de la estancia.

En el comedor se tomó una copita de oporto; sin embargo, esta no la reconfortó.

Philip y Emma estaban en el sendero del río con los brazos enlazados cuando llegó Ebin y los importunó.

—*Hallo, hallo* —dijo con un horrendo falso entusiasmo—. Bueno, ya le he anunciado a la señora que me voy y me llevo a Hattie conmigo, y la verdad es que ha salido mejor de lo que me imaginaba. En el fondo, me esperaba que se pusiera hecha un basilisco o algo así, como su tía Kate, ¡que se volvió majara ni más ni menos que en la catedral de Rochester! Fue un escándalo en su día, y tuvieron que mantenerla callada una temporada.

—Papá, no se te habrá pasado por la cabeza dejarme sola con la abuela, ¿verdad? —preguntó Emma con un tono de reproche.

—Bueno, me pareció que para ella no sería tan impactante si te quedaras un poco más. De todas maneras, vas a visitar a la madre de Philip, ¿no es así? De modo que lo mejor será que te esperes aquí hasta que llegue la invitación. Y también habrá que preparar tu ropa.

Philip lo interrumpió con cierta impaciencia.

—No será necesario que Emma se preocupe por la ropa. Mi madre se encargará de eso. Le encantará, y también habrá que ocuparse del ajuar. Eso te mantendrá ocupada, Emma.

La idea de un ajuar nunca le había rondado por la cabeza, y la perspectiva la entusiasmó. También tendría que haber un anillo («una esmeralda, creo, para que resalte con tu pelo»). Levitaba en una nube de felicidad y apenas escuchaba la discusión entre su enamorado y su padre sobre cuándo debería abandonar el hogar de los Willoweed. Philip estaba resuelto a que se fuera con su padre y su hermana, y se convino en que así sería. Los tres se alojarían en el hotel Brown's el viernes siguiente, al cabo de tres días. Y Philip partió satisfecho.

Ya le había escrito a su madre para hablarle sobre Emma; pero aún no le había mencionado nada acerca de su compromiso, ni de que Emma sería su invitada durante algunos meses. Sabía que acogería a la muchacha de buen grado en su casita de South Kensington, donde vivía únicamente en compañía de su doncella. Era una mujer regordeta de buen corazón, profundamente interesada por la gente y (superficialmente) por el arte y la literatura. Estaría encantada con la idea de educar a Emma y asistir a sus reacciones de sorpresa ante las ocurrencias y los placeres más ordinarios. Sería como entretener a alguien de otro planeta. Le preocupaba más bien cómo se tomaría el desconcierto de la tez negra de Hattie; no obstante, todavía disponía de tres días para prepararla, y pensó que tal vez una larga charla sobre Gauguin podría ser una buena idea.

CAPÍTULO XIX

Cada día había sido más tormentoso que el anterior. La abuela Willoweed había delirado, gemido y hasta se había tirado de los pelos, y eso que no andaba precisamente sobrada. Cada día había sido desesperadamente lúgubre, y nadie había osado informarle acerca del compromiso de Emma. El único gran temor de Ebin era que su madre se derrumbara y sufriera un ataque al corazón, o un infarto repentino, y tuvieran que posponer su partida en el último minuto; pero, de momento, aunque juraba que se moría y no paraba de llevarse la mano al corazón y de repetir «Fíjate en mi corazón», su salud parecía estar aguantando el tirón.

En secreto, Emma había preparado su pequeño guardarropa y el de Hattie, ahora metidos dentro de dos baúles de tapa abovedada. Cuando Ives y Constance habían intentado bajarlos a hurtadillas por las escaleras traseras, la siniestra imagen de su señora había irrumpido en el rellano y había arremetido contra los arcones a paraguazo limpio con un gran parasol negro. Ives y su sobrina los soltaron y se refugiaron en la seguridad de la cocina; pero uno de los arcones volcó y cayó rodando escaleras abajo, y, de no haberse quedado trabado entre los barrotes en la barandilla, los habría aplastado. Y allí siguió, en medio de las escaleras, el día entero y parte de la noche hasta que unos estentóreos ronquidos salieron de la puerta de la abuela Willoweed y su hijo supo que era el momento de serrar los barrotes y liberar el baúl cautivo.

El jueves —el último día—, la anciana no quiso levantarse y permaneció toda la mañana acostada diciendo que se moría. Nadie le prestó la menor atención; así que decidió levantarse de la cama, farfullando entre dientes mientras se vestía: «Semejante grado de crueldad e ingratitud es intolerable». Cuando se estaba ajustando la faja vio pasar a Ebin bajo su ventana y se la lanzó. Tenía buena puntería y, de pronto, Ebin se vio luciendo una sórdida corona, de la que se deshizo asqueado. Y así transcurrió el día. Los platos volaron sobre la mesa del almuerzo y una tortuga salió despedida por la ventana. La abuela Willoweed mandó llamar al abogado Williams porque quería cambiar el testamento; pero cuando el hombrecillo llegó, lo despidieron porque la señora se encontraba indispuesta y no quería que la importunara. Después se desahogó con Constance en la cocina, y cuando la mujer intentó consolarla, la trató de «bobalicona insolente». La criada no se amilanó y le respondió:

—¡Cállese, vieja estúpida! Como no tenga cuidado, acabará en el manicomio. ¡Me sorprende que no la hayan encerrado ya!

La abuela Willoweed salió tambaleándose y se fue al salón, que olía a humedad, donde se sentó a llorar y a hablar consigo misma. Vio a Emma y a Hattie por el ventanal, corriendo por el césped hacia el río prístino. Jóvenes y en apariencia felices, atravesaron el arco de hiedra y se perdieron escaleras abajo.

Salían a dar su último paseo en barca por el río. Durante muchos años, había sido su principal fuente de placer, y cada curva y cada remanso encerraban algún recuerdo para ellas.

—¡Ahí está el viejo sauce al que le cayó un rayo! —exclamó Hattie—. ¿Te acuerdas de que creímos que se moriría? Lo dejó destrozado y carbonizado. Pero ahora está todito cubierto de hojas verdes y parece sano.

Llegaron a un meandro umbrío donde todo estaba muy verde.

—Aquí era donde encontrábamos tantos mejillones de agua dulce que yo siempre tomé por ostras —comentó Emma.

—¿No son ostras? —preguntó Hattie sorprendida—. Pues alguna vez me los he comido crudos. Ay, Emma, vamos a echar de menos el río.

—Lo sé. Aunque en Londres también haya un río no será lo mismo; pero allí nos civilizaremos, y eso ya es algo.

—¿Que nos civilizaremos? ¿Es que ahora no somos civilizadas?

—Uy, qué va —contestó Emma escandalizada—, no sabemos comportarnos y somos terriblemente ignorantes. Nunca hemos visto una montaña, ni una obra de teatro, y no tenemos ni idea de arte ni de moda, y ni siquiera sabemos montar en bicicleta, aunque no creo que eso nos haga falta, lo de andar en bici, en Londres.

—Pero ¿allí hay montañas?

—No, en Londres no veremos montañas.

—Bueno, pues tampoco creo que consigamos civilizarnos mucho, al fin y al cabo. Nada de lo que mencionas está allí, por lo visto.

—¡Ay, no seas tonta! Hay montones de cosas que ver en Londres. El zoo, por ejemplo, y los grandes hoteles donde todo el mundo acude al comedor con trajes de noche. La madre de Philip va a educarme y me enseñará cómo vestir. Supongo que al principio será difícil, pero seguro que lo agradezco.

De pronto, Hattie rompió a llorar.

—Voy a echar de menos el río, Emma, y Dennis se quedará muy solo cuando nos marchemos. ¿Quién cuidará de su tumba?

Emma consoló a su hermana y le dijo que había convenido con el viejo Ives que él se ocuparía de la tumba.

—Y plantará flores alrededor y la dejará preciosa.

—Me encantaría que pusiera una de esas cosas redondas de cristal tan bonitas con flores blancas en su interior —dijo Hattie nostálgica.

—Uy, no —repuso Emma con sus nuevos modales adultos—. Tengo entendido que están consideradas de lo más ordinarias, y nunca se ponen en las tumbas de bien.

Mientras las muchachas estaban en el río, el doctor Hatt se presentó para despedirse de su viejo amigo y comentar el compromiso de Emma, que gozaba de su entera aprobación. Se sentaron a hablar en el destartalado habitáculo de Ebin, sobre el que ya pesaba cierto aire de fatalidad.

—Bueno, supongo que es la última vez que nos sentamos en este cuartucho tan peculiar —dijo Ebin cuando se levantó de su desvencijado sillón y los resortes rotos salieron disparados por el suelo. El doctor Hatt se incorporó despacio y golpeteó la pipa en la chimenea vacía. Entonces pronunció las palabras que Ebin tanto temía.

—Por cierto, voy a pasar a ver a tu madre antes de irme. ¿Cómo se lo ha tomado?

Ebin se balanceó hacia delante y hacia atrás y respondió con tono entusiasta:

—Ah, mi madre está bien, un pelín disgustada, ya te imaginas, pero se lo ha tomado mucho mejor de lo que me esperaba. No hace falta que pases a verla; puede que la alteres un poco o algo por el estilo.

—Creo que es una buena idea que le eche un ojo. ¿La dejáis sola con la sobrina de Ives?

—Sí, son uña y carne. Es sorprendente, pero se llevan de maravilla. Y, además, vendremos de visita a menudo, por supuesto. La verdad es que en general está muy contenta, bueno, no exactamente contenta, sino complacida... Eso es, complacida.

«Señor, perdóname —pensó para sí—, pero no puedo quedarme aquí más tiempo. Si no me cuadro ahora, nunca conseguiré ser libre.»

El doctor lo observó un instante y salió de la buhardilla, diciendo:

—En cualquier caso, prefiero verla; pero no te molestes en bajar. Ya saldré yo solo. Adiós, y mucha suerte.

Francis Hatt llamó a la puerta del dormitorio de la abuela Willoweed; pero no obtuvo respuesta. Probó suerte en el salón de las mañanas; pero tampoco estaba allí. Antes de echar un vistazo en el jardín, lo intentó en el salón principal, raras veces ocupado; pero, de nuevo, nadie respondió a su llamada. Escuchó un resuello y abrió la puerta despacio; lo primero que vio fue la mole de la abuela Willoweed sentada muy erguida en una silla minúscula. Allí estaba, en el centro de la estancia, llorando, resoplando y frotándose el rostro con las manos. Cuando se encaminó hacia ella, no pareció percatarse de su presencia; de modo que se aproximó y le posó la mano en el hombro, tembloroso. Su mirada de espanto desapareció, reconoció al médico y dijo con voz trémula:

—Es usted muy amable por haber venido. Ya sabe que me abandonan todos como las ratas que huyen de un barco que se hunde; pero yo no me estoy hundiendo, solo me estoy muriendo, ya podrían haberse esperado. —Su expresión se tornó flácida y aturdida de nuevo cuando añadió—: Mis tres topos se han apolillado, aunque estuvieran dentro de una vitrina de cristal, y la mujer del panadero aplastó a mi gatito; hoy en día ya no hay ninguna consideración.

Después guardó silencio, salvo por los lloriqueos y los temblores.

Llamaron a Constance y le dieron la orden de acostar a la señora. El médico y la criada tardaron un tiempo considerable en subirla a la planta superior, y la señora opuso una resistencia férrea a que Constance la despojara de sus intrincadas prendas interiores. Al final, la metieron en la cama con una bolsa de agua caliente, y los tembleques y el llanto cesaron un poco, así que el doctor Hatt consideró que podía dejarla con tranquilidad.

Se encaminó hacia la habitación de su amigo, y a Ebin se le encogió el corazón al oír los pasos cada vez más cercanos en las escaleras de su buhardilla.

La puerta se abrió con ímpetu ante un furioso doctor Hatt.

—¡Conque tu anciana madre está encantada de quedarse sola y se lleva a las mil maravillas con Constance! Bueno, todo lo que puedo decir es que, si la dejas en este estado, será un asesinato, un puro asesinato.

—Oh —gimió Ebin con escaso convencimiento—, ¿conque no se encuentra muy bien?

—No, en absoluto, y lo sabías de sobra. Es impensable que te marches mañana a no ser que quieras matar a tu pobre madre. Seguro que puedes quedarte unos días y mejorar un poco la

situación. ¿No tenéis ningún primo o pariente al que podáis contratar como acompañante?

—No —respondió desalentado—. Se peleó con todos hace años.

—Ya lo tengo. —De pronto, al doctor se le iluminó el rostro—. Podrías llevártela contigo. Se haría cargo de la casa y esas cosas; y tú estarás fuera casi todo el día, así que no supondrá una gran molestia.

—¡Mi madre en Londres conmigo! —Ebin parecía aterrado—. Si me marchó a Londres es solo para alejarme de ella. Sabes perfectamente que me ha hecho la vida imposible todos estos años, y no quiero llevarme este infierno conmigo. Ya sabes lo que he vivido aquí; así que, por el amor de Dios, no intentes impedir que me vaya.

Había en su voz cierto nerviosismo, y el médico añadió con dulzura:

—De acuerdo, de acuerdo, no te preocupes. Ya se nos ocurrirá alguna solución por la mañana.

Después se marchó, y Ebin, con sus anhelos de libertad casi por los suelos, contempló el anochecer desde la ventana.

CAPÍTULO XX

El problema de cómo ocuparse de la abuela Willoweed se resolvió aquella noche, y quedó definitivamente zanjado cinco días después, cuando la enterraron en el camposanto junto al río. Su hijo respetó su voluntad, y trasladaron su cuerpo al cementerio en batea. De nuevo, envolvieron la barca en tela negra, y el elegante ataúd de roble crujía bajo el peso de una multitud de coronas esplendorosas; aunque por encima de todas, destacaba la de Ives, hecha de acebo glauco, perejil gigante y cardo. En el último momento, le pareció que el diente de león le confería un aspecto barato, así que lo substituyó por helenio amarillo.

Desde el embarcadero, Hattie y Emma observaron cómo la barca fúnebre bordeaba lentamente la isla bajo el sol empañado de septiembre. Las campanas doblaron el toque de clamor, y los hombres que estaban en el puente se quitaron reverencialmente el sombrero al ver pasar la barca.

—Pobre abuela —suspiró Hattie—. Espero que esté cómoda en esa caja tan bonita. Aunque no me parece muy grande. Emma, ¿tú crees que la habrán metido doblada?

Cuando terminó el sepelio, la gente acudió a tomar un refrigerio a la casa, abarrotada de negro, entre los campesinos de las fincas de la familia y sus esposas. Todos querían asistir a la lectura del testamento para saber a quién pertenecerían a partir de ahora; pero el abogado Williams los echó y les dijo que se les notificaría a su debido tiempo. Mientras leía el enrevesado documento, su risa bovina resonó por encima de las palabras que pronunciaba: pese a esto, a sus oyentes les quedó claro que la abuela Willoweed poseía una inmensa fortuna, de la que disfrutarían sus dos nietas y su hijo hasta que Emma tuviera un vástago y este alcanzara la mayoría de edad, cuando lo heredaría todo con excepción de tres mil libras. Al viejo Ives le dejó doscientas libras, que donó *ipso facto* a la Iglesia católica «porque no me harán ningún bien en esta tierra, pero pueden marcar la diferencia en el más allá, cuando Dios Todopoderoso tenga noticia de mi generosidad».

Los invitados se marcharon y Ebin se quedó a solas con las dos niñas, y dieron un paseo por una de las grandes extensiones de césped mientras charlaban. Los rayos del sol vespertino caían de soslayo sobre sus prendas negras, y en los parterres resplandecían unas espléndidas dalias de cabezuelas rizadas.

—¿Sabéis qué? En realidad, creo que debería quedarme aquí para ocuparme de las cosas —comentó Ebin, dirigiéndole a Emma una mirada nerviosa.

La muchacha miró a su padre, atónita.

—Pero tenía entendido que te ibas a Londres y que ya habías firmado el contrato.

—Bueno, creo que podría desdecirme, ya sabes; y he de anteponer el bienestar de mi hija a mis propios intereses. Te gustaría que le echara un ojo a la propiedad, ¿verdad que sí, Emma?

—Ya se encargarán de eso el abogado Williams y los testamentarios, ¿no es así, papá?

—Sí, desde luego, Williams hará lo que pueda, al fin y al cabo, para eso se le paga, pero en cuanto a los testamentarios es más complicado; se supone que lo hacen como una obra de amor, y me gustaría echarles una mano en la medida de lo posible.

—Si no te vas a Londres, ¿tengo que ir yo, papá? Yo prefiero de lejos quedarme aquí. A mí no me importa tanto civilizarme como a Emma. Además, se va a casar y todavía faltan años hasta que alguien quiera casarse conmigo.

—Pero Hattie, ¡tu colegio! —exclamó Emma horrorizada.

—Londres no es el único lugar con escuelas. Hay un instituto a solo ocho kilómetros de aquí. A veces vienen a bañarse en el río y todos pegan gritos tras los arbustos mientras se ponen la ropa. Yo también podría ir a esa escuela y gritar tras los arbustos.

—Emma, me he dado cuenta de que mis ingresos y los de Hattie juntos ascienden a una hermosa suma. Podríamos ir en coche y no habría ningún problema para que acudiera al colegio, y podrá tener un poni. Recuerdo a mi pobre madre diciendo que le gustaría que Hattie tuviera un poni. Ah, sí, y también mencionó algo de un perro. Hattie, has de tener un perro. ¿Sabes que pienso que aquí podemos ser muy felices? Es una pena que te cases, Emma, ¡si no también podrías haberte quedado!

Pero Emma se marchó a Londres, se casó con su joven médico y se convirtió en una mujer completamente civilizada. A su debido tiempo, llegó al mundo el niño que habría de heredar el grueso de la inmensa fortuna de su abuela. Paseaba por los jardines de Kensington en un carricoche a la última empujado por una niñera vestida de marrón y cubierta por una mantilla, y cuando hubo crecido un poco, a veces lo dejaban que fuera con sus barquitos a navegar en el Round Pond, aunque con mucho cuidado de no mojarse los pies ni la ropa. Su madre se convirtió en una joven esposa y anfitriona modélica, muy admirada por su dignidad seria y sosegada, y su estilo elegante a la par que contenido. No visitaba a su padre y a su hermana con mucha frecuencia.

Hattie fue verdaderamente feliz en la casa de los Willoweed, y su padre fue todo lo feliz que su naturaleza le permitió. Ebin llevaba a su hija al colegio en un glorioso Sheffield Simplex de cincuenta caballos, con carrocería a rayas verdes y negras y tapicería gris. En el asiento trasero, viajaba un inmenso caniche blanco con toda su extravagante belleza. Las compañeras del instituto estaban tan impresionadas con todo aquello, que apenas repararon en el rostro casi negro de Hattie, y cuando fueron cayendo en la cuenta, la bautizaron con el apodo de la *P. A.* (princesa africana).

Ebin se dejó crecer una elegante barba pelirroja que le confería cierto aire náutico, y después de que lo tomaran varias veces por marinero, empezó a vestirse como tal. La gente del pueblo se olvidó de que nunca había puesto un pie en el mar, y con el tiempo, acabaron por considerarlo un marino jubilado, hasta que pasó a ser conocido como el Viejo Capitán Willoweed. Antes de eso, adquirió un pequeño velero. Cuando no soplabo demasiado viento, se lo podía ver navegando con su hija, bramando instrucciones con una voz tan entusiasta como atronadora. Hattie se encargaba de la mayor parte, sin hacer el menor caso a las órdenes de su padre, de modo que se las arreglaban bastante bien.

El viejo Ives vivió muchos años, y sobrevivió a todos sus patos. Pasó mucho tiempo en la cochera sacando brillo al espléndido automóvil y cantando alabanzas mientras trabajaba; aunque de vez en cuando sentía haberse equivocado al entregar su fortuna a la Iglesia: parecía que nunca

iba a llegar el momento de cosechar lo que había sembrado.



BARBARA COMYNS

(1909-1992). Nació en el condado inglés de Warwickshire, en una familia venida a menos. Estudió arte en Londres y contrajo matrimonio con Arthur Price, un pintor con el que tuvo dos hijos.

Se ganó la vida de las formas más vario-pintas: vendedora de coches antiguos, modelo, cocinera o criadora de caniches. En 1945, se casó en segundas nupcias con Richard Comyns, un funcionario del Foreign Office que trabajaba bajo las órdenes de Kim Philby y con quien viviría en Ibiza y en Barcelona durante dieciséis años.

De sus novelas cabe destacar: *Y las cucharillas eran de Woolworths* (1950), *La hija del veterinario* (1959), *The Skin Chairs* (1962), *El enebro*(1985), *Mr. Fox* (1987) y *The House of Dolls* (1989), entre otras.

Murió en Shropshire en 1992.

El verano de 1911 se promete feliz para los habitantes del condado de Warwickshire. Nadie se imagina que una misteriosa epidemia está a punto de partir la comunidad en dos: los que cambiaron y los que murieron. «¿Quién será la próxima víctima que se cobrará esta locura mortífera?», se pregunta el periódico local.

Un episodio de resonancias bíblicas prelude la llegada de la epidemia: el río se desborda, anegando los campos y trayendo el caos a la ya de por sí caótica vida de la familia Willoweed. Los patos nadan por el caserón inundado, cerdos sin vida flotan a la deriva y el viudo Ebin y sus hijas navegan en un bote de remos por el jardín sumergido. A la destrucción natural le sigue una serie de calamidades, muertes y suicidios que parecen fruto de un apocalipsis planeado más que del azar. La búsqueda de una explicación a la epidemia despierta el afán persecutorio de algunos lugareños. Pero hay quien aprovecha la situación para pescar en río revuelto. Es el caso de Ebin, que retoma su vocación de periodista, aun a costa de contribuir al pánico con el sensacionalismo de sus artículos, sin sospechar que la enfermedad no tardará en llamar a su puerta.

Los que cambiaron y los que murieron fue prohibida en Irlanda por la crudeza de sus

descripciones cuando se publicó en 1954. No cabe mejor elogio para esta tragicomedia con tintes surrealistas que plasma magistralmente los efectos de la catástrofe sobre una pequeña comunidad.